

LLEGÓ EL MOMENTO

Tío Sam. — Puesto que el ramo de oliva
tuvo tan poca fortuna,
¡a ver si hacen caso de una
intervención decisiva!


GINEBRA
Bols
SU COLOR ÁMBAR
PÁLIDO COMPRUEBA
SU VEJEZ
OUDE GENEVER
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

Aventuras extraordinarias

El doctor Craig, conocido explorador de las regiones septentrionales, es el autor del verídico y emocionante relato que transcribimos:

«Es un error creer que los perros esquimales son inofensivos, por el contrario, son ferocísimos... En mi último viaje por el territorio de la Bahía de Hudson, tuve la desgraciada ocasión de tener una prueba de ello. La expedición se componía de tres marineros, Mr. Gordon, joven y entusiasta geólogo, y yo.

Llegados al lugar adecuado a nuestros propósitos, acampamos y dimos principio a nuestras tareas; al regresar al campamento, vimos con desagradable sorpresa que la carpa destinada a las provisiones tenía la lona rota y había sido saqueada.

— Esto es cosa de los perros esquimales, — exclamó Yank, — viejo marino, muy baqueano, deben habernos venido siguiendo.

— Más bien serán los indios Injus, — dijo Gordon, — pues faltan también platos y tenedores, esto es sin disputa obra de ladrones.

Cuando todos se hubieron serenado, dije: mañana iremos al puesto de policía y haremos que el sargento Clayton busque y castigue a los culpables. Por la noche, colocamos unas sartenes en forma de trampa para que al caer produjesen estrépito y diesen la alarma si los rateros intentaban repetir el golpe.

Apenas nos habíamos dormido, cuando sentimos ruidos que nos despertaron, parecían de pisadas alrededor de las carpas.



— ¿Oye usted hablar a los muchachos?—pregunté a Gordon en voz baja. — Han debido sentir también algo, se trata de perros, oiga usted como ríen por el chasco.

Percibíamos claramente el resoplido de los animales al olfatear. Yo estaba apoyando una mano en la tela de la carpa cuando sentí algo frío y húmedo; antes de que pudiera retirarme, había recibido un mordisco; la tela se desgarró y algún animal penetró bruscamente en el interior de la carpa.

— ¡Encienda el farol!, — grité a Gordon. — ¿Dónde está el hacha? Los fósforos estaban debajo de mi almohada, encendí uno precipitadamente y a su luz pude ver a Gordon que buscando el hacha encontró un remo y lo descargó con fuerza sobre la cabeza de uno de los perros que habían penetrado por la abertura. La delgada pala se hizo añicos, la fiera se abalanzó sobre mí.

Me hallaba de rodillas, tratando de encender el farol; indefenso caí bajo el animal sin poder hacer otra cosa más que protegerme el cuello con el brazo, en el cual clavó los dientes. Gordon, enarbolando el farol que era muy pesado y fuerte, lo dejó caer sobre la cabeza del animal, cuya sangre inundó mi cara.

Luchamos desesperadamente con otros dos perros, durante unos segundos, que me parecieron siglos. Los marineros acudieron en nuestro auxilio, armados de hachas. Yank, de un certero golpe, mató un perro que estaba destrozando al pobre Gordon. El otro perro que me atacaba a mí, dejó su presa al sentirse herido por Percy, y dando un violento salto, que derribó a dos marineros que le cerraban el paso, huyó velozmente.

Cuando recobré el conocimiento, pues el dolor de los mordiscos me hizo desmayar, vi que nuestros marinos curaban a Gordon, cauterizando sus heridas; como quisieran hacer conmigo la misma operación, me opuse terminantemente.

Hice que me trajesen el botiquín y curé a Gordon, y me curé lo mejor posible; cuando terminé había amanecido. En la carpa reinaba el más completo desorden, Gordon y yo nos hallábamos cubiertos de sangre. Dos perros yacían muertos, eran animales grandes y musculosos.

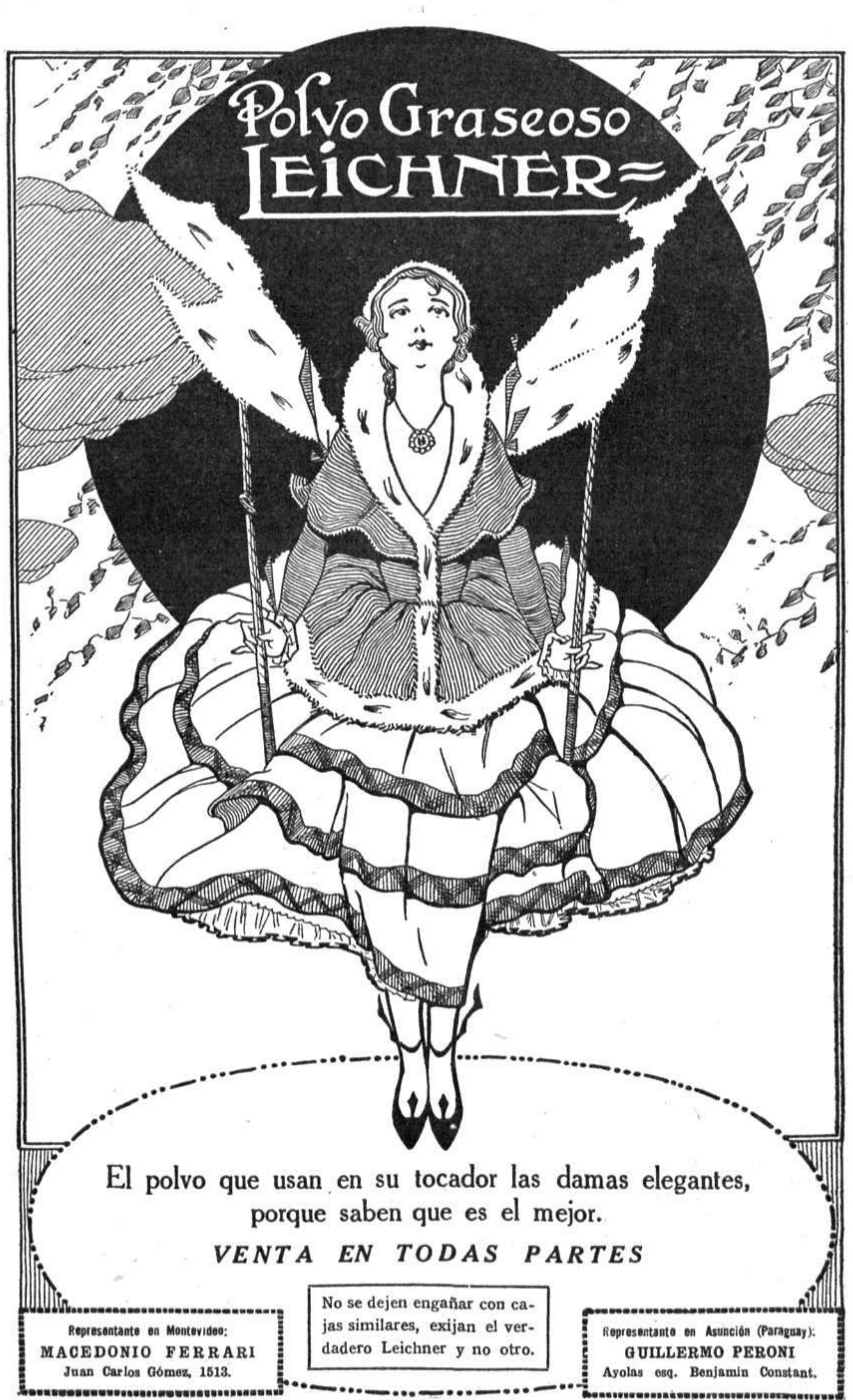
Los marineros parecían preocupados. Yank temía por nosotros, en especial por mí.

— Ha hecho mal en no dejarse quemar las heridas. Los dientes de los perros esquimales son peores que los de las ratas en eso de envenenar la sangre.

El pobre Gordon perdió el brazo derecho, tuve que amputárselo por el codo casi en seguida; la ruda cauterización no había servido de nada y el veneno hizo su obra, la desinfección practicada por mí nos salvó. Si yo no me hubiera desmayado, el pobre Gordon, tendría hoy sus dos brazos. Los míos están llenos de cicatrices, pero nada más.

En el colegio Juan Martín de Pueyrredón

El doctor Manuel María Oliver, rector del establecimiento, pronunciando el discurso de apertura en la inauguración de los cursos de instrucción secundaria. A continuación disertó sobre «Civilización Precolombiana», el profesor Emilio Gouchón Cané.


Polvo Graseoso
LEICHNER
El polvo que usan en su tocador las damas elegantes, porque saben que es el mejor.
VENTA EN TODAS PARTES
Representante en Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513.
No se dejen engañar con cajas similares, exijan el verdadero Leichner y no otro.
Representante en Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant.

La virgen de Itatí







Distintos aspectos de las fiestas que se celebran en honor de la famosa virgen, la que con autorización pontificia fué proclamada patrona de la Diócesis de Corrientes. Fué inaugurado y bendecido en la misma ceremonia el nuevo camarín de la virgen, hermosa y elegante construcción debida al arquitecto señor Poliniski y costeada por el obispo doctor Viella.

Gran afluencia de viajeros asistió a la solemne ceremonia, que terminó con una procesión, en la que los correntinos pusieron de manifiesto la veneración a la imagen predilecta.



La simpatía es la atracción que sentimos hacia nuestros semejantes. Sin ella, la vida humana, nunca sería esplendorosa y color de rosa.

Necesitamos la simpatía, tanto cuando gozamos de salud como cuando carecemos de ella.

Es una prueba de verdadera simpatía hacia nuestros semejantes, recomendarles las Tabletas Bayer, de Aspirina, pues son indispensables en casos de neuralgias, dolores de cabeza, de muelas, reumáticos, en el sufrimiento peculiar de la mujer, etc. Por eso las Tabletas Bayer, de Aspirina, son el tesoro del hogar y el refugio de las damas, que tanto las solicitan.

Otra prueba de simpatía es prevenir al público contra los substitutos e imitaciones y contra todos los preparados de dudosa composición.

En la República Argentina, cada envase lleva una estampilla sanitaria provista de la firma social de los únicos introductores: Fed.º Bayer y Cía. - Buenos Aires.

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1289. — **¿Cómo hacen los químicos *para distinguir si una mancha de sangre* encontrada en una ropa es de un ser humano o de un animal?**

José Ramores — Tucumán.

Se ha descubierto que si se introducen en el organismo de un animal celdas de una naturaleza determinada, leucocitos o gérmenes rojos de la sangre, el suero de dicho animal adquirirá la propiedad de destruir los elementos especiales. Esta facultad disolvente y específica es la que el doctor Deutsch, de Budapesth, emplea para descubrir cuándo son de sangre humana las manchas cuya naturaleza interese conocer, cosa muy importante en criminología.

Este diagnóstico ha sido hasta hoy uno de los problemas más difíciles con que tenía que luchar el médico forense y el químico. Era posible distinguir las hematías de los mamíferos, de las hematías de las aves; pero las pequeñas diferencias de tamaño que distingue a los glóbulos rojos de los mamíferos de diferentes especies, no bastaban para que pudiese hacerse un diagnóstico seguro.

Gracias a los sueros hemolíticos (que son aquellos a que se refiere el doctor Deutsch) el diagnóstico resulta en extremo fácil.

No hay más que echar en las manchas de sangre agua salada en la proporción de 9 por 1.000 y añadir algunas gotas de los distintos sueros hemolíticos. El suero que disuelva más rápidamente, es decir en algunos minutos, las hematías de que se trate, indica de una manera absoluta y segura cuál es el origen de dichas hematías. Supongamos que las manchas proceden, según el acusado, de sangre de carnero; no hay más que probar si el suero hemolítico para el carnero las disuelve o no. En el primer caso, el diagnóstico queda hecho; en el segundo, no hay más que continuar los ensayos, mezclando otra parte de la emulsión con el suero hemolítico para el hombre. Este método es el que actualmente se emplea para investigaciones de crimen de sangre.

——o——

N.º 1290. — **¿Desde qué época se conoce la «claque» en los teatros?**

Preguntón — Capital.

La «claque» tuvo su origen en París y empezó a formarse en tiempos del gran Napoleón, en una famosa competencia entre Mademoiselle Georges y Mlle. Duchesnois en el Teatro Francés. Desde entonces el uso de la «claque» es casi universal.

En París, al jefe se le llama «entrepreneur de succes dramatiques», y es un cargo de importancia. Su obligación consiste en presenciar los dos o tres últimos ensayos de la obra nueva y disponer los puntos en los que se ha de aplaudir, reír o llorar, puntos que comunica a jefes subalternos.

La «claque» está dividida en varias secciones. La obligación de la más importante de todas consiste solamente en aplaudir, y forma una sólida masa en el centro de la sala. En varias partes del teatro se colocan «rieurs» (rientes), «pleureuses» (lloronas), «bisseurs», cuya obligación es pedir que se repita el número. *Los cargos más artísticos de la «claque»* son: la «sangloteuse» que es una mujer que solloza histéricamente, la «pameuse» que es otra mujer que se desmaya y el «moucheur» que corre a cargo de un caballero elegantemente vestido que se suena las narices en los pasajes impresionantes.

——o——

N.º 1291. — **¿En qué época comenzaron a usarse los abanicos?**

Porteña — La Plata.

En Egipto se usaban los «abanicos rígidos» de plumas de avestruz. En una tumba de Tebas hay un grabado que representa a un rey de la dinastía 18, rodeado de sus servidores que llevan largos abanicos.

En China, durante la dinastía de los Chou (1243 antes de J. C.), se empleaban los abanicos de plumas para resguardar del polvo a los emperadores.

En Grecia fué donde más clases de abanicos se conocieron; los había para hacer aire contra las moscas, siendo también empleados en el culto, como era el usado por el Gran Sacerdote de Isis.

Los latinos usaron el «flabellum», cuyas matronas los tenían en gran estima.

Durante la Edad Media eran los abanicos de plumas de pavo real, faisán o avestruz, sostenidas por un mango de oro o marfil. Entre los presentes hechos por Motezuma a Hernán Cortés, figuran seis abanicos de plumas de colores.

La prioridad en la invención de los «abanicos de cierre» corresponde a Corea, de donde fueron importados a China a principios del siglo XV, de donde pasaron a Europa, siendo las dos primeras naciones que los conocieron Portugal y España.

Catalina de Médicis fué la implantadora de ellos en Francia.

La corte de Enrique III acogió los abanicos con gran entusiasmo, siendo prendas de lujo en los reinados de Luis XIV y Luis XV.

Inglaterra conoció el uso de los abanicos de cierre en el siglo XVII; convertidos en verdaderas obras de arte por las pinturas que contenían.

——o——

N.º 1292. — **¿Dónde puedo encontrar la célebre tabla meteorológica que, según dicen, hicieron los jesuitas, y que es tan exacta que cualesquier persona puede convertirse en un Martín Gil?**

Campero — Tandil.

Fué publicada en el censo de la Capital Federal, de 1887, con esta introducción del doctor Pedro Arata:

« El arte de predecir el tiempo es tan antiguo como el hombre; todos los pueblos y países tienen sus reglas, hasta sus refranes, que se repiten y pasan de generación en generación, y que agregaremos sin ambajes deben ser fundados y verdaderos, pues de otra manera no llegarían a la posteridad, pues las mentiras, como dice otro refrán, tienen las piernas cortas.

Siguiendo ideas de este orden se han formulado hasta tablas para predecir el tiempo, *que se les atribuye un origen muy antiguo* y que se dan como infalibles.

Nos ha caído entre manos una de ellas, que lleva la muy expresiva nota: «Esta tabla es el resultado de una larga serie de observaciones y cálculos hechos en Buenos Aires por los Jesuitas y rige según los movimientos de la luna». No hemos podido resistir a la tentación de publicarla íntegra, y que va al pie de esta página.

Los observadores podrán verificar la verdad que encierran esas recomendaciones.

Puede recomendarse como infalible para esta región.

No comprometemos la seriedad de esta publicación con este documento, pues personas fidedignas nos han asegurado que la han encontrado de una exactitud admirable cuando la han consultado.

De cualquier manera, queda entregada al público para que sea juzgada, y sirvanos de salvaguarda el principio que profesamos de que la ciencia debe muchas de sus conquistas al empirismo, por más vulgar que se le quiera hacer aparecer.

Dejando a un lado estas deducciones empíricas, a las que no debemos atribuir sino un valor relativo, veamos cuáles son los principales fundamentos que tiene la ciencia para juzgar de lo que se llama: «el tiempo».

El estado del tiempo en un lugar dado depende principalmente de la dirección actual del viento, pues que por el viento las propiedades que tiene el aire del punto de partida se trasladan a otros puntos. La dirección del viento depende de la distribución de la presión atmosférica que actúa en ese momento. Así, pues, debe observarse la altura del barómetro y conocer las leyes de la distribución y variaciones de la presión atmosférica. Entre los muchos datos que se tienen sobre este punto, debe mencionarse en primera línea la ley de Buys Ballot, que establece que: «el observador que dé la espalda al viento tendrá en las regiones situadas a su derecha una presión menor que la que actúa a su izquierda». Esto se verifica constantemente en nuestro hemisferio, mientras que en el hemisferio norte sucede lo contrario.

Además, como la fuerza del viento depende de las diferencias de presión, es menester agregar que los meteorólogos, para uniformar su lenguaje, han convenido expresar estas diferencias de presión en función a una cantidad convencional que llaman: «gradiente».

Los gradientes son las diferencias de presión para distancias determinadas; las unidades adoptadas son el milímetro para la altura del barómetro y para las de longitud el grado geográfico de 60 millas. En la práctica, dada la falta absoluta de horizontalidad de la superficie terrestre y la circunstancia de no soplar los vientos horizontalmente, no puede obtenerse una cifra constante que represente al gradiente de los meteorólogos. »

HORA DE LOS MOVIMIENTOS DE LA LUNA	INVIERNO	VERANO
Noche, de 12 a 2.........	Con viento Sud. — Heladas.	Buen tiempo.
» » 2 a 4.........	» » » — Tempestuoso.	Frío y con frecuentes aguaceros.
» » 4 a 6.........	» » » — Lluvia.	Lluvia.
Mañana, » 6 a 8.........	» » » — Tempestuoso.	Viento y lluvia.
» » 8 a 10.........	Con viento Este — Frío y agua. — Si O., nieve.	Variable.
» » 10 a 12.........	» » » — Frío y muy ventoso.	Frecuentes aguaceros.
» » 12 a 2.........	» » » — Lluvia o nieve.	Muy lluvioso.
Tarde, » 2 a 4.........	» » » — Buen tiempo y benigno.	Variable.
» » 4 a 6.........	» » » — Buen tiempo.	Buen tiempo.
» » 6 a 8.........	Con viento Sud. — Buen tiempo — Con N., nieve.	Con S. E. o S., buen tiempo. — Con N., lluvia.
Noche, » 8 a 10.........	» » » — Buen tiempo — Con N., nieve.	Con S. E. o S., buen tiempo. — Con N., lluvia.
» » 10 a 12.........	» » » — Buen tiempo, con heladas.	Buen tiempo.

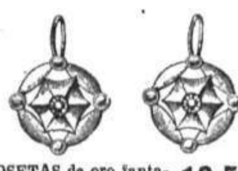


Concurrentes al festival y baile celebrado por la sociedad «Tradición de antaño», en los elegantes salones de la «Colonia Italiana».

Reunión de carácter íntimo, dada por la «Agrupación Artística Gallega», a la que prestaron gentilmente su concurso distinguidos artistas En la reunión se hizo música, recitado y canto.

PRIMERA FERIA DEL AÑO

A PRECIOS REDUCIDOS



ROSETAS de oro fantasía............... $ 10.50





De oro, con piedras fantasía.............. $ 10.00



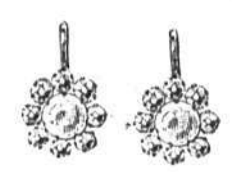
ROSETAS de oro, con diamantes......... $ 17.00

DESPERTADOR, caja niquelada y pulida, con esfera muy visible, de 10 ctms. de diámetro, a...................... $ 3.25

ROSETAS de oro, con diamantes........ $ 16.50



ANILLO de oro, con piedras fantasía...... $ 11.00



ROSETAS de oro 18 kilates, con perlas y piedras fantasía............... $ 13.50

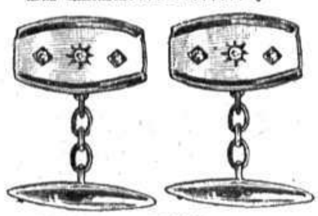


PRENDEDOR de oro, con piedras fantasía............. $ 22.00

MYSTERIA



De oro, con piedras fantasía, a pesos...................... 17.00



GEMELOS de oro 18 kilates, con diamantes, a.. $ 30.00

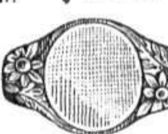




GEMELOS de plata fina, con esmalte................ $ 4.50



De oro 18 kilates, platino y brillantes, a $ 120.00



De oro 18 kilates, cincelado, para sello, a $ 52.00

Para hombre o niño, acero o níquel, a vidrio, a pesos............ 6.00



De o 18 kilates, y piedras fantasía, a $ 28.00



ANILLO de oro, con piedras fantasía, a $ 10.50

Casa Escasany. S. A.

JOYERIA Y RELOJERIA

TUCUMAN — BUENOS AIRES — MAR DEL PLATA (Rambla)

PERU Esq. RIVADAVIA

De San Isidro





Fiesta organizada por el «Comité Italiano Pro Patria», a beneficio de las familias de los reservistas italianos. Asistieron conocidas personalidades de la colonia italiana residentes en la Capital Federal. El festival se celebró en el «Hotel Vignolles»

BIZCOCHOS CANALE

BIZCOCHOS
CANALE
ESPECIALES PARA
TE. CHOCOLATE
Y VINOS AÑEJOS

a base de
huevos frescos
y
semolín flor

PUB. ARCAS

Original ceremonia

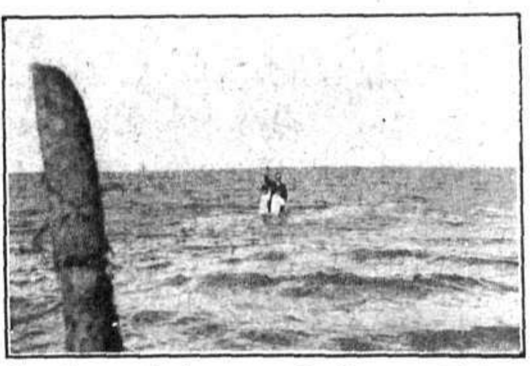
Bautismo entre los "Adventistas del séptimo día".



Parte de la concurrencia a la ceremonia del bautizo, realizada en la playa de Vicente López.



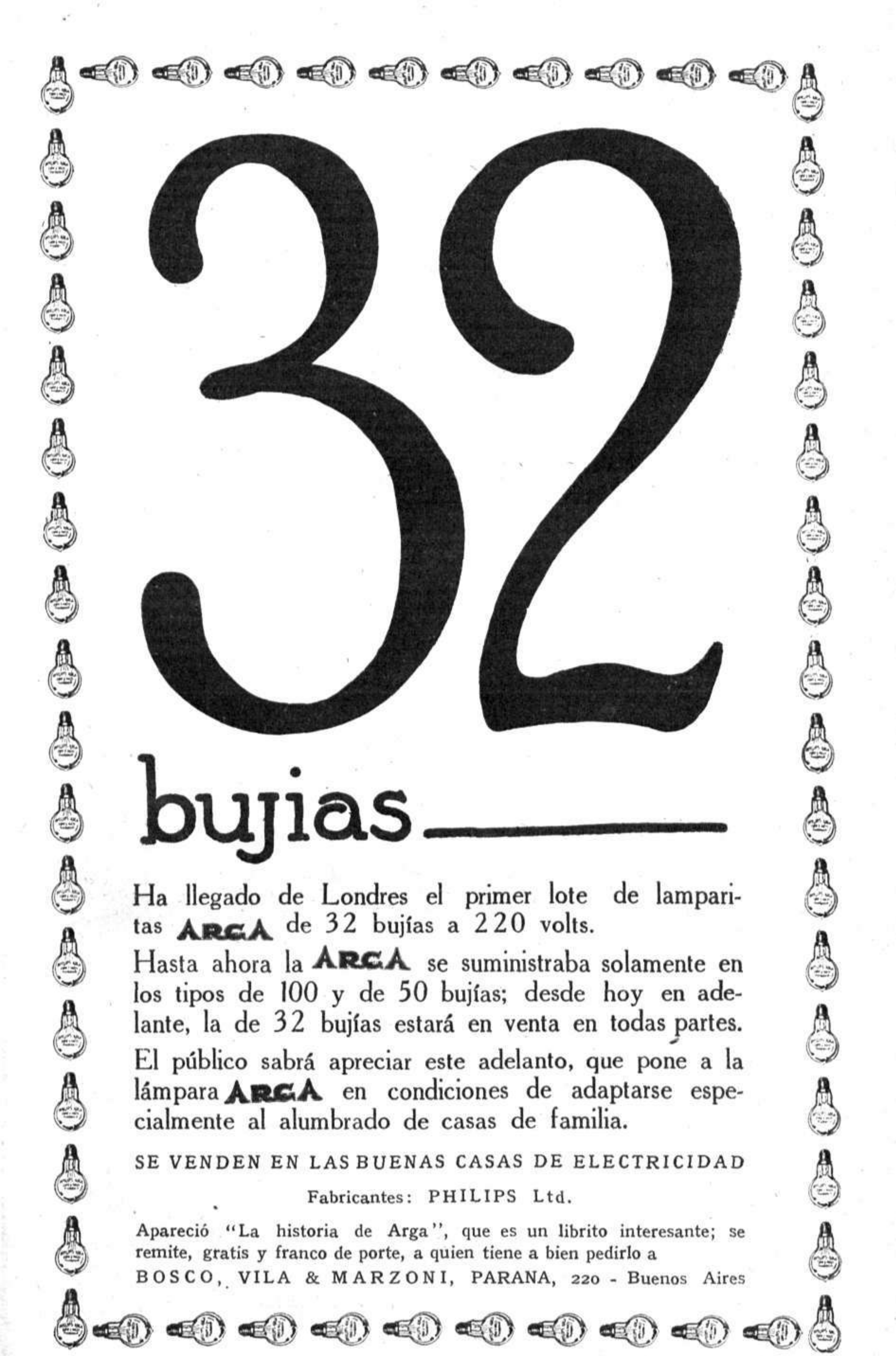
El pastor, señor J. C. Caseleer, en el momento de ir a bautizar a una señorita.



Momento en que el pastor sumerge a dos niños, para recibir de ese modo el bautismo.



El pastor, en el instante que pide gracias para las personas que fueron bautizadas.


32
bujias
Ha llegado de Londres el primer lote de lamparitas ARGA de 32 bujías a 220 volts.
Hasta ahora la ARGA se suministraba solamente en los tipos de 100 y de 50 bujías; desde hoy en adelante, la de 32 bujías estará en venta en todas partes.
El público sabrá apreciar este adelanto, que pone a la lámpara ARGA en condiciones de adaptarse especialmente al alumbrado de casas de familia.
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD
Fabricantes: PHILIPS Ltd.
Apareció "La historia de Arga", que es un librito interesante; se remite, gratis y franco de porte, a quien tiene a bien pedirlo a
BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - Buenos Aires



BIBLIOGRAFÍA

«La Tiranía de Rosas», por Mariano A. Pelliza. Edición de La Cultura Argentina.

«El Misterio del Kursaal», por José Francés.

«Memorias de Casanova». Biblioteca Renacimiento.

«Alemania», por E. Heine. Edición España Moderna.

«Memorias del general Páez». Biblioteca Ayacucho.

«Cuentos selectos», por Voltaire. Editor Paul Ollendorff. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

«La guerra del Paraguay», por el doctor Arturo Rebaudi. Editor: Julio Suárez. Librería Cervantes.

«Se paga antes de entrar». Edición de La Tonadilla Popular.

«Proyecto de Granja Argentina», por José Bernardi.

«El dolor de callar», comedia, por Baltazar Branca.

«Las tragedias de la vida vulgar», por Juan Más y Pí. Biblioteca Avante.

Memoria de la Asociación Patriótica Española, 1917-1918.

«Letras». Volumen VIII de las obras completas de Rubén Darío. Editor: Mundo Latino.

«Por el pueblo», por el doctor Gancedo (hijo).

EL VENDEDOR DE PASTELES

Frisaba en los cien años; su tez africana había blanqueado bajo la influencia de los años. Nacido en la esclavitud, había conocido al último gobernador de Buenos Aires, a su primer virrey en 1776 y al primer presidente constitucional de la República, unida y pacificada, en 1862. Había tomado las armas por la independencia; tal vez había entrado en Chacabuco y en Ituzaingó; la revolución le había dado libertad juntamente con todos los negros, sus hermanos de la costa de Africa, y desde entonces se había hecho mercader; vendía pasteles calientes y no había, en adelante, hecho oir otra cosa que estas palabras cabalísticas: *¡Son calientes! ¡Están tapados! ¡Son de hoy!* Y desde el primer día hasta el último, durante tres cuartos de siglo, rapazuelos y vagos le habían contestado, sin cansarse: *¡Mentira, son de ayer!* El repetía siempre la misma letanía y ellos la misma respuesta, sin que ni uno ni otros se cansasen. Había conocido el tiempo en que Buenos Aires era aun un pueblo y en que sus calles no estaban empedradas; había asistido a todas las transformaciones, visto formarse la primera vereda, empedrar la primera calle, la calle Federación, hoy calle Rivadavia, había contemplado cómo las casas reemplazaban a los terrenos cultivados, y cómo los ladrillos habían sucedido a las cercas de cactus y tunas, había oído silbar la primera locomotora atravesando los arrabales, en 1854, y visto partir el primer tranvía en 1870.

Todo había cambiado en torno suyo, todo, excepto él mismo, que había cruzado a través de las diferentes épocas y generaciones escuchando de ellas la misma invariable respuesta: *¡Mentira, son de ayer!*

Esto se había convertido en una necesidad. A medida que iba teniendo más años, que apenas marcaban su huella en su frente secular de un negro inmortal, los muchachos, que al principio del siglo, habían contestado a su pregón con el burlón mentís, se habían hecho viejos adquiriendo con los años demasiada gravedad para dirigirle en voz alta la misma respuesta; pero, por costumbre o recuerdo de la infancia; no podían menos de hacerlo mentalmente y a *media voz*.

Recordamos que uno de los últimos presidentes de la República nos confesaba que no podía oir en la calle este grito extraño sin sentir la comezón de responder como lo hacía en tiempo de su infancia: *«¡Mentira, son de ayer!»*

EMILIO DAIREAUX.

EPIGRAMA

Dos poetas en Pamplona
Dieron un drama a la escena,
En que salía una hiena,
Dos camellos y una mona.
Uno al ver tales horrores
Gritó por burlarse de ellos:
—¡Que salgan esos camellos!...
Y salieron los autores.

LUIS TABOADA.



NO DESCUIDE SU RESFRIO

CON LA MISMA FACILIDAD QUE SE ADQUIERE UN RESFRIO PUEDE HACERSELE ABORTAR SI SE LE TRATA A TIEMPO.

Las Pastillas "Pinelyptus", en virtud de su poder antiséptico, impiden el paso de la infección a las ramas bronquiales, destruyendo los gérmenes infecciosos antes de su desarrollo.

Recurra pues, tan pronto como sienta los primeros síntomas a las **Pastillas Pinelyptus:** le evitarán futuras molestias o combatirán, si ya está atacado, su Tos, Catarro, Bronquitis o Dolor de Garganta.

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON

168 - DEFENSA - 192 Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

RICINOL

Purgante agradable para niños y adultos

Casi todas las enfermedades de los bebés, responden directamente a obstrucciones intestinales.

RICINOL, con su acción suave y eficaz, desocupa el vientre sin causar trastornos ni reacciones.

"LOS NIÑOS PIDEN MAS"

Farmacia y Droguería DIEGO GIBSON
168 - Defensa - 192
Sucursal: Florida, 159 (P. Güemes)

SFORZINI

De Quilmes y Bernal



Grupo de niñas que tomaron parte en la interesante velada celebrada en conmemoración de la batalla de Maipú.



Aspecto de la sala del teatro Colón, la noche que fué proclamada la lista de candidatos a intendente y concejales, hecha por el Partido Radical Intransigente.



BERNAL. — Concurrencia que asistió a la conferencia organizada por el Partido Socialista; hizo uso de la palabra durante el acto el diputado Justo.



El diputado nacional, doctor Justo, rodeado de los miembros que organizaron el acto político, después de su interesante conferencia.

La Argentina
A. De Micheli y Cia
Avda de Mayo 1001 esq B. de Irigoyen



Boneteria

En nuestra casa hallará Vd. lo más fino, elegante y durable en BONETERIA DE LANA

CAMISETAS de lana, calidad especial, tipo grueso, de mucho abrigo, desde $ 14.— hasta........ $ **6.50**
CALZONCILLOS de lana, haciendo juego, desde $ 15.— hasta........ $ **6.50**
CAMISETAS de lana, calidad fina, tipo medio grueso, de abrigo, en colores gris liso o de fantasía y rayadas, desde $ 14.50 hasta........ $ **7.50**
CALZONCILLOS de lana haciendo juego, desde $ 16.— hasta........ $ **8.50**
CAMISETAS de lana, jaspeadas, gruesas, desde $ 10.— hasta........ $ **7.25**
CAMISETAS de pura vicuña, a $ 18.— y........ $ **16.—**
CALZONCILLOS de pura vicuña, a $ 19.— y........ $ **18.—**
CAMISETAS de lana con seda, muy finas, tipo medio grueso, a $ 15.50 y........ $ **13.50**
CALZONCILLOS de lana con seda, muy finos, tipo medio grueso, a $ 16.50 y........ $ **14.—**
MEDIAS de lana fina, en calidad especial, negras, en colores de fantasía o gris lisas, gruesas, de mucho abrigo, el par, desde pesos 3.50 hasta........ $ **1.95**
MEDIAS de lana, TIPO MEDIO GRUESO, de abrigo, el par, desde $ 2.50 hasta........ $ **1.75**
MEDIAS de lana, delgadas, buenas, el par, desde $ 2.50 hasta pesos........ **1.10**

Créditos *Ahora que entramos en la temporada de invierno, es el momento oportuno de solicitar un crédito pagable en 10 mensualidades, antes de hacer sus compras de la estación. Los acordamos en condiciones liberales y sin aumentar los precios. — PÍDANOS INFORMES.*

Real de San Carlos

Exito de los viajes del "Helios". — Las excursiones dominicales.

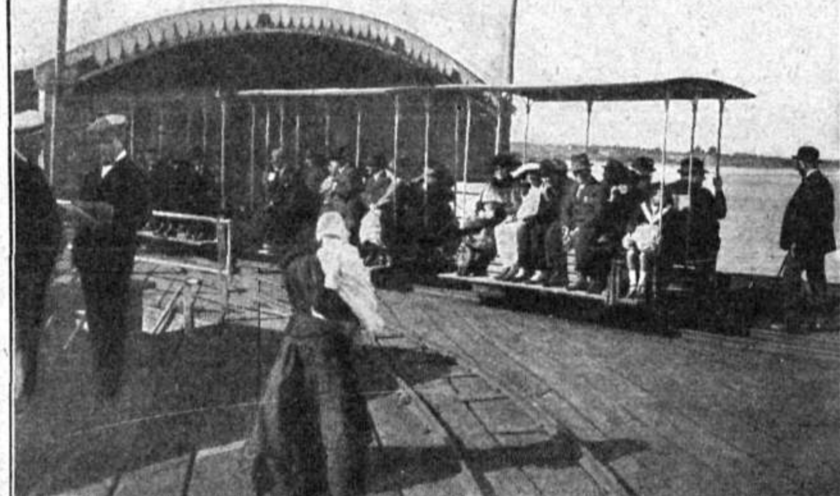
Siguen siendo sumamente concurridas las excursiones dominicales al hermoso y pintoresco Real de San Carlos. Su gran Casino, su balneario y el sinnúmero de diversiones que en él existen, constituyen, tanto para las familias como para los asiduos concurrentes, un paraje en donde se goza de un día de descanso al aire libre, experimentando el viajero emociones gratísimas al contemplar desde la cubierta del majestuoso «Helios» las perspectivas maravillosas que se presentan en la travesía, olvidando así el espíritu fatigado las preocupaciones diarias de la vida de la City.

El «Helios» sale como de costumbre todos los días a las 6 p. m., de Dársena Norte, continuación Viamonte, siendo numerosa y selecta la concurrencia de sportmans que día a día acuden al Casino en busca de emociones, regresando a la 1 a. m., y por sólo el precio de $ 5.—, incluída la comida.

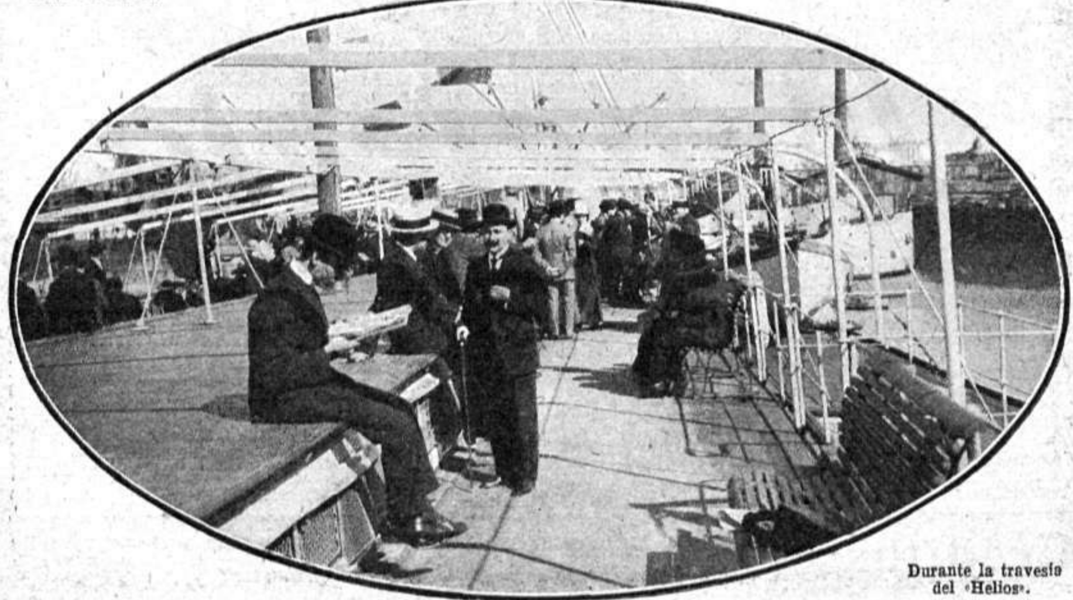
Los domingos 12 y 19 de mayo saldrá el «Helios» a las 10 de la mañana, en vez de a las 6 de la tarde, conduciendo las familias excursionistas que quieran pasar un día agradable y lleno de diversiones y alegría con el selecto programa de festejos que con tal objeto se han organizado. Habrá bailes familiares y función teatral con números nuevos y de muchísimo éxito. Al regresar se servirá una cena a bordo, incluída en el pasaje que costará $ 8.— m/n. La entrada al Casino está comprendida en el boleto. Publicamos en esta página varias fotografías del Real, sacadas por nuestro repórter el domingo próximo pasado, que darán una idea ilustrada del éxito que sigue obteniendo el Real de San Carlos.



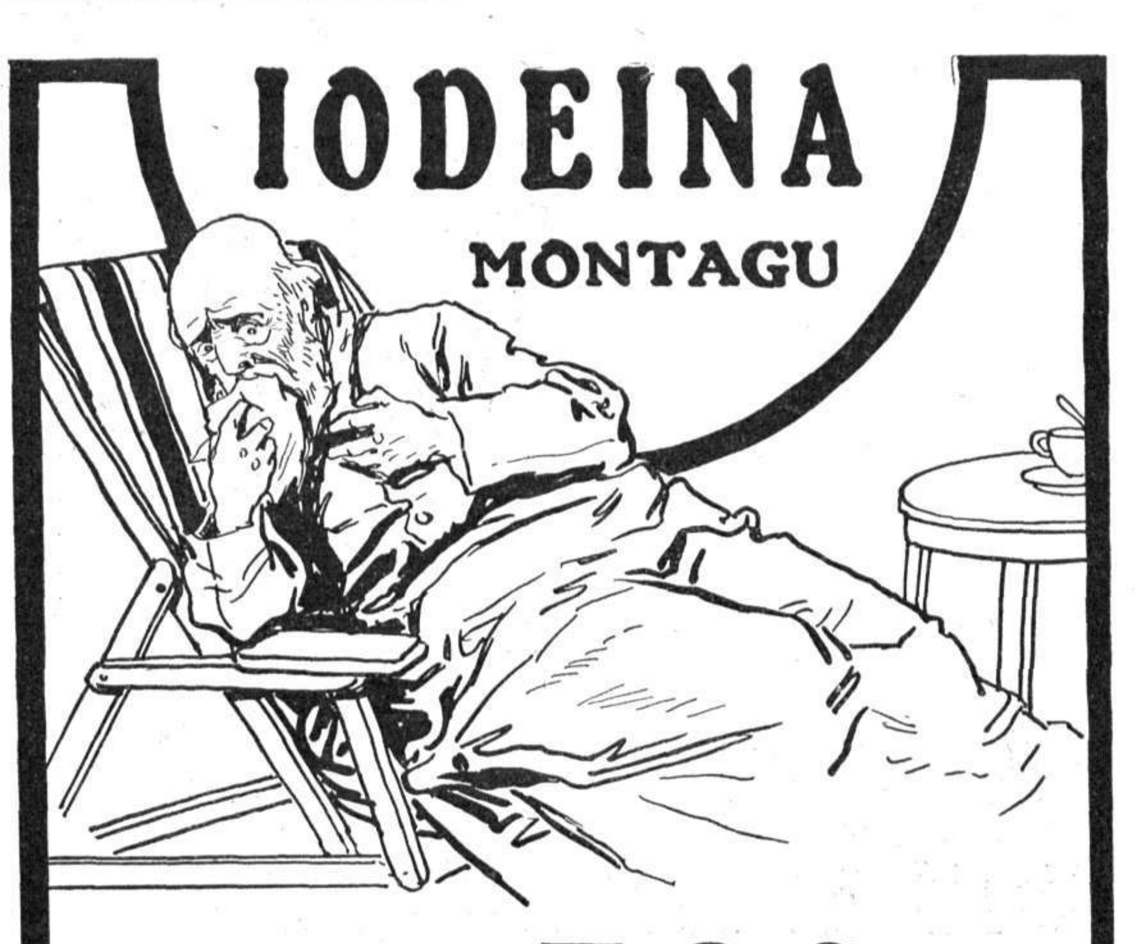
En el trencito del Real.



Hacia el Casino.



Durante la travesía del «Helios».



LA TOS

es el origen de muchas enfermedades peligrosas.
CURESELA ANTES DE CONTRAERLAS.

La IODEINA

MONTAGU

En Járabe, Píldoras o Pastillas.

Alivia inmediatamente y cura en pocos días la tos más fuerte y el resfrío más pertinaz.
Su superioridad está comprobada científicamente.

Los médicos la recetan convencidos de sus resultados maravillosos.

Farmacia Franco-Inglesa

581, SARMIENTO, 587 - Buenos Aires

Notas varias



Gran manifestación de duelo a que dió lugar el entierro del periodista señor Juan Carrere. La columna, frente al comité radical. — En ángulo, el retrato del muerto.



HUANGELEN. — Los exploradores Manuel Santos Marta y Carlos Zúñiga Moreno, que realizan una importante jira por el interior del país.



LA PLATA. — Señor Telesforo B. Ubios, contador general de la provincia, confirmado en su puesto por la intervención.



LA PLATA. — Señor José Pío Sagastume, tesorero general de la provincia, confirmado en su puesto por el interventor.



TUCUMAN. — Señor Juan Carlos Iramain, subvencionado por el gobierno para seguir estudios de escultura en la Capital Federal.



Señorita Sara Ernestina Lavagna, primera mujer argentina que servirá como marinero en nuestra marina mercante.

BERMEJO. — Señor Antonio Martín, vencedor del concurso de tiro «Centenario de Maipú».



PAMPA. — El periodista explorador español, Rogelio Moleón, que lleva a cabo a pie una jira de estudio.



CARLOS CASARES. — Señor Angel Repetur, a quien últimamente se le obsequió con un banquete.

Cómo se puede cambiar la epidermis de una mujer.

(Del «Feminine World»)

El medio más rápido y seguro de hacer un cutis bueno de uno malo, es el quitar materialmente el velo viejo y descolorido exterior de la cara. Esto puede hacerse fácil, segura y privadamente por cualquier mujer. El procedimiento es uno que consiste en suave absorción.

Compre usted un poco de cera mercolizada en casa de un boticario, y póngase en la cara por las noches, lo mismo que si fuera cold cream, lavándosela por la mañana. En unos pocos días la «mercolilida» que hay en la cera absorberá la cutícula desfigurante, mostrando el cutis fresco y joven que hay debajo. Conseguirá usted así un cutis claro, hermoso y natural. El procedimiento es agradable, no es dañino y aparece la cara brillante, atractiva y joven. Quita eficazmente: manchas, pecas, barrillos, etc. Todas las mujeres deben tener siempre a mano un poco de cera mercolizada, pues este remedio casero tan sencillo, es el mejor restaurador y conservador que se conoce para el cutis.


SARMIENTO
esquina
MAIPU
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
en la calle RIVADAVIA, 526
El 14 de Mayo, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
Buenos Aires
Esta casa está en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
CONSULTEN LOS PRECIOS
CASA EN PARIS
3 Rue Lentonnet

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

—¿Por qué usted, señor, no está en línea con sus compañeros?
—Y estoy en línea, señor; pero es que... los botines son de papá.

A. F.

—Señora, ¿quiere prestarme el gatito? Mi perro no tiene ahora a quien morder.

P. R.



—Yo entré a trabajar de peón y al cabo de diez años tenía una fortuna.
—Ahora no podría usted hacerlo, porque la contabilidad la revisa el juez.

R. MONT.

—¿Tienes algunos proyectos para el futuro?
—¡Cómo no!... Tengo un tío riquísimo a quien no le quedan más que dos vidas...

MON.

Parte de casamiento:
El criado. — Señora, le participo que me caso el mes que viene.
La señora. — Se casará usted por la iglesia...
El criado. — No, señora; ¡por la plata!...

A. E.

—Yo tengo que decirte, Adelita... hace mucho tiempo que te amo...
—¿Secreto? Hace rato que lo sabía...

LUNA.

—¡Cómo! ¿Será cierto que se muda usted?
—No, hombre... estoy sacando los muebles a pasear un rato.

B. S.



—¿Y te agradó la conferencia de tu papá?
—Sí. Siempre es agradable oir hablar a papá durante una hora y que mamá no diga ni medio.

SALAS.


Grandiosa Exposición de BATONES
GATH & CHAVES, deseoso de hacer una demostración de su incomparable surtido de Batones, ha inaugurado en el Anexo una venta excepcional, que no sólo ha de llamar la atención por la real conveniencia de los precios sensiblemente bajos, sino que habrá de imponerse al general comentario, por la enorme diversidad y excelente buen gusto de los modelos en exposición. Las señoras, deben efectuar una visita de comprobación.
1. — Batón confeccionado en fina franeleta, gran cuello adornado de la misma tela, forma muy práctica; gustos y colores seleccionados, talles del 42 al 56 .... $ 7.50
2. — Batón en rico tejido Pyrenée de lana, de mucho abrigo, cuello festoneado, surtido de colores fantasía a rayas, forma práctica, talles 44 al 52, a........ $ 29.00
3. — Batón de moletón doble faz, género de mucho abrigo, gran cuello de última creación, forma suelta con cordelière, gran surtido en colores y fantasías a rayas, talles del 44 al 54, a........ $ 14.50
4. — Batón confeccionado en bombasí de calidad inmejorable, cuello, bieses y botones de terciopelo negro, forma vestido, colores obscuros, elegidos para medio luto, talles del 44 al 54, a $ 9.90
1
2
7.50
29.-
ARTICULOS DE ABRIGO
para Hombres, Señoras, Niñas, Niños y Bebés.
FRAZADAS y ACOLCHADOS
Gath & Chaves celebra actualmente una exposición extraordinaria de artículos de abrigo, en la que pone en evidencia un surtido de grandeza tan ilimitada, que no admite comparación ni reconoce competencia. Hablar de la calidad de todos estos artículos, lo mismo que de sus precios, es tarea inútil, pues es bien notorio, que Gath & Chaves vende siempre lo mejor al precio más ventajoso.
Visite la Casa Central y el Anexo.
3
4
14.50
9.90
THE SOUTH AMERICAN STORES
Gath & Chaves Ltd
Anexo: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia - Casa Central: Cangallo y Florida

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 11 DE MAYO DE 1918 — N.º 1023

Instantánea



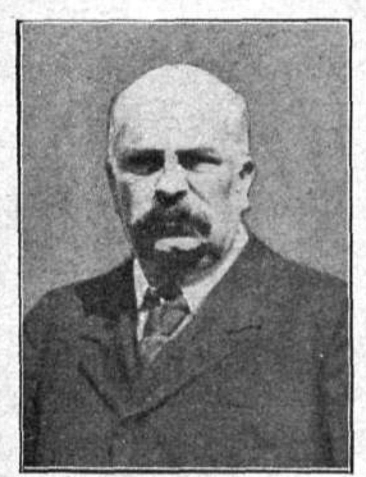
Fotógrafo. — ¿Quiere el retrato de busto o de cuerpo entero?

Crotto. — Hágalo de modo que se vean muy bien la banda y el bastón.

Dib. de Alonso.

Límites uruguayo-brasileños

2 de octubre de 1909 — 9 de mayo de 1915



Barón de Río Branco.



Doctor Feliciano Viera.



General Eduardo Müller.



Señor Antonio Bachini.

Las cuestiones de límites en esta parte de América han sido propicias a recelos y desconfianzas internacionales. La República Argentina ha orientado siempre su política diplomática en el sentido del derecho y la justicia. Así concluyó sus litigios de límites con las naciones vecinas, no obstante que aquéllos parecieron, por un tiempo, imposibles de resolver por medios pacíficos. Puso siempre toda su decisión en pro de soluciones conciliadoras, aunque éstas pudieran perjudicarla aparentemente. El tiempo se ha encargado de demostrar que no ha perdido nada con ello; que por el contrario ha logrado conquistar así el respeto y la amistad de los demás pueblos.

Una orientación política idéntica llevó al Brasil y al Uruguay a resolver las dificultades continuas que la delimitación precisa de la frontera presentaba. El barón de Río Branco, cuya deplorada muerte ha agigantado su gran figura americana, estaba por entonces al frente de la cancillería de su país. El tratado de límites, demorado desde la fecha de la independencia oriental, no presentó dificultades. El canciller uruguayo, don Antonio Bachini, contribuyó eficazmente a ello. La gran política de conciliación, de armonía internacional, triunfó en ese tratado de octubre de 1909 que concluía un litigio secular. Y como ocurre siempre en casos semejantes, los dos pueblos celebraron por igual la solución alcanzada. Ni uno ni otro sintieron vulnerado su derecho, desmedrado su territorio, ni afectada su soberanía. Los recelos y las desconfianzas que un tiempo pudieron levantarse, se desvanecieron para siempre. Es que cuestiones de esa índole en que el patriotismo aparece comprometido, perturban los ánimos necesariamente, como si se andara entre sombras. Pero en cuanto se logra romper con ellas, el camino aparece sin obstáculos y el ánimo se sorprende entonces de haber creído un momento que tales obstáculos habían existido en realidad.

Los dos países hermanos habían concluído con un fantasma: el mismo que amenazó turbar nuestras relaciones con Chile y el Brasil, y que había dejado de existir para la República Argentina desde años antes. Esa política fecunda siguió su curso. Y fué afirmación de ella, la inauguración del marco divisorio en Aceguá. El acto solemne se realizó el 9 de mayo de 1915, con presencia del presidente del Uruguay, doctor Viera y del canciller del Brasil, general Müller. Circunstancias interesantes realzaron aquella ceremonia, que consolidó aún más la amistad de los dos grandes pueblos. El gobierno del Uruguay quiso contribuir especialmente al brillo de los festejos que se habían de desarrollar en el punto indicado, a quince leguas de la población más cercana. El canciller del Brasil, que asistiría a ellos, sería después huésped del Uruguay. Había que recibirlo con los brazos abiertos, al consagrar a los siglos el nombre de su glorioso antecesor en la cancillería. Allí, en el marco divisorio de la soberanía de las dos naciones, quedaba la efigie del barón de Río Branco que presidía desde la serena región de la gloria el abrazo profícuo de brasileños y uruguayos. El mismo gobierno del Uruguay resolvió, además, obsequiar con un banquete a la delegación brasileña, como culminación de la celebración que se realizaba.

Pero un banquete en aquellos parajes, y para trescientos comensales, era una obra de romanos. ¿Cómo llevar a la frontera las provisiones, los víveres frescos, el personal, la vajilla y la «bodega»? No se trataba solamente de agasajar a los huéspedes. Se trataba de realizar un banquete de honor en que se observaran las reglas del ceremonial diplomático, en que no se estuviera ni un punto por debajo de la corrección más impecable, del buen gusto más refinado. La empresa era ardua y difícil. El gobierno encontró el hombre que la realizó. Un argentino, D. Félix Rezzani, fletó vagones frigoríficos, carros y carretas y más de cien hombres de personal, y atravesando bañados y arroyos y escalando las lomas y cuchillas que hacen tan pintoresco el terreno de la república hermana, llegó a Aceguá bajo una lluvia implacable, que no cesó ni un instante. A cincuenta metros del marco de Aceguá fué tendida la mesa de honor, parte en territorio uruguayo y parte en el brasileño, bajo carpas levantadas a merced de las circunstancias. Así se sirvió el banquete por un personal que vestía de frac y calzaba guante blanco. Todo contribuía a dar un carácter peculiar al acto. La distancia de toda población, la lluvia constante y persistente, el aislamiento real en que los circunstantes se hallaban; todo, en fin, llenaba el acto de un ambiente de solemne recogimiento. Parecía que al celebrarse entre efusiones de entusiasmo tan significativa ceremonia, la naturaleza pusiera esa nota sollozante, por el gran americano desaparecido, a quien se rendía en realidad un hondo y conmovido homenaje en aquella hora histórica...

M. de Vedia y Mitre.

Un brindis de Benlliure

En el carmen de Monaita

Granada parece, bajo el cielo azul y luminoso de Andalucía, una sultana mora dormida en sus jardines por arte de encantamiento. El Genil refleja, con transparencia cristalina, su perenne ensueño de enamorada del sol. Y la Vega florida, el lugar que los árabes suponían era el Paraíso del Profeta, despierta en el espíritu evocador las mil y una reminiscencias legendarias de aquella lucha secular de la cruz contra la media luna, terminada cuando el pendón Real de los Reyes Católicos fué clavado en la torre de la Vela al grito de: —«¡Granada por Fernando e Isabel, reyes de Castilla!»

Todo es pintoresco y sugestivo en Granada, bajo el encanto histórico: el palacio inmenso de la Alhambra, pleno de fantasía decorativa en su tipo de arquitectura oriental que guarda tesoros artísticos inapreciables; el Generalife, — *casa de placer*, — con sus boscosos caminos y fuentes melodiosas; el palacio de Carlos V, de magnífica fábrica, suntuoso en su interior con la gran escalera de jaspe, pilastras y atributos imperiales y heráldicos, de mármol. Y después los sitios clásicos de la leyenda, el patio de los Leones, las salas de los Abencerrajes y de las Dos Hermanas, el Tribunal, el mirador de Lindaraga, el palacio de la Novia, el jardín de los Adarves, la Alcazaba, y cien más, que aun bajo la luz solar parecen envueltos en un cendal de plenilunio andaluz con poesía de romance morisco.

———

Nuestro ilustre embajador en España, doctor don Marco M. Avellaneda, que en una de sus jiras por el interior de la península tuvo oportunidad de visitar detenidamente la ciudad de Granada, nos refería días pasados las intensas impresiones que guardaba de ella. Una de las anécdotas que nos relató, sobre todo, fué tan interesante que no nos resistimos a transcribirla en esta página.

Entre los muchos agasajos de que fuera objeto en Granada el doctor Avellaneda figuró una espléndida merienda de honor que se le ofreciera en el carmen de Monaita, propiedad del señor Beltrán, por personas representativas de aquella ciudad.

El carmen, situado en una altura del Albaicín, ofrecía a los numerosos invitados un precioso panorama granadino, en el que sobresalían la Vega y Sierra Nevada en el fondo. El sol imprimía su peso cálido a las flores que decoraban en amplias macetas rojas la blanca terraza donde se realizaba el homenaje; un purísimo ámbito de cielo semejaba palio extendido por la Naturaleza sobre aquel lugar.

A la hora propicia, el embajador argentino, doctor Avellaneda, se puso de pie y con elocuencia y sentimientos que repercutieron hondamente en todos los presentes, elevó un himno a las glorias granadinas, enlazándolas en filigranas literarias con la veneración y el amor de los argentinos hacia España.

El escultor Benlliure, le siguió en la palabra; luego, hablaron don Eloy Señán, presidente del Centro Artístico, el maestro Bretón y don Natalio Rivas. Un poeta granadino, Manuel de Góngora, tomó entonces a su cargo la representación de los trovadores de tan hermosa ciudad, y leyó una aplaudida poesía, en la cual sobresalieron estos versos:



«Señor: estás en Granada;
mucho valen sus bellezas,
bien cantan sus ruiseñores,
bien perfuman sus florestas,
bien ilumina su sol,
bien enamoran sus hembras;
pero aún vale más el polvo
de sus pasadas grandezas.
Señor: estás en Granada;
por sus bosques te pasea,
en sus palacios te pasma,
en sus torreones sueña,
y guarda en tu corazón
el recuerdo de mi tierra,
como una luz que ilumine
las horas de tu tristeza.»

Terminada la ofrenda lírica, empezaron a circular los *chatos* de olorosa y dorada manzanilla, escanciada por artísticas jarras de Fajalanza. En hermosas fuentes servíanse aceitunas sevillanas, jamón de Trevelez, ternera mechada, frutas y *jayullos*.

Era la hora del crepúsculo. El aroma que exhalaban las flores, la luz mortecina de la tarde y el chisporroteo de la conversación general, ágil y amena, convertían aquel cenáculo en un sitio delicioso. La selección de la concurrencia, entre la que figuraban políticos, periodistas, pintores, músicos, etc., tenía un atractivo más para el espíritu.

Y vino un número que no podía faltar... Desde la terraza del carmen la vista de los comensales, embriagábase en la contemplación del paisaje, allá el barrio moro, a la izquierda las torres color anaranjado de la Alhambra, el verdinegro de los cipresales del Generalife, y por entre algún claro de las arboledas, fuentes que como espejos mágicos reflejaban un fragmento de azul... Hacíase preciso completar el ensueño.

Y entraron hermosas gitanas, de profundos ojos negros como la noche y tez pálida como marfil antiguo. Sus atavíos pintorescos, sus collares extraños, sus cabellos relucientes, decían de todas las tradicionales referencias de Granada.

Eran gitanas traídas de las cuevas del Albaicín, muy cuidaditas, escogidas como tipos clásicos de su raza nómade y aventurera. Vertieron su agudeza y sus retruécanos entre los circunstantes, y después, al son de vibrantes guitarras, iniciaron sus danzas características, danzas de reflejos misteriosos en los que pasan como chispazos de voluptuosidad histórica, el amor, las penas, los pecados y la muerte.

Una ligera nube, como una pestaña, entoldó la agonizante mirada del sol; medias tintas azulados empezaron a esmaltar la escena. El agua cantaba en las acequias, los régatos y las fuentes...

En ese instante, el glorioso escultor don Mariano Benlliure, — honra del arte en España, — enamorado de la belleza de una gitana, levantóse en impulso espontáneo y dirigiéndose al doctor Avellaneda, dijo: —*«Señor embajador de la República Argentina: para que llevéis un recuerdo más de esta hermosa región, cuya visión perdurará en vuestra retina y vuestra memoria toda la vida, quiero brindaros la cabeza de una gitana, cuya escultura modelaré aquí mismo.»*

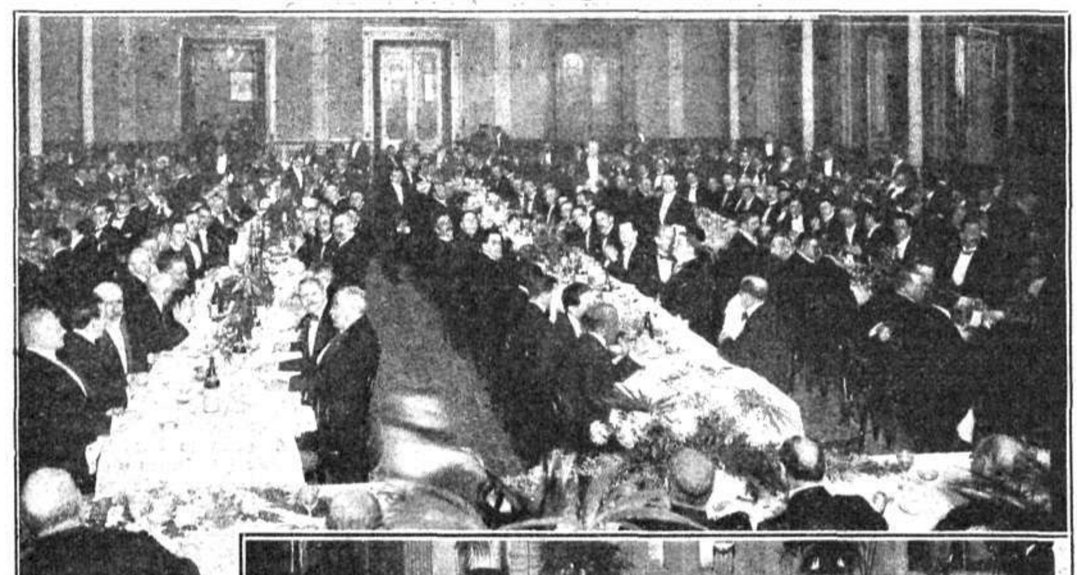
Demás está decir que tan original brindis fué saludado con una ovación, que se renovó cuando el maestro Bretón brindó al doctor Avellaneda una página musical con letra de un poeta granadino...

Aquella misma tarde, en diez minutos, el escultor Benlliure modeló el boceto de la gitana cuya belleza entusiasmara su mente de artista. Y en dos *poses* más, realizados en el día subsiguiente, el busto quedaba terminado, y era ofrecido en recuerdo de su paso por Granada al doctor Avellaneda, quien lo ha traído a la Argentina y lo exhibe en el hall de su residencia particular, como una joya de arte y como una flor eterna de los jardines de la ciudad mora.

JULIÁN DE CHARRAS.

1918.

Bodas de oro del Colegio del Salvador

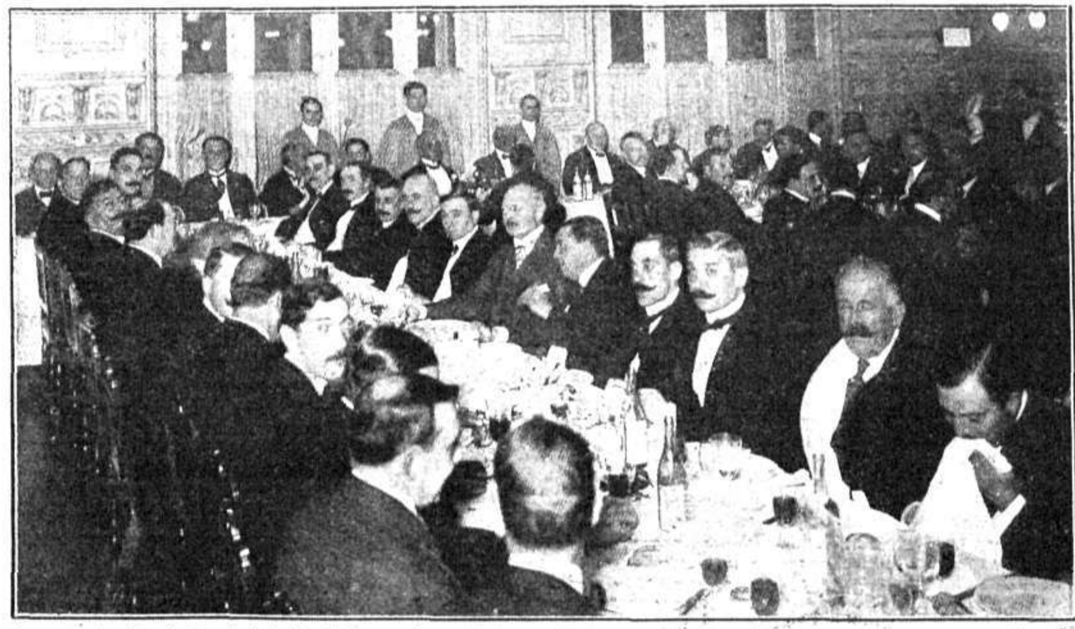


Aspecto que presentaba el gran salón de actos del colegio, durante la celebración del banquete.

A los festejos iniciados, en ocasión de tan magna fecha para ese instituto de educación, el banquete ofrecido por los ex alumnos a los que fueron sus profesores, señaló el más importante de ellos. Fueron comensales alrededor de quinientas personas, reinando durante el acto la mayor camaradería y cordialidad.

Los señores: embajador doctor Rómulo Naón, intendente municipal doctor Llambías, doctor Norberto R. Fresco, padre Vicente Gambón, doctor Pedro Echagüe, padre Cornillac, Carlos Estrada, los padres rector y provincial, el padre Sánchez, doctor Joaquín S. de Anchorena y el ministro del Paraguay Pedro Saguier, que ocupaban la mesa de honor.

En el "Club del Progreso"



Banquete ofrecido al señor Jacinto Fernández, por los escribanos y amigos, con motivo de su incorporación al Congreso como diputado nacional. Ofreció la demostración, que fué una prueba evidente de las simpatías que goza el obsequiado, el señor Antonio E. Soarez, agradeciendo el señor Fernández. Además hicieron uso de la palabra los señores Eusebio E. Jiménez, y doctores Carlos A Becú, Carlos F. Melo y Rafael Calzada.

Con el ingeniero Teobaldo Ricaldoni



El profesor, en su despacho, revisando su aparato de salvataje, que denominó «Salvator»

La hidalga bienvenida con que nos recibió, en su casa de La Plata, era un estímulo a nuestra curiosidad de periodistas.

— CARAS Y CARETAS, — nos dijo, — no necesita anunciarse. Para ella están abiertas todas mis puertas y soy su amigo y admirador.

Tiene un rostro plácido, la mano lealmente tendida, la voz convincente y reposada. Su casa es un templo verdadero de trabajo, es el retiro de un hombre de ciencia, cuya inteligencia lucha incesantemente con los problemas árduos de sus inventos.

El profesor Ricaldoni es tan cordial como amplio en su recibimiento. Al hablarnos, lo hace con la sencilla gravedad del maestro, nos dicta cátedra de inventos y place en extremo escuchar las disertaciones que ponen de relieve su claro talento.

En la sala de experimentos que posee; un tanque de gran dimensión que permite hacer prácticas sus comprobaciones científicas, tuvo el ingeniero Ricaldoni la gentileza de hacernos interesantísimas demostraciones, con la elocuencia y el calor de su cariño por todo lo que constituye su legítimo orgullo.

Sobre el tanque hállase suspendido un modelo de submarino.

— ¿Su primer invento? — preguntamos.

— Sí, — nos contestó, — y también mi predilecto...

Con ayuda de dos mecánicos, hizo maniobrar su aparato, en los movimientos de sumersión e inmersión, en forma perfecta.

— ¿Qué ventajas cree usted que tiene sobre los ya conocidos?

— Como lo he demostrado, su ventaja consiste en que sube y baja instantáneamente, mientras que los submarinos actualmente en uso tardan muchos minutos para hacerlo, exponiéndose así al fuego enemigo.

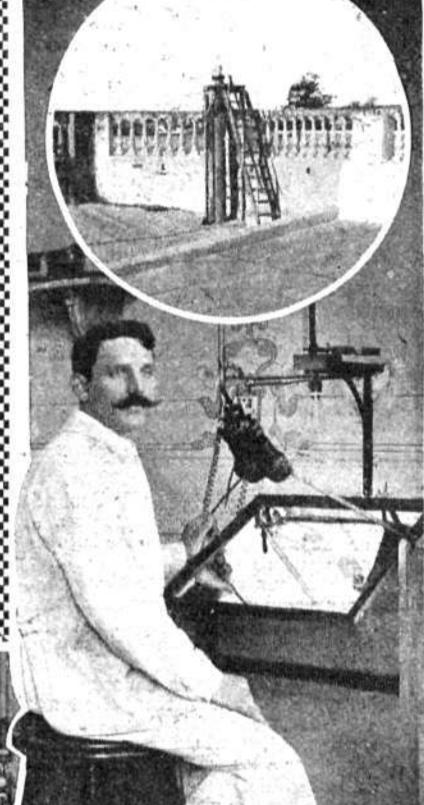
— ¿Cómo, representando tanta importancia, su invento no fué adoptado por el gobierno, al que creemos usted lo ofreció?

— Es verdad; sin embargo, diversas causas lo han impedido. Por primera vez me presenté al gobierno, con el proyecto, a fines de 1892; después de varias incidencias, y sin haber podido objetar ni uno de los 27 inventos que constituyen el proyecto, la comisión nombrada al efecto informó diciendo: «En nuestra naciente armada, no sabríamos qué papel asignarle a un submarino».

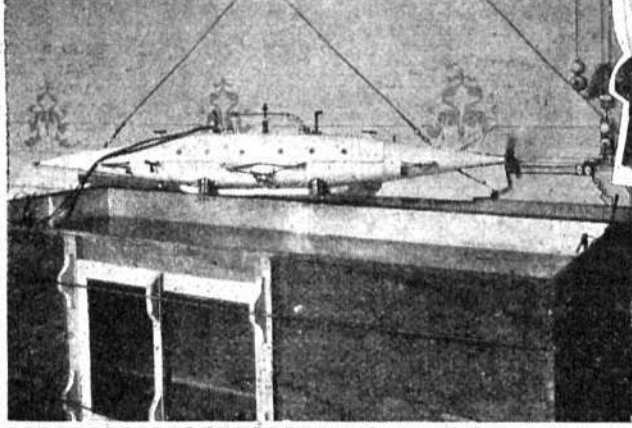
« Sin embargo, dos años más tarde, la Cámara de Diputados sancionó, en sesión secreta, la construcción de mi submarino, contando con el decidido apoyo del Presidente de la República, que en aquella época lo era el doctor Luis Sáenz Peña. Se esperaba el llamado a sesión secreta del Senado, cuando una noche, la víspera de ella, las campanas de Buenos Aires repicaron por la celebración de la paz con Chile. El asunto terminó allí.

Seguidamente nos mostró el «Panoramoscopio». Confesamos que nos maravilló el espectáculo, observado por el ocular de un binóculo de teatro, de toda la zona de La Plata que se domina en sus menores detalles, desde la azotea donde está colocado el tubo terminal del aparato.

En el mismo tanque, presenciamos la prueba del aparato para salvataje, denominado por Ricaldoni, «Salvator». El regalo de uno de estos aparatos a Francia, le valió la honrosa distinción de Oficial de Instrucción Pública; y el ensayo, con todo éxito, de su «desvía torpedos». El detalle y característica de este aparato lo guardamos en reserva, cumpliendo con el pedido del inventor.



El mecánico, señor Hansen, ante el Panoramoscopio. — En círculo: Tubo terminal del Panoramoscopio.



El submarino, junto a la gran piscina donde realiza sus experimentos.

— ¿Llevará usted invertidas fuertes cantidades en la construcción de sus aparatos?

— Ha sido uno de mis grandes obstáculos la cuestión pecuniaria, pero ahora, y debido a espontánea y generosa ayuda del doctor Alejandro Gallinal, que me ha facilitado el capital necesario, podré vencer todos esos obstáculos.

Terminamos nuestra entrevista, y al estrechar su mano, pensamos que el ingeniero Ricaldoni merece un puesto de honor entre nuestros inventores.



Recuerdos de teatro

Bien puede decirse que la historia del actual desarrollo del teatro nacional y la iniciación de la actividad dramatúrgica del señor García Velloso son coetáneos. Por supuesto, antes de que el fecundo autor escribiera su primera obra, cuando era un niño, se habían escrito comedias y sainetes dramas y tragedias en el país; pero ello no debilita aquella verdad esencial. ¿Y cuántas obras ha escrito el señor García Velloso? Más de cincuenta, al mismo tiempo que es periodista, profesor y sabe gozar de la vida. Inteligencia brillante, conocimiento amplísimo de su técnica, espíritu travieso, bellas dotes de escritor, han puesto al señor García Velloso en donde está. Y está bien.

Conocí a Granada en el camarín de Bonifacio Pinedo. Quizás el nombre de este gran actor sea totalmente ignorado de la mayoría de los que me leen.

Era Pinedo uno de esos artistas que interesan más en la intimidad, que en el proscenio. Poeta, músico, dibujante, conversador eximio, hombre de mundo, vino a Buenos Aires al frente de la compañía de género chico más completa que haya aplaudido nuestro público. Su cuarto del teatro Victoria, congregaba todas las noches a un grupo de amigos que le habían conocido en Madrid o en París, como Marcelo Alvear, el contraalmirante Solier, Calixto Oyuela, Emilio Onrubia, Rubén Darío, Antonino Lamberti, Enrique Frexas, Pedro Pardo, para sólo nombrar a los principales. Yo era uno de los asiduos de la tertulia, que solíamos prolongar en la suntuosa cuanto lúgubre «rotiserie» de Georges Mercier, cerrada para siempre al final de aquel invierno. En el amplio salón, frío entre la gloria de sus espejos inmensos y su artesonado rastacuero, frente a las cómicas, que denunciaban a su pesar el terrible maquillage de las tablas en la conjunción de la luz de los mecheros de gas, con el primer rayo de la aurora que entraba por las vidrieras de la calle Florida, Granada parecía incansable en su charla anecdótica. Siempre más juvenil que todos los del ágape, aún tenía humor para dar un paseo matinal por Palermo y llegar al «Diario», vestido de frac, a escribir la crítica de teatros, que compartía con Barreiro.

Por aquellos días, Leopoldo Lugones había asombrado a nuestra generación literaria e indignado a la anterior a nosotros, con «Las montañas del oro». Un ejemplar del libro del gran poeta a quien acababa de apellidar «formidable» Rubén Darío, pasó de mis manos a las de Bonifacio Pinedo. Yo trabajaba por aquel entonces en «El Tiempo», donde también escribía Lugones. Granada, excelente amigo del director, don Carlos Vega Belgrano, había exteriorizado sus protestas hacia aquella clase de literatura que lógicamente no podía comprender. Llegué al camarín de Pinedo en el momento en que Granada peroraba con una violencia casi grotesca, en contra de «Las montañas del oro». ¡Veo el cuadro y me parece estar oyendo a don Nicolás! Matilde Pretel disfrazada de D'Artagnan; Pinedo de Aramís; el bajo Segura, de Athos, ponían una nota de contraste entre los contertulios, vestidos de frac o enfundados en sus gabanes.

Con una audacia justificada por mi juventud, casi aniñada, insinué una defensa ditirámbica de la obra de Lugones. El traspunte cortó en seco mi discurso llamando a escena a los actores. La tertulia se deshizo al levantarse el telón y sólo quedamos en el camarín, Granada y yo. Traté de reanudar la discusión, cuando el viejo escritor, echando una de aquellas carcajadas tan suyas, tan comunicativas, me dijo: «Yo no he leído esa obra...; hablaba por hablar». Así conocí a Granada: oyéndole hablar por hablar; por la pasión de entretener, de cautivar a sus oyentes, improvisando, inventando cosas deliciosas e ingeniosas, haciendo malabares con las paradojas, cultivando las salidas de tono con una gracia inimitable. Desde aquella noche fuimos grandes amigos, grandes camaradas en cosas graves o vanales, cual si tuviéramos la misma edad.

Pocas semanas después, — y aquí el recuerdo de Granada se presenta en mi memoria en forma imborrable, — volví a encontrarle en Montevideo.

Pinedo acababa de sufrir el gran dolor, el inenarrable dolor del abandono de su esposa. El marido debía seguir trabajando. Las risas del histrión resonarían en el palco escénico, ahogando en un supremo esfuerzo de la voluntad, las lágrimas del hombre, el aullido terrible del esposo inconsolable en su desolación... Cuando terminó el espectáculo, Pinedo se encerró en su camarín. Nadie se atrevió a llamarle. Samuel Blixen, recomendó a todos que nos marchásemos. Sólo Granada se opuso a la deserción y forzando violentamente la puerta, entró. Sobre el neceser de los afeites, entre las pelucas y los crepés de la farsa de la farándula, estaba el revólver. Granada guardó el arma y habló... pero no por hablar, sino por consolar, por infundir esperanzas en aquella alma atribulada. ¡Cuánta maravilla dijo; cuánta elocuencia persuasiva, tierna, profundamente humana y por ello mismo escéptica, vertió en aquel desborde verbal que nos conmovió a todos hasta hacernos arrasar los ojos en lágrimas!... Y a pie... hablando siempre, ahuyentando la pena del pobre histrión, el alba nos sorprendió en Ramírez, junto a la playa rumurosa toda verde de esperanza.

En aquellos tiempos, Granada era rico, como lo fué tantas veces. Los billetes en sus manos resultaban cuàl agua en un cesto. No tenía la noción del dinero hasta que sufría las necesidades imperiosas de la vida material que tan cruelmente le asaltaron en los últimos tiempos. Quizá, gracias a esas necesidades, la literatura rioplatense se enriqueció con las páginas más bellas de su rara facundia. He aquí un ejemplo y un recuerdo que afirma mi aserto.

Era el año de 1901. Después de una breve campaña en pro del teatro propio, realizada por Ezequiel Soria en el Victoria; después del reestrenar el «Rui-Blas», de Hugo, traducido por Mitre, y de estrenar «Luz de luna y luz de incendio», de Martín Coronado y «Entre el fuego», de Ezequiel Soria, tuvimos que cerrar el teatro Victoria por falta de público. Los hermanos Podestá, que a la sazón acababan de disolver el circo de la esquina Libertad y Tucumán, donde hoy se levanta la Escuela Roca, pasaron a trabajar a partido en el teatro Apolo, que después de la memorable temporada de las hermanas Aranaz, estaba convertido casi en tapera. José J. Podestá, resuelto a realizar la evolución progresiva del circo al teatro, solicitó nuestro concurso. Soria fué nombrado director de la compañía del Apolo y escribió «Política casera», una de las más admirables piezas del teatro nacional, que la generación presente desconoce en absoluto. Yo estrené en seguida, en circunstancias angustiosas, «Jesús Nazareno». El éxito de la temporada era extraordinario: sin precedentes, hasta el punto que el mismo Podestá resolvió hacerse empresario, suprimiendo las decenas a prorrateo. Una tarde, después del ensayo, estábamos reunidos en el camarín de Podestá, haciendo planes para el futuro. Se hablaba de la obra histórica de Roberto Payró, «Canción trágica», y de «La piedra del escándalo», que desde la noche de su lectura en casa de Rafael Obligado, permanecía en uno de los cajones de la mesa de trabajo de mi casa paterna. El viejo poeta Coronado, tenía por costumbre entregar la suerte de sus obras a la dirección de mi padre; él las llevaba al teatro, él las ensayaba. Tal ocurrió con «Cortar por lo más delgado», «Un soñador» y «Justicias de antaño», que mi padre llevó a las compañías de Mariano Galé. Estábamos, como he dicho, haciendo planes para el futuro, cuando nos anunciaron la presencia de don Nicolás Granada. Sensación.

— ¿Qué quería? Granada manifestó que nos traía una obra. Y sin perder tiempo desató las cuartillas, y mientras sorbía un mate, dijo: se llama «Al campo», tiene tres actos; es una comedia... Con aquella gracia criolla suya, riendo sus propios chistes, comentando epigramáticamente las acotaciones, leyó la deliciosa obra en medio del más extraordinario interés de todos los oyentes. Cuando hubo terminado, era la hora de la función, y en la tablilla de ensayo de esa noche apareció, con la magnífica caligrafía de Zupparo, el anuncio de su lectura a la compañía para la tarde siguiente. Salimos del teatro a comer, Soria, Granada y yo. Por el camino notamos que nuestra alegría por la bellísima adquisición que acabábamos de hacer no estaba en razón directa con la inquietud un poco triste de Granada... En la mesa, el viejo maestro, nos dijo que estaba pobre, muy pobre... y que había escrito aquello apremiado por angustiosas necesidades... Pretender conjurar o atenuar una difícil situación económica con el producido de una obra en aquellos tiempos, equivalía sencillamente a ignorar la forma en que se nos remuneraba a los autores. Era la época de los cinco pesos por acto; la época en que Soria permutaba todas sus zarzuelas criollas por un pasaje a Europa; en que yo enajenaba «Gabino el mayoral» por una suma que hoy me parecería ridícula percibir como tanto por ciento de una sola noche; en que Payró, avergonzado de recibir sesenta pesos por todas las representaciones de «Canción trágica» regalaba el producto a un portero del Apolo; era la época, en fin, en que todos vendieron sus cuartillas, a la espera de tiempos mejores, que doce años después llegaron merced a la revolución económica realizada por la Sociedad de Autores. Granada también vendió «Al campo» y todo cuanto por aquel entonces escribió. De nada le valieron al autor triunfante que la sala del Apolo se transfigurara como por arte de encantamiento; de que el Presidente Roca y sus ministros sancionaran con su presencia el éxito, determinando una corriente de público distinguido que hasta entonces no había favorecido sino fragmentariamente al arte dramático nacional. Granada, como todos los autores de aquel entonces, al final de cuentas seguía debiendo siempre a las empresas...

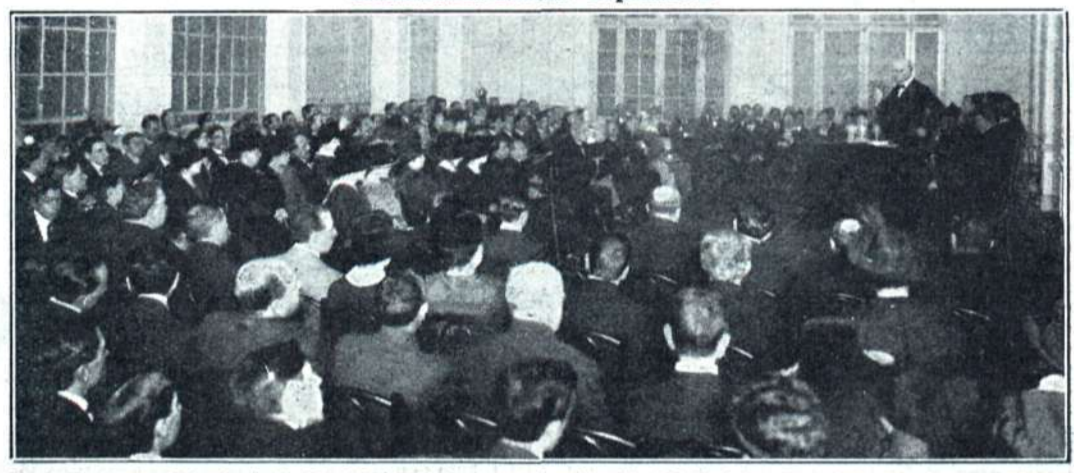
«Al campo» marcó en nuestro teatro dos jalones; la selección del público, en cuanto al éxito social se refiere, y la transformación del intérprete que abandonó los arreos gauchos por la indumentaria ciudadana. Es «Al campo» la primera producción que apasiona y sugiere el comentario de los círculos mundanos y populares. Después de esta obra, Granada no tuvo gran fortuna en sus estrenos sucesivos. Desde muy joven había cultivado el teatro intermitentemente. A los veinte años estrenó en la Alegría, con Mansilla, un juguete cómico a beneficio de Rita Carbajo; luego hizo en Montevideo, para Andó, «Las flores del muerto» que aquí reestrenó modernizada con el nombre de «Nina»; en el extinguido Coliseo de la Zarzuela representó «La bolsa verde», «Rigoletto en Carnaval» y «Juca-tigre»; en el Mayo «El Himno», que dedicó a la malograda Angeles Montilla y, sucesivamente, dió a la publicidad «La estatua», «Bajo el parral» y «Minué Federal». Esta última fué su postrer gran éxito. Así como se preocupaba mucho de las obras suyas que aplaudía el público, se despreocupaba en absoluto de los fracasos, hasta el punto de burlarse donosamente de sus propios errores. De su filosofía admirable en ese sentido, tengo dos recuerdos; uno la noche misma en que estrenó «El aviador», en el Nuevo, y otro el de la desgraciada reprise de «La conferencia de la paz», en el Avenida. Después del estreno de la primera de las obras citadas, entró a mi cuarto de «La Nación» riendo como un niño. Si se hubiera publicado la crónica taquigrafiada que hizo de su comedia y de los intérpretes, hoy tendríamos en el acervo intelectual de Granada una de las páginas más graciosas que se hayan podido hacer sobre el estreno de una obra.

Granada, poeta, periodista, dramaturgo, soldado, hombre de actividades multiformes, tuvo necesariamente que ser un espíritu fragmentario. Su existencia azarosa, llena de alzas y bajas, de esplendores y de miserias abrillantadas, de risas y de lágrimas, no conoció nunca la envidia ni la traición. Fué un amigo bueno, un compañero sincero, un filósofo necesario en ciertos instantes en que el desaliento nos asaltaba.

Trabajó enormemente, como un desgraciado que tuviera el signo de ganarse la subsistencia sin llegar nunca a las remuneraciones definitivas; holgó como un nabab que no necesitara pensar en el mañana; y en este contraste de luz y de sombras se hundió en la nada, dejándonos el eco crepitante de su alegría. Yo no podré olvidarle jamás. Y por sobre su obra, y sus bondades, y sus risas, le veré siempre, Demócrito frente a la playa de la mar uruguaya, toda verde de esperanza, abrazando al pobre histrión a quien había reconciliado con la vida...

Enrique García Velloso.

Rememoración española



En el salón de actos de la «Asociación Patriótica Española», durante la celebración de la histórica y fausta fecha del 2 de Mayo. Hicieron uso de la palabra el presidente de la institución y el doctor Carlos Malagarriga, y se recitaron poesías de varios autores, alternando con escogidos números musicales, ejecutados por la orquesta.

La fiesta de los trabajadores



Los socialistas internacionales, al desembocar de la calle Florida, por donde desfilaron en manifestación.



En la plaza San Martín, escuchando los discursos pronunciados por los oradores que designó el comité general del partido.



Afiliados del partido socialista, dirigiéndose en manifestación hacia la plaza Lavalle, donde hablaron los señores Antonio de Tomaso, Augusto Bunge, Adolfo Dickmann y Jacinto Oddone. En la inmensa columna, que abarcaba varias cuadras, se ostentaban grandes carteles alusivos al acto.

FIGURAS DE ACTUALIDAD, POR ÁLVAREZ

Sir JOSE WHITE TODD, Presidente del Ferrocarril Central Argentino



Nos dicen que es un portento,
que de Inglaterra nos vino,
porque es en todo momento,
el jefe del movimiento
en el Central Argentino.



UN CUENTO, NO MÁS

Era muy de madrugada y el sol no tenía aún fuerza bastante para desgarrar la espesa cortina de la cerrazón que obstruía el camino a sus rayos el viaje hacia la tierra.

El mayordomo, que había dado orden a los peones de estar listos a las cuatro para emprender la parada de rodeo apenas rompiese el alba, observaba impaciente el velo gris, en apariencia tenue como gasa finísima, pero que impedía distinguir objeto alguno a dos metros de distancia.

Temeridad hubiera sido lanzarse al campo con tiempo tal, que ofrecía mayores probabilidades de que un jinete se estrellara contra un ñandubay que de encontrar y arriar hasta el ceñuelo un novillo montaraz.

En la obligada inacción, los peones le pegaban al cimarrón, mientras don Eulalio los entretenía con sus cuentos.

« — Había una vez, — narraba, — en un pago qu'está como a cosa de tres galopiadas dende aquí, un paisano, mu güeno, de apelativo Facúndez, que sabía tropiar pal saladero 'e Colón.

«Cuasi siempre compraba ganados en la Banda Oriental; pero una ocasión se vido obligado a dir a apartar en el Paraguay.

«Como el viaje había 'e ser muy largo, Facúndez jué a ver a un amigo... que se llamaba... se llamaba... aura no me puedo acordar del nombre... diese de cuando en cuando una güelta pu'el rancho, pa ver si su mujercita necesitaba algo, pues quedaba sola con la vieja y un pioncito.

« — Vaya tranquilo, amigazo, — respondió el otro, — qu'en su ausencia, por larga que juese, nada li'a faltar a su mujer.

«Y, dejuro, Facúndez se jué tranquilo y el amigo comenzó a dir todos los domingos a visitar a Serapia, que ansina se llamaba la mujer del tropero. Dispués encomenzó a dir cuasi tuitos los días, generalmente dispués de almuerzo, mientras sestiaba la vieja, que como era bastante vieja, se le pegaban los palpados y sabía dispertarse al escurecer.

«Serapia era joven, bien parecida y sin hijos; el amigo tamién era joven y güen mozo...

«Facúndez dijo al marcharse que iba a demorar cuasi un año; pero aconteció que habiendo encontrado güena oportunidá pa redondear una tropa entre Curuzú Cuatiá y Payubre, pegó la sentada a los tres meses.

«Como había hecho un güen negocio compró en Mercedes dos cortes de vestidos y varias chucherías pa Serapia y un lindo talero de mango e trenza fina brasilera con virolas de plata y oro, pa osequiar al amigo.

«Llegó a la estancia ya caída la noche; encerró los novillos en el gran corral de la estancia 'el Arbolito y de una galopiada sejué a su rancho, distante unas dos leguas, acompañao de un pión viejo que lo seguía a todas partes, porque el finao Facúndez era güeno hasta la desageración.

«Llegó a las casas, golpió la puerta. Naide abría. Oyó adentro una voz de hombre que preguntaba:

— «¿Quién es?...

«Y entonces el tropero le dió una patada a la puerta que abrió y se encontró con el amigo, que se llamaba... ¿cómo diablos se llamaba?... ¡Ah! ya mi acuerdo, se llamaba Silva, como éste... — exclamó el narrador indicando con el índice uno de los tertulianos del fogón.

— ¿Y dejuro ái no más lo cosió a puñaladas? — interrogó otro peón.

— «No; primero le habló d'esta laya: «Este talero lo compré pa vos: pero en vez de dártelo en la mano te lo viá dar pu'el lomo»... Y le acomodó una soba como pa bagual corcoviador.

— ¿Y el otro?

— «El otro ganó la puerta como un loco y disparó campo ajuera.

— «Dende ese día no se le vido más en el pago. Yo lo encontré una ocasión en una pulpería. En el labio de arriba llevaba una cicatriz honda que lo hacía medio melláo,... una cicatriz parecida a esa que tiene Silvano,... producida por la herida que l'hizo Facúndez con la lonja bruta del talero nuevo...

— ¿Hasta por la cabeza le sacudió?

— ¿Cómo a las mulas?

— «Le sacudió por tuitas partes y hasta que se le cayó el brazo, medio desconyuntao.

— ¿Y el otro, juido no más?... ¡Cristiano maula!

Silvano, muy pálido y con voz temblorosa expresó:

— Eso es cuento.

— «Claro qu'es cuento. ¿No estamo contando cuentos?...

— ¡A caballo! — ordenó el mayordomo.

Todos obedecieron. Silvano demoró so pretexto de apretar la cincha a su caballo...

No apareció en el rodeo, ni nunca más volvió a vérsele en el pago.

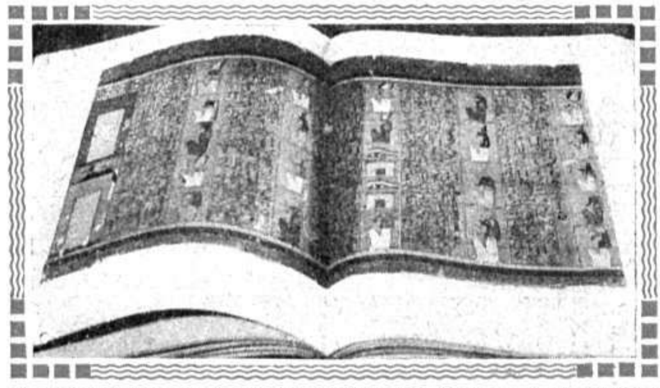
Martín Laguna.

Dib. de Macaya.



BIBLIOTECAS ARGENTINAS

DOS HORAS EN LA DEL ROSARIO



Facsímile del papiro egipcio «El Libro de los Muertos». El original se encuentra en el Museo de Londres.

Cuando sé que en una ciudad hay biblioteca, casi siempre voy a visitarla para pasar un rato agradable.

Más de uno dirá: — ¡qué hombre sesudo! Pues todos los gustos son gustos, y a este caballero se le ocurre encontrar divertido admirar las tapas de los libros, u ojear rápidamente una que otra página, como si se tratara de avisos de diarios.

Sin embargo, no crean. Es cuestión de saber buscar la diversión, pero se encuentra. Claro que no me presento al bibliotecario para decirle:

— Oiga, mi querido señor, ¿quisiera usted facilitarme un tomo cualquiera del gran Larrousse o el Diccionario de la Academia Española?

¡No, eso no! Pero empiezo por preguntarle:

— ¿Qué obras raras tiene usted por acá?... ¿Ninguna?... ¡Parece imposible!... Sería una lástima... Una biblioteca que es un chiche... ¡Tan bien cuidada!... No, no; deje que se lo diga, es la pura verdad... Hágame el favor... ¡Si habré visto yo bibliotecas!... Claro que las hay más grandiosas, más... ¡Ya sé! Pero como orden, como disposición, como... Esto es lo que digo y que afirmo, señor...

Tengan seguro que no hay bibliotecario que se resista. Poco a poco lo verán transfigurarse. El hombre cede por efecto de los halagos, hace una sonrisita, baja los anteojos hasta la punta de la nariz y mirando alrededor dirá: — ¡Venga conmigo!

Abrirá misteriosamente unas vidrieras reservadas y, después de haberlas sacada con religioso respeto, les alcanzará a ustedes unas obritas encuadernadas en pergamino amarillento, agregando «sotto voce»:

— De ésta hay sólo dos ejemplares en el mundo. ¡Dos! Esta otra es única... ¿Comprende? U-ni-ca... ¡Vea que impresión, que-que-que colores! ¿Qué le parece?

— ¿Y cómo las ha conseguido?

— Ah... Este...

— Es un secreto suyo... ¿Adivino?...

— Tanto como secreto, no... pero... ¡No todos llegan a olfatear obras como estas! ¡No todos!...

En la Biblioteca Argentina del Rosario hay el señor Alfredo Lovell, que ha nacido bibliotecario y tal vez, — como pensaba el doctor Alvarez, — era bibliotecario antes de nacer.

Uno de aquellos hombres que no pueden ser y no se conciben que puedan ser otra cosa.

Se siente feliz entre sus catálogos alfabéticos, metódicos y numéricos y mientras habla con un visitante y lo atiende con exquisita finura, mantiene la mano derecha apoyada sobre un índice racional por esquelas, obra de él mismo, y toma una actitud casi heroica, como si dicho índice racional fuera un espadón, de aquellos que usaban los caballeros andantes otrora...

Cuando me presenté para visitar la Biblioteca Argentina del Rosario, me dijo en seguida:

— ¿Qué le parece nuestra biblioteca?

Le contesté verdaderamente lo que sentía:

— Interesante... Bien dispuesta... Lindo local...

— En el día de la fecha contamos ya con 20.934 volúmenes, incluyendo los folletos.

— Ah, ah... ¿Quién es el actual director?

— El doctor Carlos Muniagurria. Fundador y primer director fué el doctor Juan Alvarez. Note que todos los servicios de la biblioteca son gratuitos...

— Con que recursos...

— El Concejo Deliberante destinó a la institución como capital propio la suma de cincuenta mil pesos a entregarse en cuotas anuales de seis mil pesos. A más una subvención mensual de 500 pesos, municipal también; otra del gobierno de la Provincia de 300 pesos mensuales; y 1.800 pesos por año del gobierno nacional.



Estatua de Amen-em-Ha. Copia fiel de la que se guarda en el Museo de Londres.

— Si los fondos llegan con regularidad tiene como vivir holgadamente la biblioteca...

— Dice bien: si los fondos llegaran con regularidad... A más de la biblioteca disponemos de cinematógrafo, linterna de proyecciones, talleres de imprenta y encuadernación... Estamos bien instalados...

La gran sala de lectura ha sido adornada con gusto severo. De las paredes cuelgan reproducciones al natural de bajo relieves asirios, copiados de los originales existentes en el Britisch Museum. Figuran también en tamaño natural, por consiguiente imponente, una gran esfinge egipcia como la del Museo Británico y el León alado de Nimroud. Elegantemente encuadernados se admiran los facsímiles de los papiros sobre el ritual de embalsamamientos egipcios, el libro de los muertos, y fielmente reproducida tal como se conserva actualmente, la piedra de Roseta que dió la clave para descifrar los jeroglíficos egipcios.

En los cimientos del fuerte de San Julián en la ciudad de Roseta (Egipto), se encontró en 1799 la Piedra de Roseta, con triple inscripción, en caracteres jeroglíficos, demóticos y griegos, es decir, en el idioma



El salón de la Biblioteca del Rosario, durante las horas de acceso al público.

sacerdotal, vulgar y griego. Champolion pudo, gracias a este hallazgo, dar con la clave de los jeroglíficos egipcios hasta entonces indescifrables.

La inscripción de esta piedra, cuyo original se encuentra en el Museo de Londres, menciona los honores que se deben tributar a Tolomeo V...

Desgraciadamente la piedra no ha llegado hasta nuestros tiempos intacta. Está rota en la parte superior a la izquierda y derecha, así que se conserva tan sólo un tercio más o menos de la inscripción.

El señor Lovell, mientras me hacía recorrer las dependencias de la institución, me hizo notar que la biblioteca sostiene una obra eminentemente educadora, una escuela nocturna para hombres y mujeres analfabetos, atendidas por dos maestras.

— Todo esto está muy bien, señor Lovell; pero, ¿los libros duermen o se leen?... En una palabra; ¿el público se apercibe que dispone de una biblioteca, la disfruta, concurre bastante numeroso?...

— El año pasado concurrieron a la biblioteca, por diversos conceptos, 68.917 personas y en el mes de marzo de este año tuvimos 6.190 concurrentes, los que, más o menos, dan una cifra de 70 a 75 mil por año...

— ¡Linda cifra!... ¿Y qué clase de gente?... Obreros, ¿vienen muchos?

— Muchos, muchos. El primer lugar lo ocupan, como es natural, los estudiantes, después vienen los empleados y luego los obreros; últimos los profesionales. Y se comprende... Tienen todos en casa los libros que se ven obligados a consultar muy a menudo...

— ¿Y los libros más leídos?

— Literatura, historia... Los que se leen menos son los de sport, agricultura y ganadería... Venga que voy a hacerle ver unos libritos curiosos... ¿Tiene tiempo?

— ¡Cómo no!...

— Es preciso convenir que nuestros abuelos tenían tiempo para perder... Y se explica: no vivían tan febrilmente como nosotros... ¡Dese cuenta! ¿Qué le parece este tratado, escrito nada menos que por el marqués de Villena?...

Se trataba de un libro voluminoso, impreso con nitidez admirable, encuadernado en pergamino, cuyo título era el siguiente:

« Arte cisoria o tratado del arte del cortar del « cuchillo que escribió don Henrique de Aragón, « marqués de Villena. La da a la luz con licencia « del Rey nuestro Señor la Biblioteca Real de San « Lorenzo del Escorial. En Madrid en la oficina « de Antonio Marín. Año de 1766. »

— ¡De qué se ocupaban los marqueses en aquellos tiempos!...

— ¿Y qué me dice de este otro?

Me presentó una obrita del tamaño de un librito común de misa, también antigua y que se titulaba:

« Crotalogía o Ciencia de las Castañuelas.—Instruc« ción científica del modo de tocar las castañuelas para « baylar el bolero y poder fácilmente y sin necesidad « de Maestro acompañarse en todas las mudanzas de « que está adornado este gracioso Bayle Español. »

La obra está dividida en varias partes y la primera contiene:

« ... una noción exacta del Instrumento llamado « Castañuelas, su origen, modo de usarlas y los precep« tos elementales reducidos a riguroso método geomé« trico juntamente con la invención de unas castañue« las armónicas, que se pueden templar y arreglar con « los demás instrumentos. »

Autor de este interesantísimo trabajo, que ha requerido hasta conocimientos geométricos, es nada menos que el licenciado Francisco Agustín Florencio, y de esta obra se hicieron cinco ediciones «corregidas exactamente», según reza la carátula.

No he leído detalladamente la obra, por supuesto, mucho más que solamente la primera parte ocupa catorce capítulos. Pero para dar una idea de lo importantes que son las castañuelas, será suficiente decir que el licenciado Francisco Agustín Florencio dedica un capítulo a parte, a temas como los siguientes:

« Descripción de la castañuela.—Como se determina « la figura geométrica de la castañuela.—Exposición de « un lugar famoso de Plinio, de donde se deducen hasta « los agujeros y cintas de las castañuelas y se ve el luxo « y riqueza de las matronas romanas en este punto. »

Sigue luego don Florencio tratando del «sonido de la castañuela» y hasta dedica sendas páginas discutiendo largo y tendido sobre la forma más apropiada para conseguir lo que él llama el «Tirirá-tirirá.»

¡Francamente cuando se leen semejantes obras, se llega a la conclusión que el periodismo, por cuantos defectos pueda tener, no es al fin al cabo tan superficial como comúnmente se cree!

La obra que me pareció interesante y que me sugería unas comparaciones bastante dolorosas, fué un libro español titulado:

« Almotacen o fiel de la medida y peso que se debe « dal al pan, vino, carne, azeite y de otras mercaderías. « Van también insertas dos tarifas de la tachacion de « las criadas que sirven y ganan soldadas. »

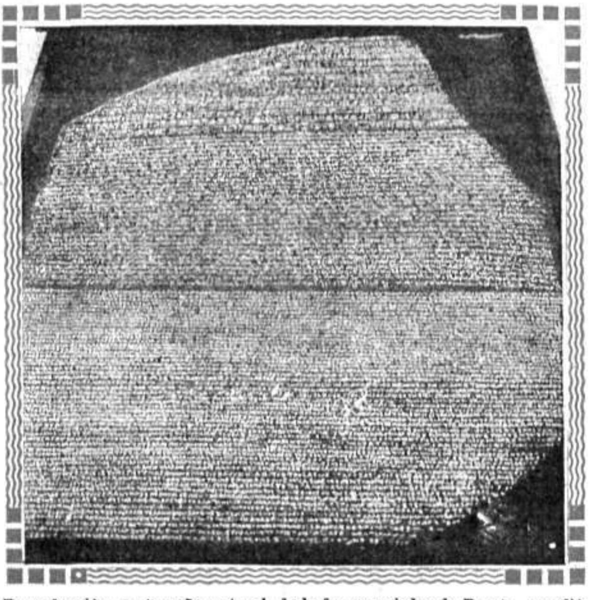
Está dedicado o, como dice el autor, «dirigido» a los ilustres señores jurados de la ciudad de Valencia y su autor es Vicente Montesinos Valenciano.

La obra es del año 1641.

En el capítulo octavo, donde trata de «la tachacion de las mozas de soldada», el autor viene a compilar una especie de tarifa, subdividida por años, meses y días, tomando por base los salarios que se pagaban en aquellos tiempos a las sirvientas:

Y es el caso de decir:—¡Cómo han cambiado los tiempos!

Pero es mejor reproducir textualmente lo que dice



Reproducción, en tamaño natural, de la famosa piedra de Roseta, que dió la clave para descifrar los geroglíficos egipcios.

Vicente Montesinos: tiene más sabor la prosa de estos viejos escritores:

« Por auer uisto en muchos lugares deste reino de « Ualencia la falta que hay en tachar a las moças la sol« dada que tienen ganada, me ha parecido ponerla por « menudo así lo que gana al año, como lo que gana cada « mes y lo que gana cada día, así sea ganando seycientos « sueldos como es fuero de Valencia esto es fuera su « contribución como quinientos sueldos que dicen en « muchos lugares que es costumbre de la tierra no pa« garse más y así haré dos tarifas, etc. »

Resulta que en aquellos tiempos las sirvientas ganaban seiscientos sueldos en cuatro años, repartidos así:

Primer año: 60 sueldos, correspondientes a cinco sueldos por mes, o dos dineros por día.

Segundo año: 120 sueldos, correspondientes a diez sueldos por mes, o cuatro dineros por día.

Tercer año: 180 sueldos, correspondientes a quince sueldos por mes, o seis dineros por día.

Cuarto año: 240 sueldos, correspondientes a veinte sueldos por mes, o veinte dineros por día.

¡Y luego digan que no sería bueno volver a lo antiguo!

¿Las sirvientas de hoy día? ¿Hablarle de sueldos y dineros a las sirvientas de hoy día, que con medias de seda, botines charolados y piel al pescuezo se plantifican delante de la patrona y mirándola bien en la cara le dicen:

— ¿Cuánto se *animaría* usted a pagarme, señora?...

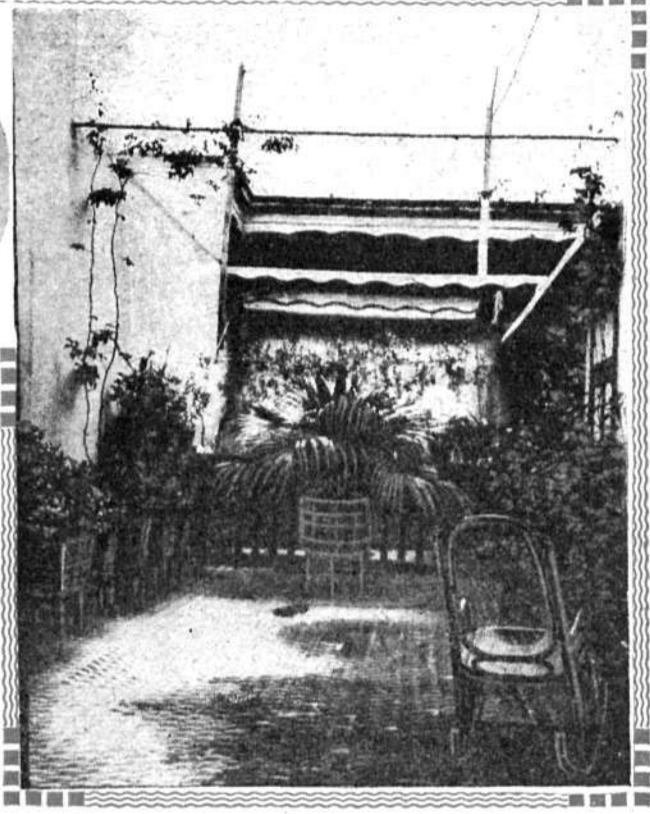
¡Y eso sin saber hacer nada, absolutamente nada!

Estamos hablando de sirvientas, y habíamos entrado en una biblioteca, si no me equivoco... ¿Pues no les digo, que visitando las bibliotecas se encuentra para pasar un rato agradable? Dr. A. Vaccari.

LOS INVENTORES



El señor Esteban Rossi.



El patio de la casa Rossi, donde se halla aplicado el invento.

No me parece fuera de lugar, dejar establecido un precedente, que es éste: no sé de qué depende, pero es un hecho que dispongo de un poder de atracción irresistible sobre los inventores.

Especialmente los inventores que no han podido dar con un capitalista que se atreva a lanzarse en empresas tan seguras, como son siempre las acariciadas por personas que no disponen ni de un medio siquiera. Estos parece que señalan mi presencia a distancia y vienen a confiarme sus penas.

¡Nadie sabe el sinnúmero de lágrimas que he enjugado a descubridores de la cuadratura del círculo y del movimiento continuo! ¡La cantidad de librajos de que soy depositario! Obras que representan el trabajo y los insomnios de años y años, confiados al que suscribe con afectuosas dedicatorias: «A Fulano de Tal, único que me ha comprendido, este umilde (sin hache) omenaje (ídem) que un día traspasará los siglos!»

Así dice modestamente, por ejemplo, un litógrafo que ha interpretado de veras la Divina Comedia, y que me tiene una confianza loca... Cómo será que suele repetir a todo el mundo: «¡Yo lo quiero como a un padre a ese hombre, como a un padre!» Y debe ser por el hecho de haberlo aguantado sus latas sin inmutarme, diciéndole siempre que sí, que estaba muy bien, como se suele decir a los chicos.

Luego no hay que extrañar, si, a los dos días de mi llegada al Rosario, topé con un inventor.

Me encontraba justamente escribiendo, como ahora, cuando golpearon discretamente a la puerta de mi pieza:

—Hay un señor abajo que desea hablarle...

—¿Un señor? ¡Hombre, que suba, que suba no más! ¿No dijo quién era?

—No dijo nada... ¿Entonces lo hago subir?

—Pero ¡claro!... ¡Que suba, que suba!

Se me presentó una persona de cierta edad, más bien bajito de estatura, pero morrudo, fuerte.

—Yo soy Esteban Rossi...

—¡Tantísimo gusto!... Siéntese, señor...

—Como le decía, soy Esteban Rossi, capitán marítimo y actualmente práctico del Puerto...

—Perfectamente... ¿Y en qué puedo serle útil, señor?...

—He sabido que usted estaba aquí, y he venido a verle porque hice un invento...

—¡Ah! Muy bien... Mis sinceras felicitaciones... ¿Y de qué se trata?

—Se trata... Pero, ¿por qué no pasa usted por mi casa, así se da una idea exacta de la cosa? Allá tengo una instalación, la primera que hice, pero que sirve para hacerle comprender en seguida de qué se trata. En pocas palabras, he encontrado el modo de conseguir la lluvia artificial...

Faltó poco que no pegara un brinco en la silla, porque de ser cierto eso en el sentido como yo lo había comprendido, habría sido toda una hazaña y un triunfo ser los primeros en dar la noticia al mundo. El inventor continuó:

—Mi sistema es un sistema de riego, fundado sobre la propiedad de adhesión del agua. ¿Me comprende?

—¡Cómo no! Si quiere vamos también a su casa... Un segundo y estoy con usted. Siga no más hablando que mientras tanto... ¿Usted me disculpa, no es cierto? Me pongo el cuello... ¿Entonces decía usted que el agua tiene adhesiones?...

—El agua tiene la propiedad de adherirse a los alambres, de los que se desprende en pequeñas gotas. Entonces he reflexionado y me he dicho: ¿por qué no podríamos aplicar este principio y conseguir una lluvia artificial?

—Bueno, ahora veremos el aparato... ¿Pero qué ventajas tiene el sist...?

—Hombre, una ventaja enorme para las quintas especialmente, los jardines... Ni que hablar...

La casa del inventor queda en la calle 3 de Febrero, 589, así que desde el hotel tuvimos que recorrer unas cuantas cuadras antes de llegar.

—¿Y no sacó patente?...

—¡Como le va!... La patente número 13.965. Me sirve por unos diez años... Esta maldita guerra lo echa a perder todo, sino a la fecha estaría vendido el privilegio... A más tengo otros inventos... Ya verá usted.

La casita del inventor es modesta, pero tiene la gran ventaja que... es de él. La entrada da en un patio bastante espacioso, adornado con plantas de gran follaje. Arriba corre un caño de hierro de una pulgada por todo el largo del patio, y de este caño salen otros como las costillas de una columna vertebral.

Entre estos caños transversales corren paralelos muchos alambres, que para un profano parecen tendidos con el objeto de ayudar a una enredadera a trepar.

El inventor hizo una sonrisita mirándome como quien dice:

—¿Y qué le parece?

—Por cierto que éste es su aparato, ¿verdad?

—Mi sistema de riego a lluvia artificial —dijo con cierta solemnidad.

En esto se asomó la señora del inventor, una señora muy sencilla, que, por supuesto, está encan-

tada con las cualidades eminentes del esposo.

— Mi marido tiene «mucha cosa» por la cabeza... Le haría falta gente de plata que le ayudase. Este cuarto de madera lo ha hecho él... Esta pileta, para bañarse en el verano, también es de él... ¡Vea qué grande!... Aquí mismo en el patio nos bañamos que da gusto. ¡Son cuatro metros de largo, por dos de ancho, y su metro y medio de hondo!...

— Si uno quisiera ahogarse...

— ¿Usted se cree que no?

El capitán, mientras tanto, daba las órdenes para que lloviera a la minuta:

— ¿Ramona? Dale vuelta a la llave del agua...

Ramona es una salteña peticita, morocha, la que se ocupa de los quehaceres domésticos y conoce el funcionamiento de los aparatos de su patrón.

— ¡Ya «stá»!...

Esperamos la lluvia con una cierta emoción.

— Tarda un ratito debido a que los caños no están bien hechos, y a más nunca han sido limpiados.

Pero por fin llovió. El patio se fué mojando poco a poco como bajo la acción de gruesas gotas, como las que preceden el granizo.

Las facciones de don Esteban se iluminaron y tal vez en su mente iban pasando visiones de quintas lozanas irrigadas con su sistema, de jardines florecientes, preciosos, conservados en perpetua frescura gracias a la lluvia artificial, que — como hace observar muy oportunamente el inventor — lleva la ventaja sobre el otro sistema de riego de prodigar agua oxigenada, más oxigenada que la otra. Y el oxígeno es vida.

— Muy bien, don Esteban, muy bien.

— Ahora le haré ver un barco para el transporte de hacienda, ideado por mí. Se trata... aquí lo tiene: de dos barcos unidos entre sí por medio de una planchada, protegida por una baranda todo alrededor. La hacienda viene cargada en esta planchada que queda en el medio... ¿Se da cuenta?... La ventaja de este sistema, que he llamado de barcos mellizos, es ésta: menor calado y absoluta estabilidad. Es imposible que se pueda volcar por descompuestos que puedan ser los movimientos de la hacienda. ¿Qué le parece?

— ¿Le digo mi opinión con toda franqueza? ¿Pero no lo va a tomar a mal?

— ¡Qué esperanza!

— Pues bien; este aparato me parece que va a tener resultado mucho más pronto que el otro de la lluvia artificial...

Me pareció que en la cara de don Esteban pasara como una nube; pero fué cosa de un momento.

— Como soy marino he encontrado muchas cosas prácticas de positivo resultado en la navegación... Aquí tiene, por ejemplo, un modelo de barco... Yo he visto buques modernos provenientes de grandes astilleros, pero me dan gana de reir. No se puede prescindir de ciertas líneas en la construcción de embarcaciones. ¡No saben construir ni siquiera una hélice de buque!... Yo he fabricado una que en las paletas tiene la misma forma de una vela hinchada por el viento. ¿Y la hélice acaso no funciona como una vela?

— Es cierto.

— Ninguno de los constructores de buques tiene presente un principio elemental, es decir, que entre potencia y resistencia hay que interponer elasticidad. Si la hélice fuera elástica, es decir, si existiera un resorte entre la hélice y el barco, cada vez que el barco sufre un golpe de mar de proa, la hélice lo recibiría para devolverlo después como fuerza propulsora. ¿Me entiende?

— Perfectamente.

— Se construyen los barcos hoy día con los mismos criterios de hace mil años. Poco se ha adelantado en la técnica. Casi diría que al contrario, se va atrás. He visto buques que a proa presentan concavidades detrás del rompe-olas. ¿Pero, a quién se le ocurre? Evidentemente estos barcos deben ser barcos tortugas. El agua encontrará una enorme resistencia... ¿A dónde se han visto peces que tengan hundida la parte del cuerpo que queda atrás de la cabeza? ¡Hay que estudiar la naturaleza! Lo mismo, ¿sabe usted cuántas toneladas de combustible se ahorrarían si desde el rompeolas de los barcos se dejara salir con aceitadores automáticos un poco de aceite de vez en cuando?

— A propósito de aceite, usted que es marino, ¿sabe decirme por qué cuando hay borrasca y la nave peligra se echa aceite al agua y el mar se tranquiliza?

— Por una razón muy sencilla, señor. Que el viento no hace presa sobre las materias grasas y el agua también se escurre mejor sin hacer fuerza sobre las partes aceitadas. Fíjese usted en los pájaros de alto vuelo, verá usted que siempre se untan las plumas, sacando la grasa de un depósito que llevan encima de la cola. Los peces lo mismo: tienen el cuerpo completamente cubierto por una substancia que hace muy difícil poderlos agarrar y que les permite caminar muy ligero en su elemento... ¿Por qué no se copia la naturaleza? ¡Costaría tan poco ensayarlo!



La señora del inventor, contemplando al fotógrafo.



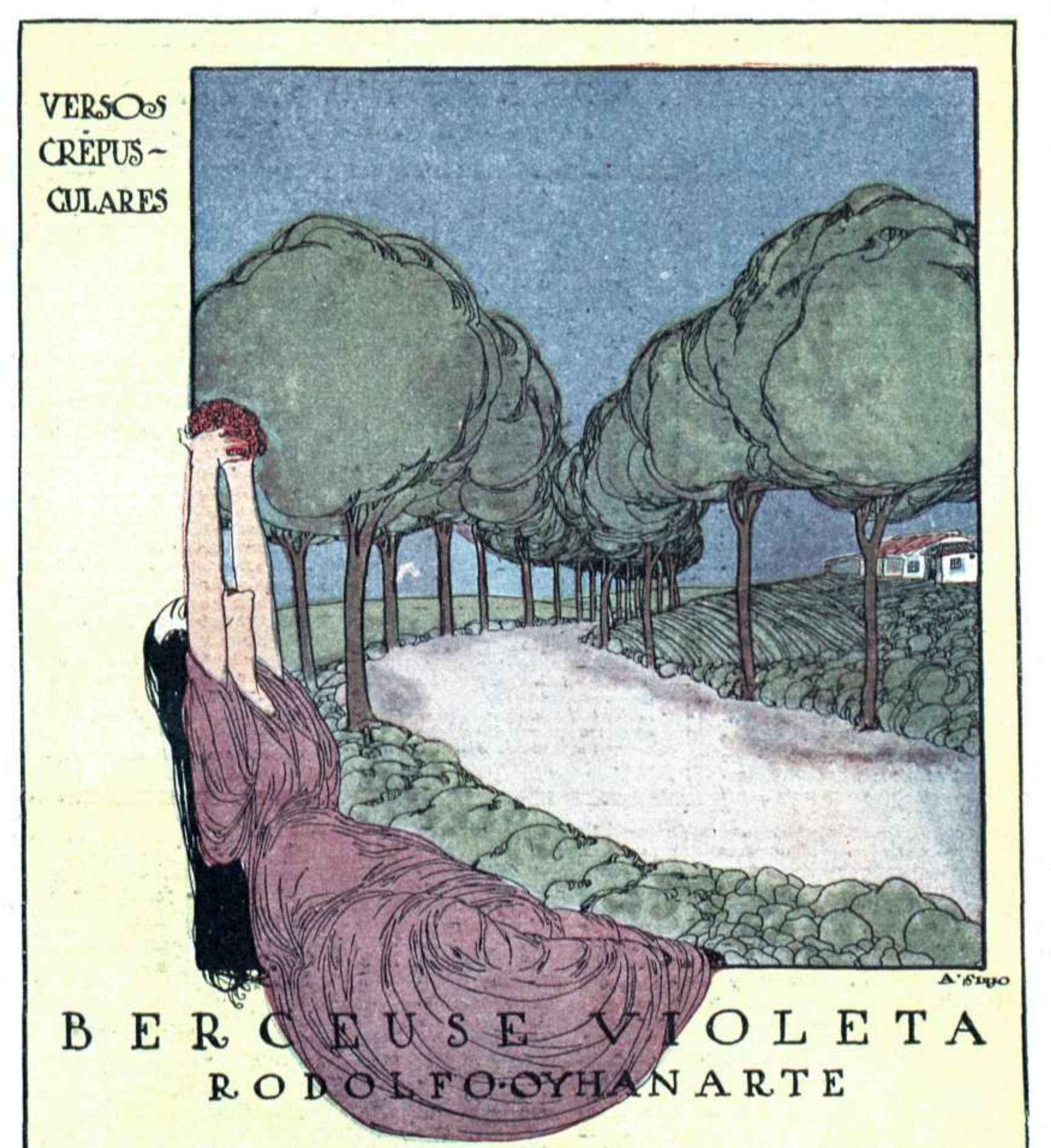
Un barco práctico para hacienda.

— Permítame: eso no. En otros tiempos no digo lo contrario. Estoy de acuerdo con usted... ¿Pero en los años que corren? Prodigar aceite para facilitar la navegación de un barco, mientras tenemos que renunciar a la ensalada por lo caro y también lo imposible que se ha puesto el aceite...

— Comprendo... pero el aceite que se usa para la mesa, no es ese que se emplea en los barcos.

— ¡Pues, señor, yo creo que no sirve para otra cosa que para los barcos! ¡Y eso!

Dr. A. Vaccari.



BERCEUSE VIOLETA

RODOLFO OYHANARTE

Para Caras y Caretas.

Atardecer estival.
Hora de paz y de calma,
en que se desflora el alma,
como un florido rosal.

El alma trocada en flor
desflórase en esta hora,
pero la tarde se enflora
en rojas rosas de amor.

En rojas rosas la tarde
por las praderas ambula,
mientras el alma se azula
como una pira que arde.

Arde el alma bajo el tul
del cielo de terciopelo,
para ascender luego al cielo
cual un vago incienso azul.

En el violín del pinar
el aire vibra sonoro,
mientras un silencio de oro,
se recuesta sobre el mar.

Canta el zorzal sus querellas
en una azul melodía,
tan azul, que se diría,
está deshojando estrellas.

Tiende su regio capuz
el ocaso rosicler,
y creemos que nuestro ser,
como los astros da luz.

Puebla esta hora celeste,
divina armonía extraña,
porque la vasta campaña
templa su armonium agreste.

Y esa música bucólica
nos penetra de tal modo,
que nos transformamos todo,
en cuerdas de arpa eólica.

El ígneo alfanje del sol
en las nubes se gloría,
que son mar de luz bravía,
en encrespado arrebol.

La tarde núbil destella
su quietud ultra serena,
y el alma se siente buena,
como una flor o una estrella.

Y dándonos a vagar
en ideal peregrinaje,
se sublimiza el paisaje
con nuestro propio soñar;

a punto que si los ojos
nos cierra la ensoñación,
arde nuestro corazón
en atardeceres rojos.

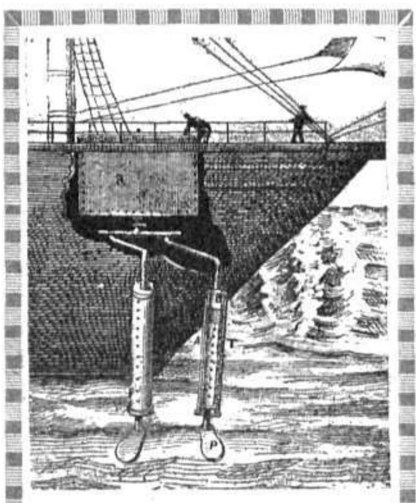
Dib. de Sirio.

COMO SE CONJURAN LAS TEMPESTADES: EL ACEITE, SEDANTE DEL MAR

Para Caras y Caretas

¡El viejo océano, como le representaba la fábula, no deja nunca su presa: por millares se cuentan sus víctimas; por millares los náufragos abismados en sus ondas procelosas! Y casi siempre las víctimas son la gente de mar, los pescadores a los cuales el hábito de vivir continuamente con el peligro, les hace descuidar los medios más elementales de salvataje, siendo contados los que estén munidos de salvavidas o recurran para apaciguar la cólera del mar al empleo del aceite, que suprime la tempestad y calma y detiene súbitamente la loca agitación de las olas. ¡El aceite! ¡Feliz hallazgo, inesperado poder de los grasos más despreciados, más groseros, menos refinados, el de contener al instante el furioso movimiento del mar, brindando al navío su calma y su estabilidad, mientras que a lo lejos, hierve el agua levantando gigantescas montañas y se quiebran las rompientes en rabiosa porfía!

Desde hace muchos años se tenía noticia de esta curiosa propiedad del aceite, comprobada por la observación vulgar de los pilotos y capitanes de altura, hasta que se instituyeron los famosos ensayos de Folkestone (1887), y se estudió sistemáticamente la cuestión por el almirante Cloué, el cual demostró que pequeñas cantidades de aceite bastan para obtener el efecto deseado. En un informe que este ilustrado marino presentó a la Academia de Ciencias de París, en el cual se relataban 200 experimentos realizados, sea a bordo de navíos que navegaban en altura, sea con lanchas de salvataje, o, en fin, a la entrada de los puertos de Inglaterra y Escocia, quedó definitivamente averiguada la cuestión.



Aparato destinado a expandir aceite en el mar, proporcionalmente a la agitación de las olas. — R, depósito de aceite; A y B, tubos enchufados el uno en el otro, por los cuales se hace el derrame cuando los agujeros T coinciden; P, pedal sobre el cual actúan las olas, para cerrar o abrir los agujeros T, haciendo deslizar el tubo B en A.

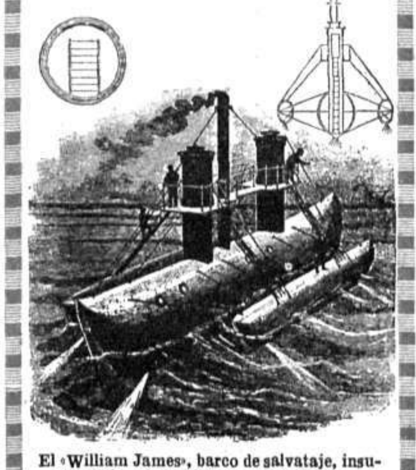
El medio más generalmente empleado a bordo de los barcos para expander el aceite en el mar, consiste en tomar un saco de fuerte tela de vela, de 10 litros de capacidad aproximadamente, que se llena con estopa saturada de aceite. Se completa la carga, vertiendo sobre la estopa aceite y cerrándole sólidamente, después de lo cual se agujerea el fondo con varios agujeros hechos con una aguja para velas.

Viento en popa, huyendo del tiempo, cuando el mar parece aprestarse a castigar el barco, se coloca uno de estos sacos a la rastra, en cada ángulo de la popa, o un poco más cerca de adelante. El líquido fluye lentamente a lo largo de la borda, y, enseguida, se produce el efecto calmante.

Algunos marinos prefieren suspender los sacos hacia adelante, de cada serviola, puesto que el barco, sumergiéndose y rechazando el mar extiende la mancha de aceite y ensancha así el camino unido, en el cual no hay rompientes. En otros casos, cuando el barco está a la deriva o se mantiene a la capa, se dan otras disposiciones a los aparatos por los cuales se derrama el aceite en el mar. Hasta hay inventor que ha propuesto lanzar obuses cargados de aceite que calmarían la agitación de las olas, bastante lejos, en la ruta del barco; la idea no parece mala y quizás podría ensayarse en las operaciones de salvataje.

La propiedad que posee el aceite de apaciguar la agitación del agua, desarmando al vengador Neptuno, amargo como las aguas del océano, es difícil de explicar sobre todo si se considera la excesiva sutileza, 1/90.000 de milímetro, de líquido oleaginoso, que basta para calmar la agitación de las olas. Los resultados, son tanto mejores, cuanto más pesado y de peor calidad es el aceite empleado, lo cual es económicamente importante. Se han empleado todas las variedades de aceite, comprobándose que los aceites de pescado y particularmente los de foca y de marsopla son los más recomendables, viniendo en segundo término los aceites vegetales, y, por último, los minerales, con los cuales no se han obtenido tan buenos resultados.

Siendo el aceite impenetrable para el aire y el agua, a causa de la gran cohesión de sus moléculas, se comprende fácilmente que los agentes atmosféricos u otros, no puedan transformarle en gotitas o en polvo de lluvia. El viento no tiene ninguna acción sobre él, debiéndose a esta circunstancia quizás la maravillosa capacidad expansiva de la capa oleaginosa, que impide al viento más furioso levantar la superficie del agua que recubre. Otras materias gozan de la misma propiedad del aceite, la cual, por lo demás, es realizada por toda substancia capaz de oponer un obstáculo serio a la desagregación de las partículas del agua del mar bajo la influencia del viento, impidiendo, por consiguiente, la formación de las rompientes. Los detritus de las máquinas y de las cocinas de los barcos, que se arrojan al mar, pueden ocasionar este efecto, como también, aunque no de una manera tan manifiesta y eficaz, todos los cuerpos que flotan en masa compacta en la superficie del mar o muy cerca de ella (bancos de arenques, campo de pequeños trozos de hielo provenientes de la desagregación de los *icebergs*, etc.)

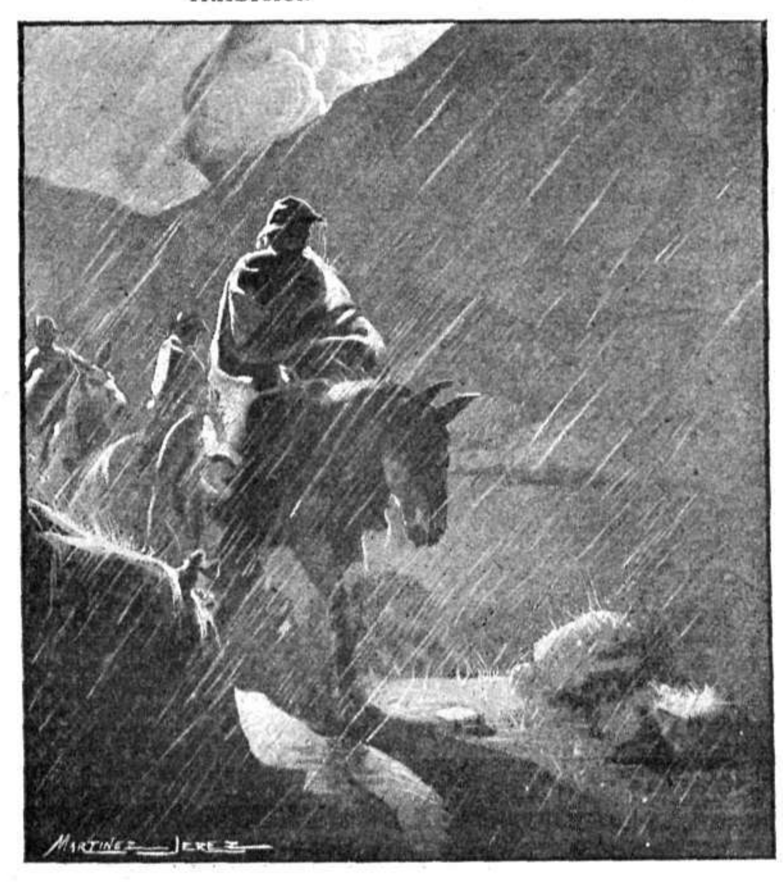

El «William James», barco de salvataje, insumergible, construído en América, sin hélice ni timón. Está constituido por un sistema de tres flotadores, el del medio, dividido en cinco compartimentos, contiene la caldera y el propulsor; este último, constituido por una bomba que envía el agua en los orificios practicados en diferentes direcciones, y mediante cuyo cierre o apertura puede hacerse que el barco marche hacia adelante, atrás, o aun de costado.

Perfeccionando el empleo del aceite, según las diversas necesidades, se llegará a métodos económicos y prácticos de sedación del mar, garantizando a los navíos del efecto desastroso de las tempestades, ahorrando vidas y capitales, toda vez que no habrá de temerse la ola amenazadora, muriendo al borde de la capa de aceite, para librar su paso a la onda sola, que mansa y serena, sin ninguna rompiente, va a levantar el barco.

Dr. F. Wilson.

Los mineros aragoneses

TRADICION



Vadearon a duras penas un arroyo correntoso y lo dejaron atrás, avanzando al paso acompasado de las mulas.

—Ya debe faltar poco, —dijo uno de los viajeros.

—Así creo. Media legua a lo más... ¡Pero con esta lluvia! —respondió a regañadientes el que marchaba a su lado. —¡Menos mal que las mulas conocen la huella!

Eran tres los jinetes aventurados en la noche y les precedía en la marcha una tropa de más de una docena de mulas cargadas que caminaban con las cabezas gachas azotadas incesantemente por el agua y la ventisca. Hacía mucho tiempo que no lloviera con tal persistencia. A la distancia sentíase el rumor de los torrentes que bajaban de la sierra precipitándose en los cauces encajonados de tanto río seco por los cuales arrastraban los árboles y las piedras que encontraran en el camino. Al resplandor de un relámpago que hizo aminorar el paso a los montados descubrieron un caserío ya a pocas cuadras. Luego, doblado el último codo del camino, brilló la luz cenicienta de un fogón. Enfrentaron la portada amplia del cerco de ramas que aparecía negro en la noche negra y se apeó uno de ellos, envuelta la lonja del rebenque en la mano, con el cabo colgando, por temor a los perros que gruñían dispuestos al mordisco.

—¡Ave María!

—Dientre, don.

Entró. Bajo el doble techo de una carreta empinada sobre la parte trasera, al abrigo de un tala enorme de follaje impenetrable ardía la hoguera y a su vera formaban rueda tres o cuatro peones despuntando el vicio del mate alternado con uno que otro trago de aguardiente.

El desconocido pidió, a nombre suyo y de sus compañeros, les dejaran descansar un momento al amparo del tala y del fogón. Tomarían unos mates y pondrían a secar los ponchos para en seguida continuar el viaje, pues les urgía hacerlo así. Dos de los peones se levantaron, llamando a los perros:

—¡Capitán! ¡Minero! ¡Tate quieto!

Arriaron la mulada y apenas aflojadas un poco las cinchas, la encerraron en el corral más cercano. Después volvieron todos chapaleando barro hasta la carreta.

Amenguaba el aguacero. Se oía ahora con más claridad el sonido de caracol de los chorros de agua del techo al caer en cántaros y tinajas de barro que es costumbre colocar para beber más tarde sabrosa agua de lluvia. A intervalos rompía la obscuridad el culebreo de una centella y se oía cada vez más lejano el retumbar de los truenos. Comenzó nuevamente a circular el mate entre las parcas preguntas y respuestas de aquellos hombres que recién se conocían.

—¡Noche de perros!

—¡Pa nosotros!

—Hay que seguir viaje prontito no más.

—Apuraos parecen.

—¡Seguro!

—Güeno... cuidao no se tropiecen con Quiroga por las quebradas...

Los desconocidos cambiaron rápido una mirada de inteligencia y hasta se esbozó en uno de ellos cierta sonrisa despreciativa:

—No, no hay cuidao. Está en los Llanos, dicen...

Escampó el aguacero. Entre las nubes que arrastraba precipitadamente el viento aparecían las estrellas con nítida pureza como soles de oro lavados por la lluvia. Los viajeros aseguraron al cinto sus lucientes puñales y ya en la calle la tropa de mulas cargadas, alargaron con prodigalidad a dos de los peones unas monedas de plata boliviana para reponer el aguardiente que se habían bebido. Y reemprendieron la marcha, sorprendiendo el silencio secular de la comarca con el tintinear del cencerro y el traqueteo bronco de toda la tropa multiplicado como rezongo del mar, por el eco, en la lejanía.

Como se infiere, era época de montoneras. En las provincias de Cuyo y en La Rioja y Catamarca puede decirse que cada pueblo tiene su trágica memoria de aquella gestación de libertad e independencia definitivas. La Rioja, sobre todo, cuyos Llanos fueron cuna de dos caudillos de inconfundible figuración en las guerras civiles, es rica en tradiciones y leyendas de esta naturaleza, tan semejantes todas en su fondo dramático que, pudiera pensarse, sólo cambian de nombre y situación los actores. El móvil de la aventura es siempre el mismo y el sacrificio absoluto de la víctima se descuenta anticipadamente.

—Raras fueron las excepciones a esa generalidad y una de ellas la que la tradición encarna en los tres personajes a que me refiero en párrafos anteriores.

Cuentan, que eran mineros, hijos de España, de Aragón. Venidos jóvenes al país, habían asimilado con presteza las costumbres inherentes a la vida montañesa que eligieron por vocación o más probablemente por ambición: las leyendas fabulosas de la plata y el oro arrastraron hacia la serranía muchos ilusos luchadores...

Descubrieron ellos y explotaron una de las minas más famosas del Famatina, «La Aragonesa», que debe su nombre precisamente al origen de dichos primitivos

dueños. Es fama que aquella mina fué a tal extremo rica en plata que, en uno de los *alcances* realizados, se consiguió cortar el metal nativo a cincel, tan puro como si ya estuviera beneficiado. La noticia, debidamente exagerada, corrió presurosa por toda la región. Fuera o no absolutamente exacta, lo innegable era que los aragoneces parecían satisfechos y vivían con holgura, casi con esplendidez. Habían adquirido una buena casita cercana a los socavones y allí mismo, con la uva de un parral no muy extenso que se tendía al fondo, año tras año destilaban unas cuantas bordalesas de vino destinado a *regar* las propias meriendas hechas a base de carne de cabritos y los consabidos chanchos que criaban expresamente, como buenos aficionados.

Por aquel entonces se produjo la segunda invasión de Facundo Quiroga a la capital de La Rioja, a donde llegó enfurecido por la derrota y la falta de recursos. No tardó en enterarse de la fortuna de los mineros citados y como cuadraba, dispuso que uno de sus bravos oficiales se trasladara con tres soldados y una tropa de mulas aparejadas hasta la vivienda serrana a exigir como contribución de guerra, unas cuantas cargas de plata. Así se hizo, y por el «camino de la cuesta» arribó el oficial a su destino y expuso llanamente su cometido.

Llegó al anochecer. Los propietarios de la mina, ante la orden perentoria, no opusieron resistencia alguna:

— ¡Está perfectamente! Lo manda el general Quiroga... — Antes bien, mostráronse solícitos y amables con los enviados, objetando únicamente que como era ya hora avanzada, sería preferible esperar al día siguiente para cumplir la exigencia, a cuyo fin podían quedarse a comer y pasar la noche allí mismo. Dispuesto lo cual, los soldados largaron las mulas en un potrero de la vecindad y carnearon un cabrito. Uno de los dueños de casa se encargó de atender al oficial en el comedor y los otros dos de los acompañantes en la cocina.

Comieron espléndidamente y bebieron mejor unos y otros. A cada vaso del vino traicionero, hacíanse ponderaciones de la riqueza de las vetas que explotaban en el cerro y prometían satisfacer con largueza los deseos del Tigre de los Llanos:

— ¡No faltaba más! ¡Lo manda el general Quiroga!... ¿Otro trago, compañero?

A la postre la táctica de los mineros fué coronada con el mejor resultado: borrachos todos los emisarios, oficial y soldados. Entonces, sin mayor apresuramiento los desarmaron y los ataron cuidadosamente a las propias camas en que dormitaban. Arriaron la mulada de Quiroga y la que ellos tenían hasta los socavones y cargando toda la plata que les fué posible, atravesaron la cordillera camino a Chile.



Esos eran los tres hombres que una noche lluviosa pidieron albergue por un rato, para tomar unos mates debajo de un tala vetusto. Después se supo. Y se supo asimismo que no pudiendo cargar toda la existencia de metal, enterraron mucho en las cercanías, y en los días que corren todavía hay quienes, excavando la tierra, se ilusionan con descubrir el entierro. Cosas de mineros...

ADOLFO LANÚS.

Dib. de Martínez Pérez.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

DOS VETERANOS DEL EJERCITO DE LINEA

Belisario Almaras.

Una vieja página de historia, encierra la vida del veterano Almaras, más que conocido popular, en Avellaneda, donde cada uno de sus habitantes sabe de sus proezas y hazañas. Desde la edad de 14 años, y esto allá por el año 52, ha actuado en el ejército de línea, habiendo sido fogueado en Barranca Yago, en Pozo Varga, siendo prisionero del enemigo, logrando evadirse poco después.

También en el Paraguay, «unos toques de clarín resonaron estridentes» y fué en esa cruenta guerra donde fué herido gravemente.

No cesa aquí la historia de Almaras, pues con Alsina y Mitre en La Verde y con Arias en Puente Alsina, hizo gala de valor.

Y podríamos decir, de Almaras, con el poeta, «fué fogueado en cien batallas, y siempre era indomable su valor».

---

106 años, esto es decir algo, pues esa cantidad de años, como es fácil imaginarse, equivale nada menos que a toda la vida institucional de nuestra patria, y el anciano Cardozo es fiel testigo de ello.

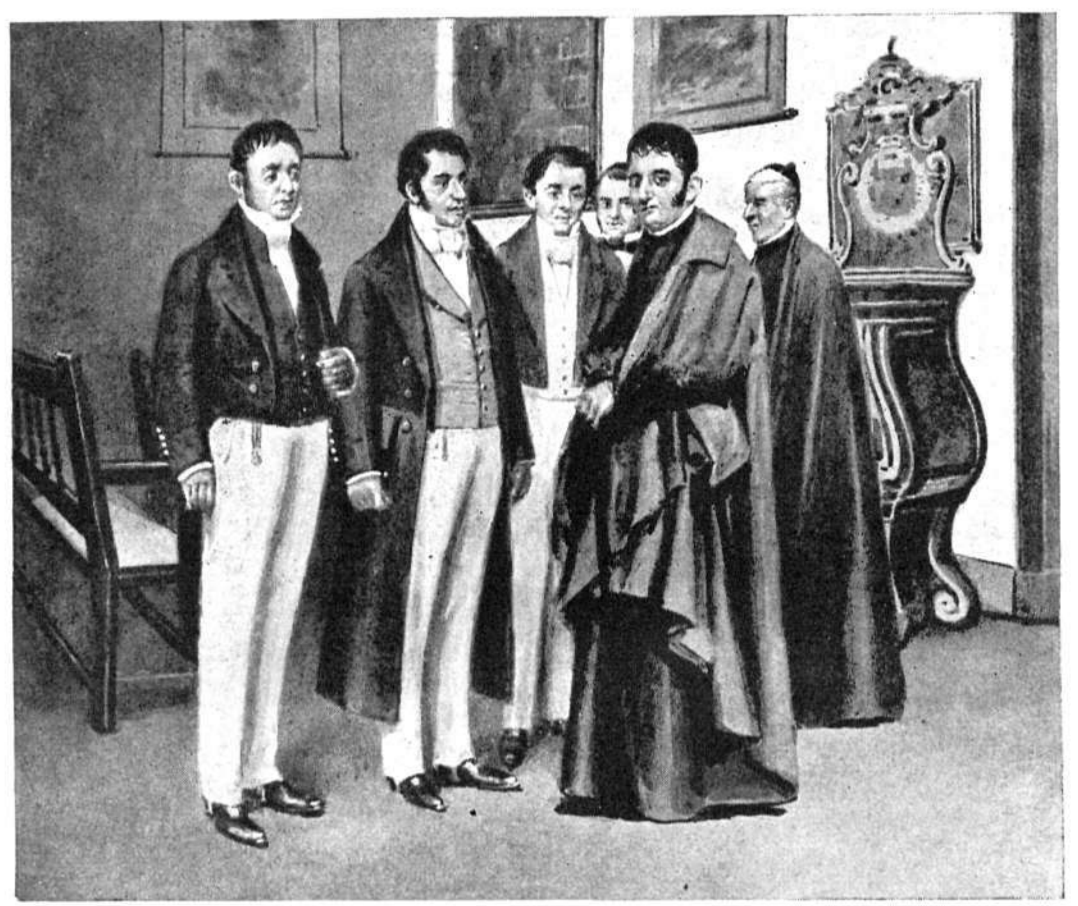
Y se puede decir fiel, porque su memoria es prodigiosa como también su vitalidad. Recuerda claramente los principales episodios que se han producido en el pago.

Cardozo, que habita en Santa Lucía, es un viejo guerrero, que todavía — dice él — es capaz de volver a pelear, si la patria se viera en peligro.

Es conocidísimo en el pueblo, pues todas las mañanas sale de su choza y recorre las casas, en las que se le ayuda y donde se le dispensa cordial y cariñosa acogida.



Juan Cardozo.



LA UNIVERSIDAD NACIONAL

SU FUNDACION

En lamentable estado encontró el Supremo Director de las Provincias Unidas, general don Juan Martín Pueyrredón, la educación popular en la antigua capital del virreinato del Río de la Plata, cuando llegara a ella a hacerse cargo del mando. Y fué su primer paso, al nombrar sus ministros de Gobierno y Hacienda, señores Vicente López y Domingo Trillo, en comisión para que estudiasen e indicaran las más acertadas medidas para su fomento.

El primer resultado de esa comisión, — dice un cronista, — fué la fundación del Colegio Unión del Sur, sobre las bases del Colegio Carolino, que fueron, naturalmente, ampliadas, nombrándose su primer rector al célebre latinista, doctor don Domingo Achega, y vice a don José María Terrero.

Pero Pueyrredón deseaba más, mucho más: faltaba aquí donde hacer los estudios mayores y diplomarse de doctor en ambos derechos; pues hasta entonces los porteños tenían, si deseaban obtener la borla, que irse a la histórica universidad de Chuquisaca o a la de Córdoba, fundada esta última casi dos siglos antes (en 1621), en virtud de una bula de Gregorio XV.

Y fué el 18 de mayo de 1819, — este mes de mayo que tan grandes acontecimientos ha producido en los anales de la independencia latino-americana, — que el Supremo Director promueve, ante el Congreso de las Provincias Unidas, el establecimiento de la Universidad de Buenos Aires, que, en 1778, había sido decretada por una cédula real, reiterándose la orden en 1798. Ya en aquella fecha (1778) el virrey, don Juan José Vértiz y Salcedo, quiso dar cumplimiento a aquel mandato que venía de la Península; pero, vino uno de sus sucesores y encarpetólo, «alegando», — según dice el mismo cronista, — «que no era bueno dar esa clase de educación a los criollos, de por sí poco sumisos y amigos de la libertad.»

Y aunque el Supremo Director manifestaba la urgencia de llevar a cabo cuanto antes la creación de esa importante cuanto necesaria institución, y la Asamblea Legislativa le prestó inmediatamente su decidido apoyo, sancionando el proyecto el 22 del mismo mes, no pudo llevarse a cabo durante su gobierno porque, debido a las disensiones políticas que trajeron después la época de la anarquía (1820), tuvo que retirarse a la vida privada.

Y cuando aquel vergonzoso período desapareciera como desapareciera el Directorio, el general don Martín Rodríguez se hizo cargo del gobierno de la provincia de Buenos Aires, desempeñando en él varios ministerios don Bernardino Rivadavia, el que, entre sus múltiples proyectos, llevó a feliz término el ya sancionado del general Pueyrredón, inaugurándose, con toda solemnidad, en 1821, en los claustros del templo de San Ignacio, la Universidad de Buenos Aires, nombrándose su primer rector al doctor don Antonio Sáenz, el que, a los veinticuatro años, ya se había graduado en cánones y jurisprudencia en la Universidad de La Plata (Bolivia). Para la cátedra de Filosofía, el doctor Diego Alcorta; para la de Física, el doctor Manuel Moreno; la de Matemáticas, don Alejandro Outes; la de Derecho, el doctor Manuel Antonio Castro, y la de Latín y Griego, don Mariano Guerra y Mosquera.

Durante mucho tiempo, la Universidad de Buenos Aires fué trasladada a los claustros de San Francisco.

Treinta años después de su fundación, — derrocada la tiranía de Rosas y constituído un gobierno liberal, — el doctor don Juan María Gutiérrez creó de nuevo esa institución, de la que fué rector. El fué quien reformó los antiguos estudios y creó nuevas cátedras de enseñanza.

El local de la Universidad de Buenos Aires, hoy Universidad Nacional, — durante el rectorado del doctor Gutiérrez, y aun mucho después, — se encontraba frente a la plazoleta del antiguo y hoy desaparecido mercado viejo y en cuya plazoleta se le iba a eregir la estatua que, con justicia, lo inmortalizaría...

Hoy, la Universidad Nacional, ocupa un hermoso edificio, construído exprofeso, en la calle de Viamonte número 430.

Dib. de Fortuny.

P. I. Pelet.



LA MAJA

ÓLEO DE ALONSO

Enlaces



Señorita María Maresca, con el señor Mario Collongues.





Señorita Elvira J. Nasso, con el doctor Oscar R. Beltrán.





Señorita Berta Aída Nieto, con el señor Juan Andrés Salice.

Bodas de plata



Doctor Tomás de Veiga y su esposa Arminda Basail Martínez, rodeados de los miembros de sus familias, después de celebrada la fiesta familiar, dada con motivo de sus bodas de plata.

Estreno en el "Teatro Nuevo"



Final del tercer acto de la comedia dramática titulada «Hebe», original del doctor César Viale, puesto en escena por la compañía de Pablo Podestá.

De Rosario



La comisión de escrutinio de la «Sociedad de Beneficencia», realizando la tarea del recuento de votos, de las elecciones de presidenta, en la que resultó electa la señora Alcorta de Tietjen.



Damas del «Patronato Español», después de haber verificado el resultado de la colecta pública, hecha a beneficio del comedor que sostiene dicha institución



Comisión del «Jockey Club», bajo la presidencia del señor Modesto Cabrera (×), dando a conocer el resultado de las elecciones, realizadas para la renovación de la comisión.

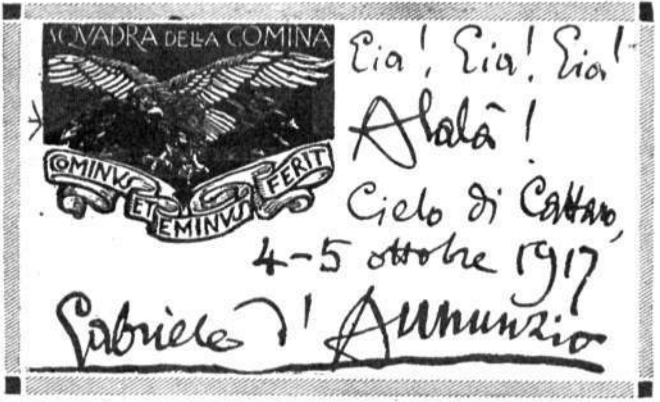


Vista parcial de la numerosa y selecta concurrencia que asistió a la inauguración oficial de la cancha del «Petit Club Lawn Tennis».

Un autógrafo de D'Annunzio. — El nuevo grito de guerra de los aviadores italianos. — Libros para los soldados heridos. — El amigo más íntimo del poeta.

Pasando por la calle Sistina, una calle breve, solitaria, aristocrática, grata a los forasteros y actualmente silenciosa, ha llamado mi atención un pequeño cartel en el cual leo lo siguiente: *Oficina de libros para los heridos en la guerra.*

He traspuesto el pórtico de entrada y, sobre otra puertita, he leído: Profesor Aníbal Tenneroni. ¿Quién es éste? La respuesta es sencilla: el más adicto e íntimo amigo de Gabriel D'Annunzio. Toda Roma intelectual lo conoce y lo aprecia; para ser un gran amigo del poeta se requiere por lo menos una sólida cultura. El profesor Tenneroni la posee en grado sumo: es uno de los más insignes latinistas, es uno de los bibliotecarios de los más cultos a quien los estudiosos aprecian mucho. Su intimidad con D'Annunzio data desde hace 25 años y los frecuentadores del célebre «Café Aragno» saben que el profesor Tenneroni no se cansó nunca de tejer loas al poeta, en tiempos en que eran más numerosos los críticos severos que los admiradores.



Autógrafo de Gabriel D'Annunzio.

He tocado la campanilla y he pedido hablar con el profesor Tenneroni. ¿Debo decirlo? Me guiaba un presentimiento, o mejor, la esperanza de obtener algún autógrafo reciente del poeta.

Entrando veo uno trazado sobre una fotografía, en la cual D'Annunzio ha escrito: *Al buen hermano Aníbal, ofrece Gabriel. Roma, mayo, 1915.*

Antes de intentar el pedido hablamos de la oficina de los libros para heridos de la guerra. Es una institución benemérita, cuyo propósito es el de reunir volúmenes y folletos históricos, literarios, especialmente de carácter patriótico y de amena lectura, como también numerosas revistas ilustradas para que sirvan de consuelo y alivio al espíritu de los heridos de la guerra que se asisten en los hospitales de Roma, a quienes le son enviados.

— Dígame, profesor, ¿Gabriel D'Annunzio se ha interesado por esta obra?

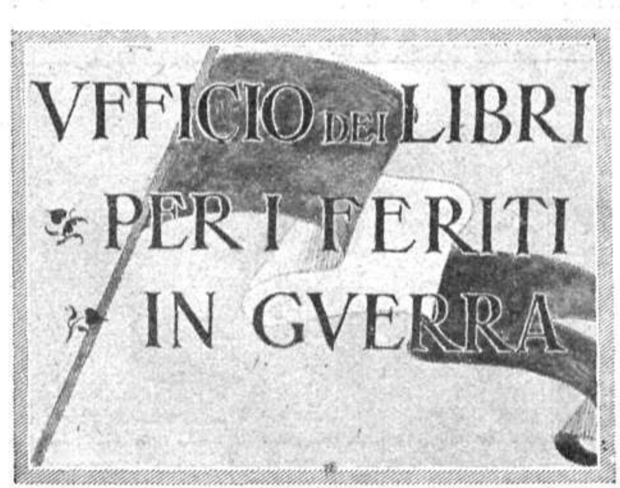


El retrato más reciente de Gabriel D'Annunzio.

— ¡Ya lo creo! El ha sido el primero en alentar a la institución y es uno de sus mejores propagandistas. Piense en que hemos reunido más de sesenta mil volúmenes de cuentos, novelas y poesías. Los heridos agradecen con cartitas conmovedoras. Los jóvenes de los colegios nacionales de Roma, han enviado numerosos volúmenes con dedicatorias escritas expresamente para los heridos.

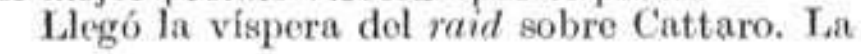
Al llegar a este punto, yo he ofrecido también algunos libros a nombre de CARAS Y CARETAS y he osado pedir un autógrafo y una fotografía del poeta. El profesor Tenneroni se ha trasladado a otra habitación y ha salido después en seguida trayendo con religiosa solemnidad un sobre amarillo.

— Aquí está, aquí está. Pero tenga cuidado, no aje nada. Este es el más reciente retrato de D'Annunzio, una maravilla fotográfica que muestra a perfección la cabeza del poeta. Esta instantánea presenta a D'Annunzio con los dos famosos pilotos Gori y Pagliano que tomaron parte en el *raid* sobre Pola; y, esto, por último, es el autógrafo, el saludo lírico a los combatientes en el aire. A fin de que los lectores tengan una idea sobre el origen de este grito, referiré los informes que me han sido suministrados por uno de nuestros más intrépidos aviadores.



El cartel que se lee a la entrada de la oficina de libros para los heridos.

Las dos sonoras palabras de *eja* y *alalá* reconsagradas por nuestro gran poeta combatiente eran usadas en tiempos antiguos y los romanos y los griegos se servían de ellas para incitar a los caballos en las carreras. Aquellos que guiaban los caballos de las troneras y los alentaban a una carrera desenfrenada prorrumpiendo con ese objeto el grito que había sido sacado del mundo de las aves. Durante el período que precedió al *raid* sobre Pola y sobre Cattaro, en las semanas transcurridas en el alistamiento, se hicieron algunos concursos curiosos. Cada escuadrilla eligió su «*alalasco*» con el fin de saber quién se distinguía más en gritar el nuevo dicho de guerra. Fué también nombrado el «alalasco» del campo al cual tocó el mejor premio ofrecido por el poeta.

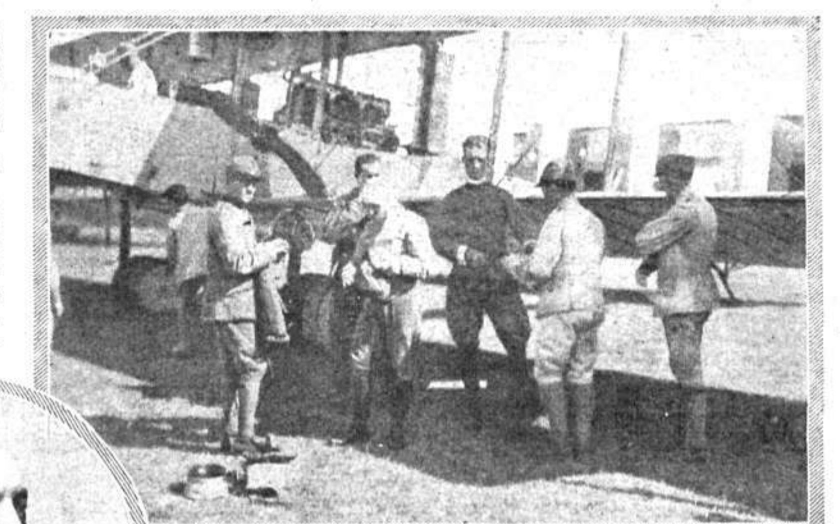


Llegó la víspera del *raid* sobre Cattaro. La

empresa se ofrecía ardua. El mismo Caproni tenía sus dudas, tanto que a Gabriel D'Annunzio y al mayor Armani, comandante del grupo, les dijo lo siguiente:

— Llegaréis a la mitad si y no...

Así fué en efecto. Después de cinco horas y media de vuelo nocturno sobre el Adriático transitado por entonces dos veces, regresaron incólumes después de haber bombardeado las entradas de Cattaro. Sobre los puntos fortificados, mientras las bombas se arrojaban y silbando se precipitan hacia la tierra, todos los aviadores gritaban: *eja, eja, alalá*, en lugar del habitual hurrah! Naturalmente ninguno oía el grito de los aviadores, ni siquiera los compañeros de a bordo.



La «toilette» de D'Annunzio, antes de emprender un vuelo sobre Pola.

El profesor Aníbal Tenneroni, el amigo más íntimo de Gabriel D'Annunzio.

¿Qué suerte tendrá después de la guerra este grito greco-romano que sabe de César y de Aquiles? ¿Caerá en desuso o tal vez será empleado a exhortación y exaltación de victorias no bélicas?

Veremos.

RAFAEL SIMBOLI.

Verona, 1918.

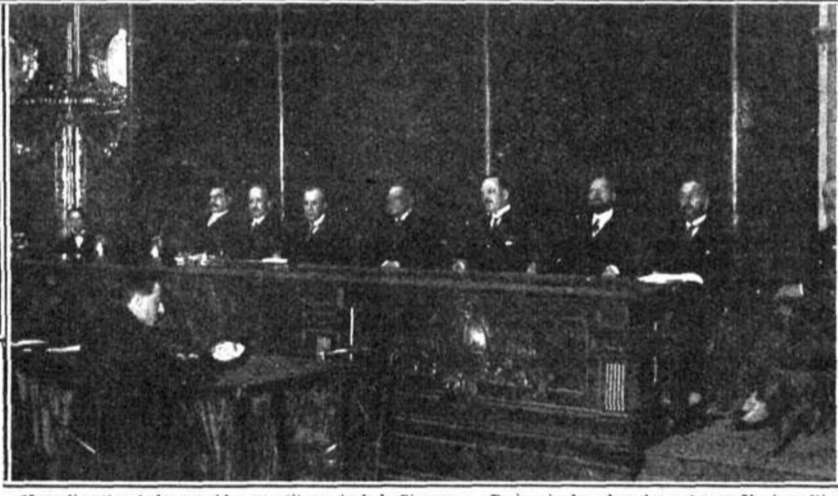
En el "Pabellón de las Rosas"

Animado aspecto del baile, durante la celebración de las romerías regionales. El producto de las fiestas será destinado para coadyuvar a la terminación del edificio que ocupará el Sanatorio que construye el «Centro Gallego» de Buenos Aires.

Cámara de Comercio Argentina en Barcelona



El cónsul argentino en Barcelona, señor J. Colón Godoy, a quien se debe la creación de esa importante institución de la que, por unanimidad de votos de la asamblea, fué designado presidente honorario el rey don Alfonso XIII y el embajador argentino.



Mesa directiva de la asamblea constituyente de la Cámara. — De izquierda a derecha, señores: Mariano Viada, marqués de Marianao, J. Colón Godoy, conde de Larem, gerente del Banco Anglo-Sudamericano, doctor F. J. Vila, J. Camprubo y C. P. Cádiz.

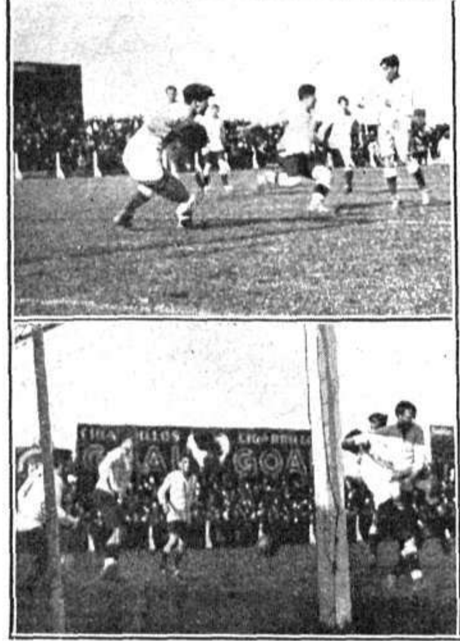
Football



Team del club «Racing».



Equipo del club «San Isidro».

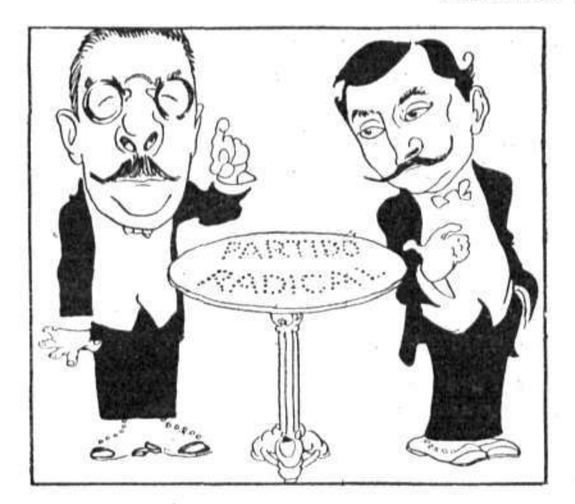


Dos buenos ataques de los delanteros de «San Isidro», a la valla admirablemente defendida por Croce.



Una de las tribunas del field de «Racing», con el público que asistió al interesante y movido match que, por la Copa de Honor, se jugó en esa cancha, resultando vencedor el team local por dos goals contra uno.

Emisión menor



González Bonorino. — Le advierto que los gobiernos anteriores se conformaban con una mesa de madera...

Saguiar. — Sí; pero nosotros, para demostrar nuestra fuerza, nos hemos fabricado una de hierro; éste es un asunto vital para los cívicos radicales.

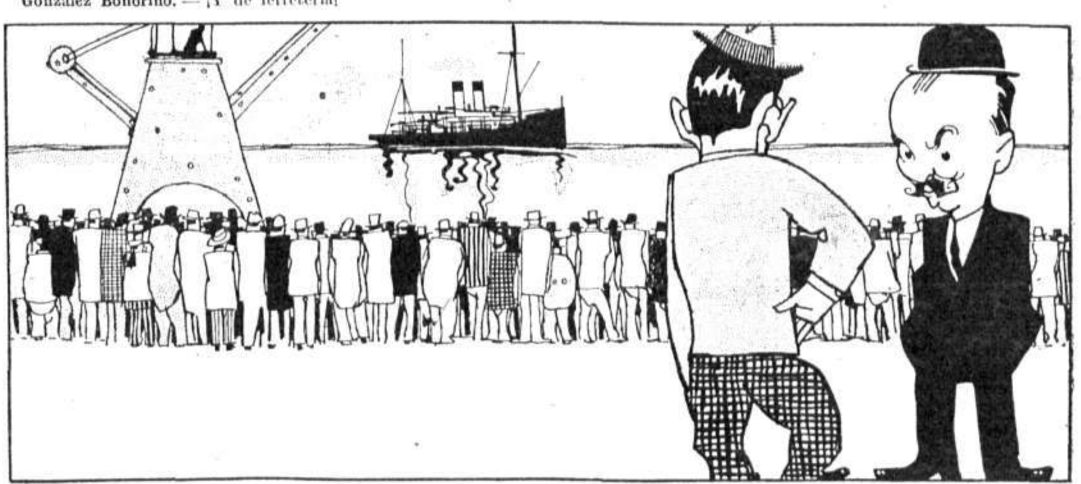
González Bonorino. — ¡Y de ferretería!



— ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué viento es el que ha ocasionado tantas víctimas?

— No ha sido más que una racha.

— ¡Pues, Dios nos libre de un terremoto!



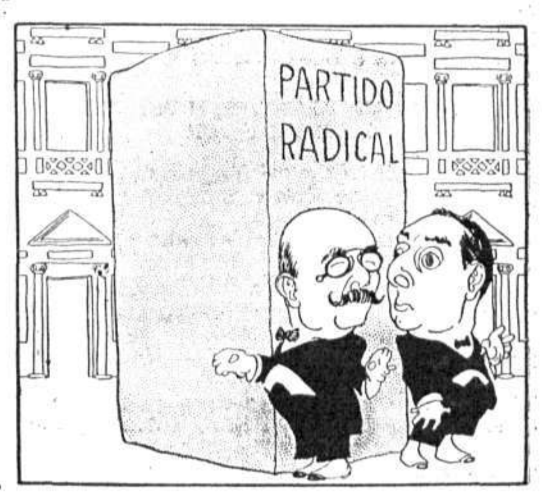
— ¿Qué es eso? ¿Se espera la llegada de algún personaje?

— Algo más importante: la llegada del aceite.



— Pero, señora, ¡a qué precios ha subido la leña! ¡No sé con qué nos vamos a calentar este invierno!

— Con que dejen a su marido cesante, ¡ya pasarán calor!



Demaría. — Han formado ustedes, los radicales, un bloque, que me parece formidable...

Molina. — Sí, señor; los radicales somos así...

Demaría. — ¡Cemento armado!

Dib. de Polimani.



Un joven radical que busca un puesto
y que a cantar a Crotto está dispuesto,
bilioso e iracundo
se prepara a plagiar a medio mundo.
Se entusiasma, se enoja,
a unos y otros despoja
y, tras de probar todo,
a Carducci atropella de este modo:

AL GRAN JOSE CAMILO

A te de l'essere
Principio inmenso,
Materia e spirito,
Ragione e senso;

A te disfrenasi
Il verso ardito,
Te invoco, ¡oh, Crotto!
Re del convito.
....
....

El joven radical, de mala gana,
observa que va a hacer una macana.
Busca un nuevo modelo en que «inspirarse»,
(eufemismo que a veces suele usarse),
y, aunque el robo de necio le acredita,
de esta manera a Baudelaire imita:

LAS LETANIAS DEL ILUSTRE REGENERADOR

¡Oh, tú, el más bello y más privado de alabanzas!
¡Por quien el pobre Ugarte perdió las esperanzas!

Crotto, *apiádate de mi larga miseria.*

Príncipe del Destierro, cuya nariz bermeja
es un himno, es un símbolo, un canto y una queja,

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Tú, cuyo vivo ingenio brilla como un crisólito
en el grupo de amigos que adora a don Hipólito.

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Tú, que siempre temido como duende o vestiglo,
viviste conspirando más de un cuarto de siglo.

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Tú que luces con una perseverancia homérica
el bigote más negro de toda nuestra América.

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Tú que sin vano ruido ni absurdas alharacas,
vienes a ser el santo patrono de las vacas,

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Tú, prudente, discreto, silencioso y sesudo,
que a Cicerón igualas callando como un mudo.

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Demóstenes de estío y Metternich de invierno,
espejo de caudillos y de hombres de gobierno,

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Bastón de desterrados, lámpara de inventores,
confesor de los reos y los conspiradores.

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

José Camilo Crotto, gobernarás tranquilo.
Ilustre eres tres veces: ¡Crotto! ¡José! ¡Camilo!

¡Crotto, *apiádate de mi larga miseria!*

Después que lea esto,
de seguro que Crotto le da un puesto.

LUIS GARCÍA.



Dib. de Redondo.

Notas sociales

Hoy voy a dar una primicia mundana para la curiosidad de mis lectoras... No ha de sorprenderlas esta noticia, puesto que más de una observadora había descubierto antes que yo, los pródromos del interesante *flirt:* no era posible que pasara desapercibido, tratándose de dos personalidades descollantes de nuestra sociedad. Morena, esbelta, radiante de gracia juvenil, confirma ella la tradición de encanto y de belleza de su hogar; sus dos hermanas mayores, casadas ambas, son dos tipos opuestos de belleza que atraen todas las miradas cuando ocupan su palco-balcón de la derecha en el Teatro Municipal, acompañadas por la encantadora jovencita que parece ha de seguir en breve su ejemplo... Su apellido compuesto, de ilustre abolengo, ha culminado no ha mucho, siguiendo la política del viejo régimen en la provincia; es su nombre, suave y armonioso, como es ella serenamente hermosa y recatada... No ha de sorprendernos, pues, que haya hechizado al eminente hombre de ciencia que es a la vez un sentimental con ciertas tendencias al romanticismo... Cumplido caballero, espíritu cultísimo, porque no constituye la medicina su única orientación, ha sido muy agasajado siempre en nuestros más altos círculos, pero es muy difícil hacer vida mundana, cuando se dedica lo mejor de una vida al bien ajeno... De apellido breve, que lo consagra como buen mozo, lleva el nombre del más interesante de los poetas franceses de la época del romanticismo. Y desde la estancia del sud, suntuosa residencia de verano de ella, donde ha pasado él, breve temporada, nos llega la grata nueva, acompañándola como lejana vibración, el eco de la conocida estrofa:

«La nuit, quand de si loin le monde nous sépare,
Quand je rentre chez moi pour tirer mes verrous,
De mille souvenirs en jaloux je m'empare;
Et là, seul devant Dieu, plein d'une joie avare,
J'onore comme un trésor mon coeur tout plein de vous.

Alfred de Musset.»

En pocas ocasiones habrá culminado el comentario social, como en la pasada quincena... se ofrecía a la clásica «comida de las fieras» tan variado tema, que sólo podría detener por un instante el ensordecedor *run run* de las conversaciones en teatros, saloncillos, y cines a la moda, *l'embarras du choix*...

Un drama intenso, cuyos detalles evocan las pavorosas narraciones de Edgar Poe: luego, la iniciación del proceso que hará revivir para el público apasionado o indiferente, toda una amarga existencia de martirio y obsesión... el trágico asunto, reviste palpitante interés, sobre todo, para el elemento femenino, que clama porque se haga justicia, por más que se escuche también el sereno juicio de las que piden se haga el silencio definitivamente sobre un drama tan doloroso: ¿vale acaso el mirajo de un problemático castigo, el exponer ante un público apasionado o indiferente, todas esas intimidades, que serán discutidas, despiadadamente?

Y si volvemos la mirada, de esos cuadros de horror, de esas visiones sombrías, que nuestra imaginación juzgara casi inverosímiles, hemos de escuchar diversos, pero siempre amargos comentarios... Las valiosas testamentarías recientemente iniciadas, ponen en tela de juicio a los que dispusieron de sus bienes en esta o aquélla forma: tal sonado testamento, lleno de generosas disposiciones, se analiza, se detalla, se desmenuza... y, por último, el público, decepcionado, abandona el tema, porque disminuye la importancia de aquellos caudales otrora fabulosos, que han sufrido también las consecuencias de nuestra crisis económica: ¡decepciones y sorpresas! Sobrado tema para el ensordecedor *run run* de las conversaciones, en saloncillos, teatros y recepciones; sobrado tema para el comentario mundano, que sentencia con olímpica serenidad, sobre la justicia u oportunidad de los legados dispuestos por los que creyeron preveerlo todo, y obrar según su conciencia...

Sólo nos aparta de tantas pequeñas preocupaciones, de tantas visiones sombrías, el lejano, pero cristalino repique de campanas: llaman a vida nueva, llaman a gloria, para muchos rostros juveniles, para muchas encantadoras cabecitas, que se inclinan ya, para cubrir sus cabelleras con el vaporoso velo de las desposadas: Clara Marín, Susana Ayerza, Dora Seeber, Mercedes Cristophersen Lezica; después de ellas, Ana Rosa Shlieper, Adela Velar Irigoyen... sus esbeltas siluetas, la irradiación de su mirada, clara, serena, o sombría y profunda... la delicadeza de sus rasgos, idealizada más, aún, por el virginal atavío; visión de juventud, de dicha y de serena belleza, ante la que se desvanecen, por un instante siquiera, tantas sombras y amarguras!

La dama duende.

Enlace Recagno - Perkins



Grupo de concurrentes a la recepción que se efectuó en el chalet de los esposos Schlieper, con motivo del enlace de la señorita María Susana Recagno con el doctor Saúl Perkins Fragueiro, de la alta sociedad rosarina.

Trasmisión del mando en la provincia de Buenos Aires



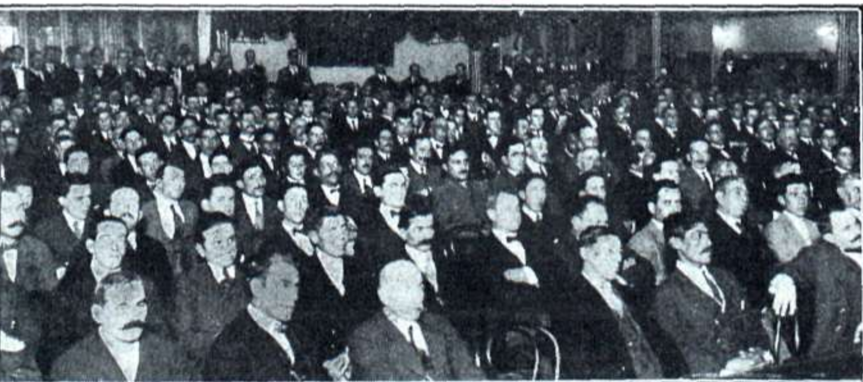
El gobernador y vice electos, doctor Crotto e ingeniero Monteverde, dirigiéndose, acompañados de sus ministros y autoridades del partido radical, al palacio de gobierno, a prestar juramento del cargo.

Necrología



Con el deceso del señor José S. Gaztelú, pierde nuestro colega «La Prensa» uno de los miembros que se consagraron con más entusiasmo, a su engrandecimiento, y sus allegados un amigo de carácter culto y caballeresco.

De Montevideo



Aspecto que presentaba el salón de «La Lira», durante la conferencia pro candidatura Brum, auspiciada por el «Gran comité Popular». Fué este acto la consagración plena de las simpatías que goza la personalidad del doctor Brum, en el seno de la masa partidaria.

Sucesos sangrientos de Zárate



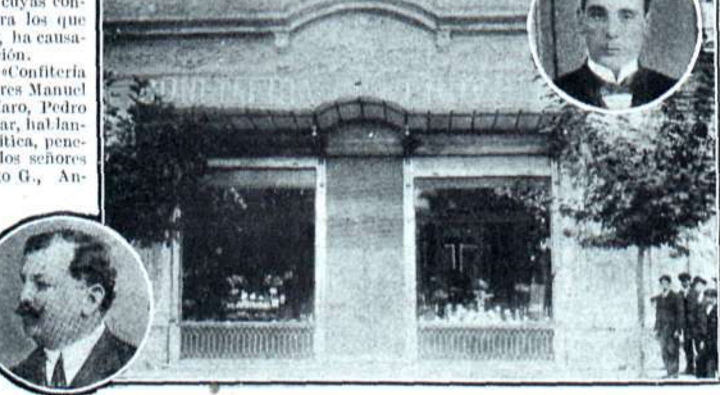
Señor Pascual Cafaro, muerto.

Como consecuencia del apasionamiento político a que dió lugar la constitución de la municipalidad, ha acaecido en esta población un grave hecho, cuyas consecuencias fatales para los que han en él intervenido, ha causado general consternación.

Hallándose en la «Confitería del Progreso» los señores Manuel Iglesias, Pascual Caffaro, Pedro Castro y Rufino Mausar, hablando de la situación política, penetraron en la misma los señores Luis Güerci, Domingo G., Andrés Palacios y Silvio Benavente.

Momentos después, y tras una acalorada discusión, sostenida entre Iglesias y Güerci, se oyó un tiro, al que siguió un nutrido tiroteo, de resultas del cual resultó muerto el señor Pascual Caffaro y heridos los señores Luis Güerci, Salvio Benavente, Manuel Iglesias, Pedro de Castro y Rufino Mausa, el segundo de los nombrados de carácter grave, y los otros levemente.

Algunos de los heridos lo han sido incidentalmente.



Senador Güerci, gravemente herido.

Frente de la «Confitería del Progreso», donde ocurrió el incidente.—En círculo: Comisario señor Marcos Levalle, que acudió al oirse los primeros disparos.

SARRASQUETA BUSCA UNA CALLE



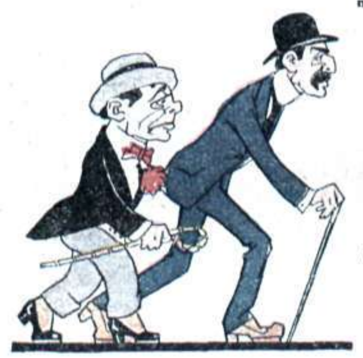
Sarrasqueta no está muy fuerte sobre la ubicación de las calles de la ciudad y de sus nuevos nombres. Deseando visitar a un amigo, consulta varios planos y guías, y no encontrando la calle que desea, se decide a preguntar a cualquier transeunte.



Esquina a Carlos Pellegrini y Cangallo, se dirige a un señor: Caballero, ¿me puede indicar hacia dónde cae la calle Carabelas?
— Yo vivo allí; si tiene gusto en acompañarme, le serviré de guía, ofreciéndole mi casa para descansar.



Sarrasqueta, agradecido por la galantería, le da mil gracias. Emprenden juntos la marcha, y hala que hala, caminan cuadras y cuadras.



Y más cuadras...



Cruzan calles con adoquines de punta.



Y otras sin adoquines, pero con mucho barro.



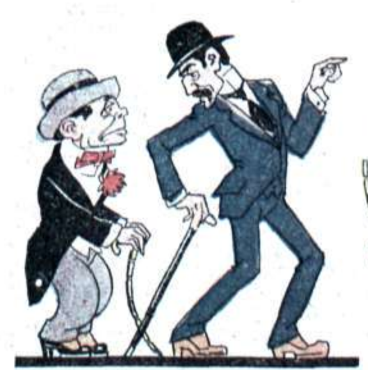
Saltan arroyos y zanjas.



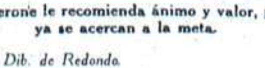
Ya rendidos, Sarrasqueta invita al cicerone a tomar un chop y unos sanwiches, para descansar y reponer las fuerzas.



Adquiridos nuevos bríos, continúan la marcha a paso lento.



El cicerone le recomienda ánimo y valor, pues ya se acercan a la meta.



Dib. de Redondo.



¡Está usted servido! — Esta es la calle que busca, y aquí tiene usted su casa.



— ¡Pero, si yo le preguntaba por la calle Carabelas!
— ¡Perdone, señor; soy algo sordo! La de Carabelas está en el centro, a media cuadra del sitio en donde me preguntó.

EL ÚLTIMO INCA

Para Caras y Caretas



Tumbas de los incas, llamadas chulpas.

En el campo escueto de Puno, se destaca, como un jalón plantado por una raza de gigantes, un monumento antiguo.

Ahí está, frente al tiempo, en una actitud de desafío, próximo a caer envuelto en el polvo de sus ruinas memorandas; ahí está rompiendo la homogeneidad del paisaje como un «non plus ultra» que invitara al viajero a detener su paso e incursionar por el pretérito del pueblo que lo levantó.

En su presencia la mente evoca, en una rápida sucesión de hechos, la historia del imperio de los hijos del sol, avasallados en una época caótica merced al temerario arrojo de los conquistadores.

Y surge primero, en las lejanías de su historia, la leyenda de los hombres blancos, venidos del Norte, que enseñaron a los primitivos moradores de los valles a labrar la tierra, cuidar los ganados, levantar templos a sus dioses e iniciar el florecimiento del esplendoroso imperio que hoy el estudioso admira, encontrando en sus ruinas la prueba fehaciente de lo que fué y del papel desempeñado en la vida de la humanidad.

Es probable que la civilización incásica prosperó sobre los restos de un pueblo tan antiguo como la historia misma que, habiendo cumplido su ciclo evolutivo, cayó en la decadencia. Así lo demuestran las construcciones superpuestas de tres diferentes épocas: la de Tihaguanacu, la de la piedra engastada y de la pirca.

Cuatro centurias antes de la conquista, y desde donde arranca la historia de este pueblo, aparece el inca Manco Capac, imperando sobre Tavantisuyo. Los que le sucedieron, no sólo extendieron sus conquistas, sino que hicieron construir por los vencidos importantes monumentos, grandes caminos que cruzaron América de uno al otro confín, puentes, calzadas, fortalezas, etcétera, etc.

Y, a imitación de los griegos, el pueblo incásico pobló sus templos con los dioses de los pueblos conquistados.

Hacia el año 1525 el inca Huayna Capac, contra la costumbre de sus antepasados, dividió su inmenso imperio entre sus dos hijos, dando a Húascar el reino del Cuzco y a Atahualpa la soberanía de Quito. No tardó en encenderse entre los hermanos un odio sangriento que tuvo por corolario la unificación de los reinos bajo la dependencia de Quito.

Sucedíanse estos acontecimientos cuando la aparición de los soldados de Pizarro vino a turbar los regocijos a que el monarca y sus vasallos estaban entregados en el valle de Cajamarca en loor a las deidades propiciatorias.

Pero los oráculos de sus templos habían sido consultados y el de Pachacamac anunció que los hombres misteriosos sucumbirían. Confiado esperaba el inca la venida de los extranjeros que, sin ser más fuertes y más ágiles que sus guerreros, habían, sin embargo, atravesado la costa desierta que baña el Pacífico y las cumbres nevadas de la cordillera Andina.

Y en medio de los festejos donde vestales indias, de gran belleza, brindaban tortas y chicha al inca y sus nobles servidores, llegaron los primeros emisarios del vigoroso e ignorante soldado que en la isla del Gallo, trazando con su espada una raya sobre la arena dijera, señalando al Sud: «¡Por aquí se va al Perú a ser ricos!», y luego, mirando al Norte: «¡Por aquí se

va a Panamá a ser pobres!», emisarios que invocaron propósitos de paz de un poderoso rey de allende los mares.

El 16 de noviembre de 1532, Atahualpa debía encontrarse con Pizarro en la ciudad de Cajamarca. Los conquistadores, comprendiendo que sólo por la audacia triunfarían, decidieron aprisionar al inca.

El día fijado, Atahualpa entró en la ciudad rodeado de la pompa de un soberano que no reconocía otro poder más grande que el suyo. Las andas relucientes de oro y plata, adornadas de finísimas telas, eran conducidas por sus nobles; y mientras que el suelo cubríase de flores, el ambiente resonaba por los gritos que en su honor se escapaban de miles de bocas.

«Los últimos rayos del sol doraban las alturas inmediatas, cuando se dejó ver Atahualpa en la plaza del pueblo. En ese momento el capellán de la expedición, fray Vicente Valverde, salió con un breviario en la mano y un crucifijo en la otra, y, acercándose al inca, le dijo que iba por orden de su jefe a explicarle las doctrinas de la verdadera fe. Después de exponer los principales misterios de la religión cristiana, le habló de la autoridad divina del Sumo Pontífice. De aquí pasó a referirle que uno de los Pontífices había dado al rey de España el dominio del nuevo mundo, y le reclamó en seguida un acto de sumisión, a Carlos V. Este discurso debía ser incomprensible para Atahualpa, fué torpemente explicado por un indio intérprete llamado Felipillo, que Pizarro había llevado de Túmbes en su primer viaje. El inca, en medio de sus argumentos, descubrió que había un sacerdote en un país remoto, en cuyo nombre se pretendía arrebatarle su imperio para el rey extraño. *No quiero ser tributario de ningún rey*, exclamó Atahualpa; *yo soy más poderoso que todos los príncipes de la tierra*, y arrojó al suelo el breviario que el padre Valverde le presentaba.»



Rumi-Kolke en los alrededores del Cuzco. — Edificio, con sus construcciones de tres épocas distintas.

«¡Los evangelios en tierra!, ¡venganza, cristianos!, ¡salid que os absuelvo!» — gritó Valverde.

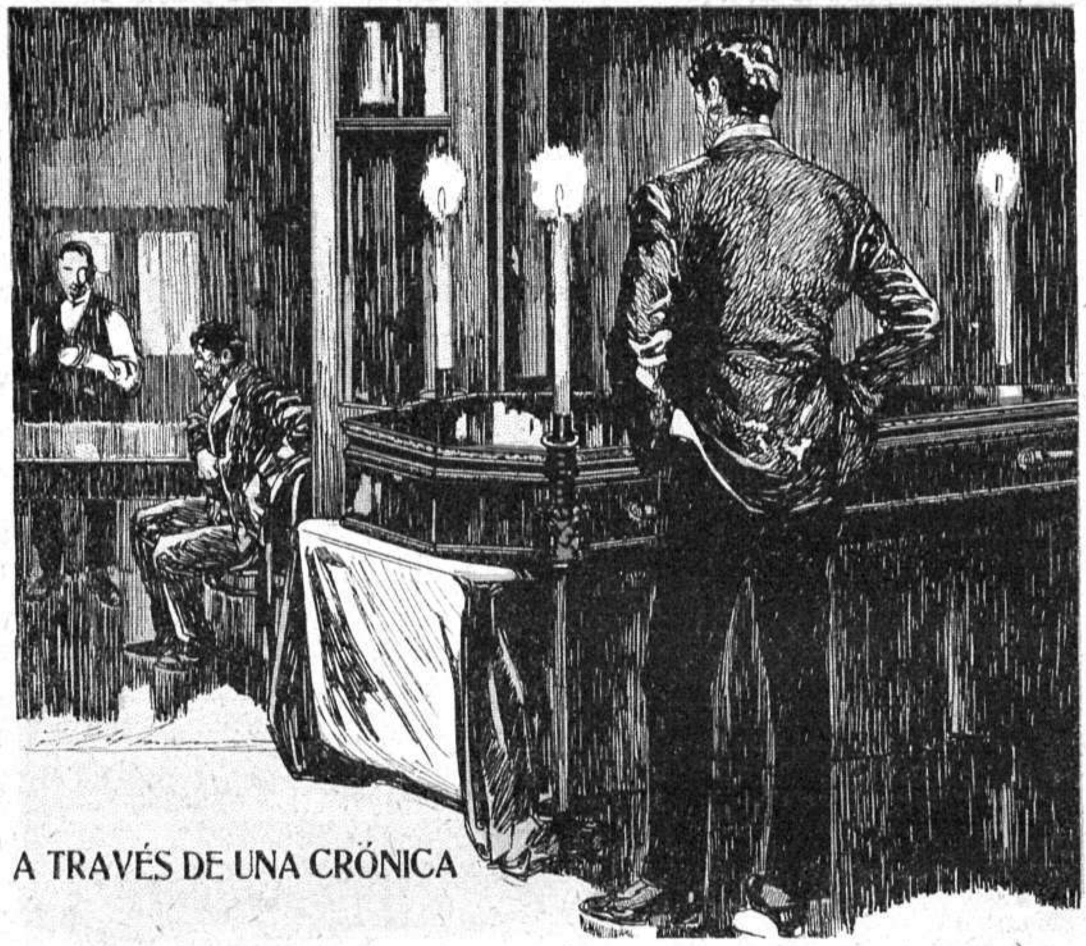
A una señal convenida empezó la carnicería estupenda. Los soldados peruanos, asustados del estruendo de las armas, no atinaban más que a huir. 10.000 cayeron heridos o muertos. El golpe había sido seguro. El señor de los vastos dominios americanos estaba prisionero.

Atahualpa, comprendiendo que estos hombres no anhelaban sino el oro, ofreció al jefe español, por su rescate, un cuarto lleno de ese metal, hasta donde alcanzara su mano. Aceptado que fué, el inca impartió sus órdenes y sus fieles servidores trasmitieron velozmente su voluntad. Saciada la sed de oro, pronto acusaron al inca de conspirar contra la vida de los conquistadorés. Se le hizo comparecer ante un tribunal que no aspiraba sino a la muerte del soberano. Condenóselo a ser quemado vivo y ante esta perspectiva el inca lloró, suplicó a Pizarro le perdonara la vida, pero el jefe español, fieramente tosco, no tuvo piedad para el desgraciado.

En la noche del 29 de agosto de 1533, Atahualpa fué sacado de la prisión y en presencia de la hoguera y ante el horror de esa muerte, aceptó el bautismo a cambio de que se le diera la pena del garrote.

Realizada la ceremonia del caso, «fué amarrado al palo fatal y mientras los españoles entonaban el credo, el verdugo extranguló al último soberano del Perú.»

TEJERINA BENÍTEZ.



A TRAVÉS DE UNA CRÓNICA

Anunciaban los diarios, hace poco, un gran siniestro ocurrido en un establecimiento tipográfico de esta capital; y después de abundar en una serie de detalles sin importancia, dedicaban la mayor parte de la información a dar cuenta del consabido monto de las pérdidas, cuyo importe habían de cubrir, en seguida, los seguros...

En la última línea, como un apéndice casi innecesario, apuntaba una de ellas, estas breves palabras: «Sólo hubo que lamentar dos desgracias personales: un herido leve y un muerto.»

Coincidencialmente supe más tarde que, «el muerto», ese anónimo cuyo nombre — ¿para qué iban a decir? — era un obrero, un estimable artista en su especialidad, que llevaba cerca de veinte años en el establecimiento y a quien tuve oportunidad de conocer un día.

Era un extranjero. Había venido a estas tierras de muy joven, para ingresar, recién llegado, a esta casa, donde, en razón de sus méritos artísticos y de sus calidades personales, pudo permanecer tanto tiempo gozando de merecidas consideraciones, como operario y como hombre.

Era un solitario, un silencioso, que, abstraído del mundo exterior y ajeno a las solicitaciones voluptuosas de la vida, se había encerrado en su taller, donde vivía sin más preocupaciones que las inherentes a su labor y sin que nadie le conociese otra pasión que su lápiz.

¿Tenía hermanos, mujer, hijos?...

Lejanamente había evocado, alguna vez, el recuerdo de su madre, una anciana ya, cuando en aquella aldea donde naciera, la besó muy fuerte para atravesar los mares...

Este era «el muerto».

Algo como un presentimiento de tristes abandonos nos llevó, al recuerdo que de este hombre teníamos, hasta el lugar donde, por mandato de la ley, cumplía su cadáver, la espera reglamentaria para bajar a la tierra...

Ahí estaba, en la sala fría y solitaria, el cajón negro y reluciente, sobre el cual no alcanzaban a dar la impresión de un recuerdo piadoso tres manojos de violetas, atadas tal cual se adquieren en el comercio...

Cuatro velas — simétricamente dispuestas una en cada esquina del cajón — daban su luz amarilla y humeando saturaban el aire de ese olor característico...

Ni un deudo, ni una mujer piadosa, que le regalase una oración, o una lágrima; silencio, nada más que silencio...

Ese féretro, en el triste abandono que todo acusaba en torno, se me figuró una cruda confirmación del egoísmo; una dolorosa y elocuente negación de tanto sentimiento con cuya mentira nos adornamos diariamente; tal vez una protesta...

En una pieza contigua, varios hombres conversaban alegremente... Ningún semblante acusaba dolor, ni tristeza, ni siquiera esa gravedad que impone la majestad de la muerte. Se explica: no es un vínculo afectivo el que los ha llevado hasta ahí; eran obreros del mismo establecimiento que, «mandados en comisión» estaban velando el cadáver...

Sin embargo esos restos eran de un hombre que debe haber amado, sufrido, ¡vivido!... Y ahí estaba, solo, solo en una casa de comercio de la muerte!

¿Y la solidaridad? — pensé. — ¿Y la misericordia? ¿Y la caridad? ¿Y la religión?... ¡Cuánta palabra! Ahí estaba «el muerto», sin oraciones y sin lágrimas; muerto en la más cruel y amarga acepción del vocablo; muerto para la obligación de los más elementales sentimientos humanos; muerto hasta en el recuerdo!...

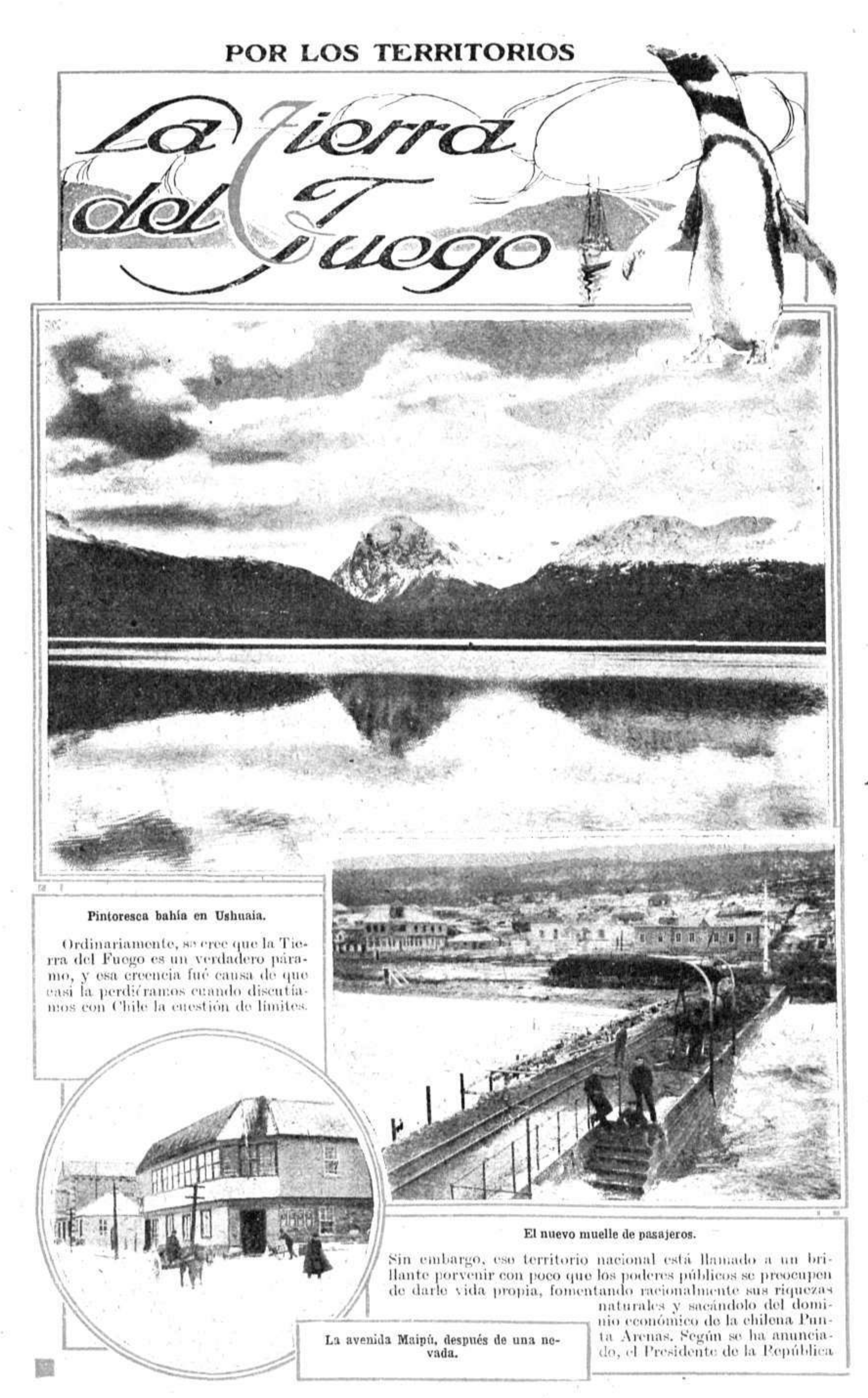
¡Oh si su madre viviese aún en aquella aldea lejana donde encorvada ya por los años, le besó por última vez, la cabeza blanca, para cruzar los mares! ¡Si viviera y lo supiese!... ¡Cómo lloraría! Lloraría ella sola por todos; su oración sería la más grande y la más santa; y su dolor, el dolor de su corazón por el hijo de sus entrañas, sería ese «dolor de madre» que, como una bendición, santifica hasta la tumba de los malvados...

¡Pobrecitas las madres que no tuvieron el consuelo de besar a sus hijos!

BALTAZAR C. BRANCA.

Dib. de Hohmann.

La Tierra del Fuego



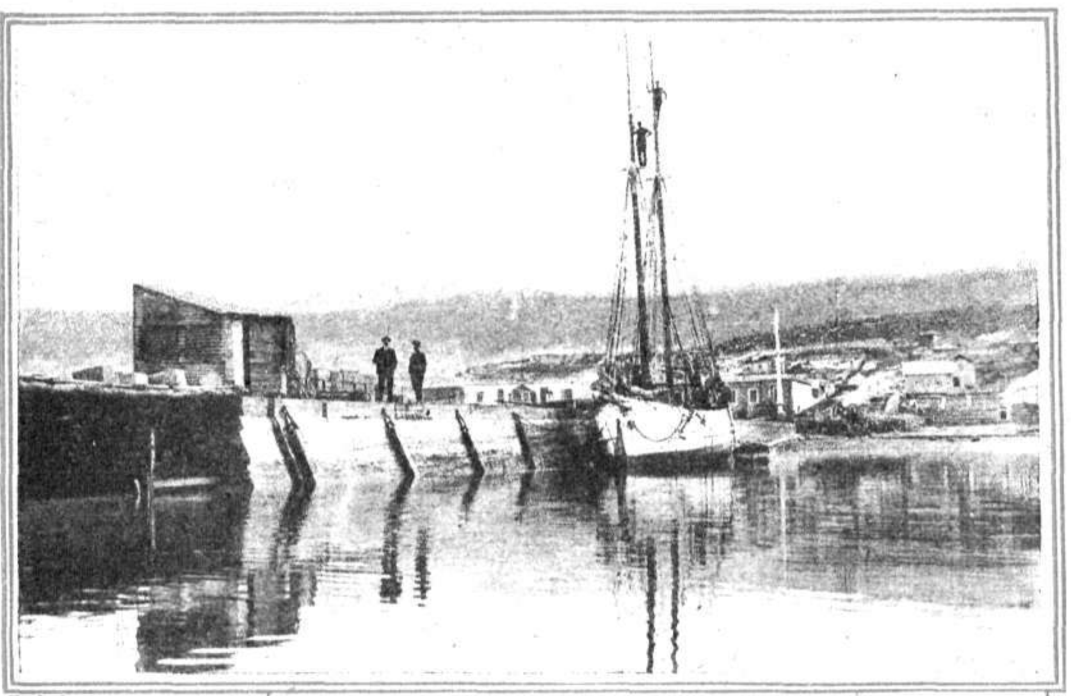
Pintoresca bahía en Ushuaia.

Ordinariamente, se cree que la Tierra del Fuego es un verdadero páramo, y esa creencia fué causa de que casi la perdiéramos cuando discutíamos con Chile la cuestión de límites.

El nuevo muelle de pasajeros.

La avenida Maipú, después de una nevada.

Sin embargo, ese territorio nacional está llamado a un brillante porvenir con poco que los poderes públicos se preocupen de darle vida propia, fomentando racionalmente sus riquezas naturales y sacándolo del dominio económico de la chilena Punta Arenas. Según se ha anunciado, el Presidente de la República



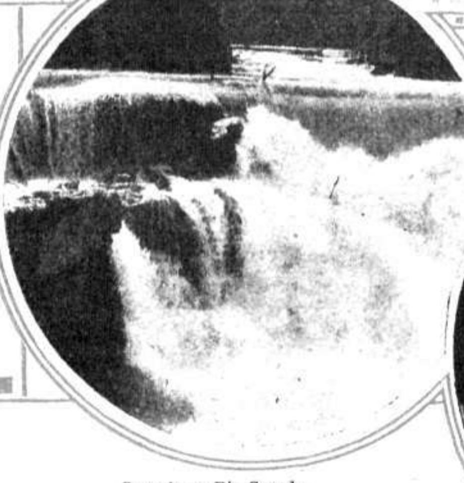
Puerto de Ushuaia.

hará próximamente un viaje de estudio a los territorios del sur; pues sería muy de desear que llegara hasta la Tierra del Fuego y conociera, por lo menos Ushuaia.

La capital de la Tierra del Fuego es ya una ciudad y no solamente un presidio, como fué durante tanto tiempo. Sus habitantes, en su mayor parte empleados nacionales, procuran empeñosamente hacerla progresar, y lo están consiguiendo. Pero lo esencial es que tenga comunicaciones más seguidas con Buenos Aires: un viaje redondo cada dos meses bastaría, a lo menos, por ahora.



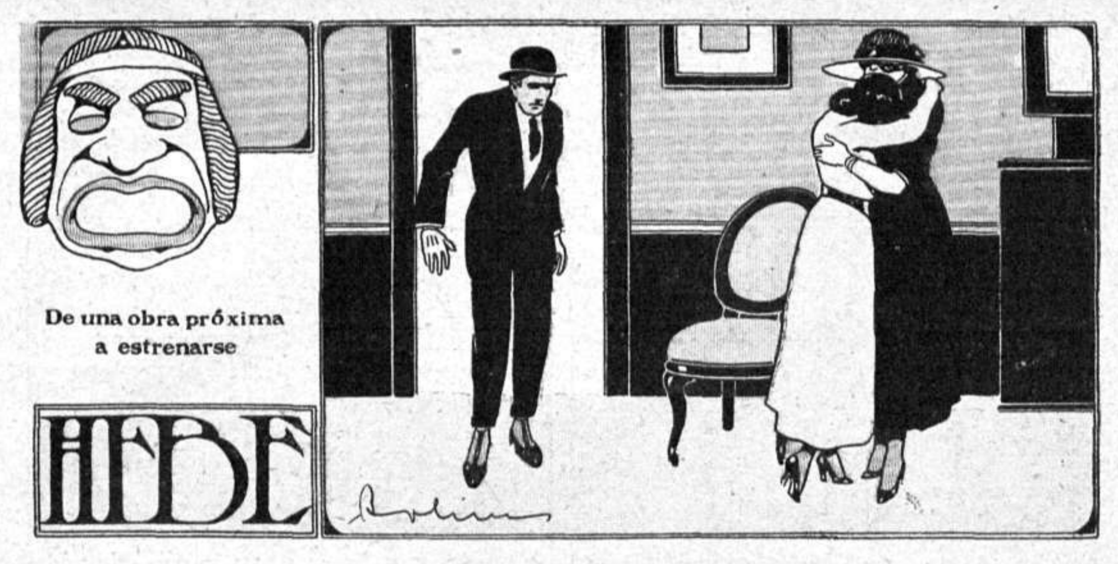
Una calle de la capital fueguina.



Cascada en Río Grande.



El jefe de policía del Territorio, señor Celestino Díaz, con el comisario inspector, señor Mendoza, y comisario de guardia.



(*Luisa, entra; y Josefa, un poco atrás, alarmada.*)

LUISA. — ¿Dónde? ¿Dónde está?...

(*Josefa, se va.*)

HEBE. — Luisa... (*Cae sobre un sofá.*)

LUISA. — Sí... esconde la cara... ¡Qué ignominia!... ¡Así te has burlado de tus hermanos!... Así has enlodado el nombre de tus padres, que eran la honestidad en persona...

HEBE (*Se hinca.*) — Perdón, perdón...

LUISA. — He venido aquí, a este... antro, porque era preciso, porque me lo manda la fatalidad... Quince días hace que estoy loca... Tú vas a ser la causa de que tu hermano vaya a la cárcel; además... (*Desesperada.*) la vergüenza... el crimen...

HEBE. — Por Dios, Luisa. ¿Qué dices?... Daniel...

LUISA. — Sí... tu hermano... que ya ha descubierto la pista...

HEBE (*En plegaria.*) — Señor... Señor...

LUISA. — Es preciso que yo te saque de este sitio... Ah, el lujo, Hebe... Te ha perdido la vanidad... Traidora educación... ¿Y dónde está ese infame?... (*Luisa, por azar, se dirige hacia el cuarto de Jorge.*)

HEBE (*Suplicante.*) — Oh, no... Yo soy la culpable... El no...

XVIII ESCENA

(*Jorge, en el dintel de la puerta, vestido de calle, sobretodo de viaje al brazo y orión a la moda en la mano.*)

LUISA. — Usted es un ruín...

JORGE (*Erguido.*) — Señora...

LUISA. — Usted la ha engañado... Usted debe reparar el mal...

JORGE. — En ese tono no puedo escucharla...

HEBE (*Se arrastra hacia Luisa.*) — Luisa, Luisa...

LUISA. — Pierdo la cabeza ante semejante indigno...

JORGE. — Está usted en mi casa...

LUISA. — Esto no es una casa, es un... (*Se muerde la mano para no ofender el oído de Hebe.*)

JORGE. — Me obliga a retirarme...

HEBE (*A Luisa.*) — Ten compasión de mí...

LUISA. — Si usted no promete cumplir como lo haría un caballero, mi hermana se irá conmigo inmediatamente...

JORGE. — Hebe, no es aquí retenida a la fuerza...

LUISA. — Su respuesta está en relación a su conducta...

JORGE. — Repito que me obliga usted a retirarme... Señora... (*Inclinación de retirada.*) Hebe... (*Saludándola de lejos. Hebe corre hacia él y lo abraza; él también.*) ¿Hasta luego?...

HEBE. — Sí, hasta luego... (*Enérgicamente.*) Por Dios, no corras con el automóvil.

XIX ESCENA

(*Luisa contempla a Hebe, estupefacta.*)

HEBE. — Sí... Lo amo... con pasión... sin reparo...

LUISA. — ¿Y tus hermanos?...

HEBE. — Me revuelves el puñal...

LUISA. — No creo en tu amor... Tú lo has seguido por su riqueza... de lo que estabas nostálgica... Eso es lo que te ofuscaba... A costa de que la has comprado... Desgraciada...

HEBE. — Por él no hay sacrificio que no haría...

LUISA. — ¿De manera que tú piensas pasear por todas partes, y muy conforme, el escarnio de tu conducta?... Salpicando el rostro de tus hermanos, que te prestaron su hogar, su pan...

HEBE (*Angustiada.*) — No, Luisa... Dentro de contados días estaré lejos... en viaje a Norte América...

LUISA. — Es que Daniel vendrá aquí, en cuanto sepa que estás en Buenos Aires... Yo lo tengo que cuidar... Ya que tú lo has precipitado en la vorágine... a quien sabe qué...

HEBE. — ¿Y tú crees que podría saber que estoy yo aquí?...

LUISA. — Lo mismo que lo he sabido yo... en el almacén de la esquina, en la tienda de enfrente...

XX ESCENA

(*Daniel, lívido, en el marco de la entrada. Hebe da un sollozo y cae en brazos de Luisa.*)

DANIEL. — Las lágrimas para más tarde... (*A Luisa.*) ¿Lo has visto?...

LUISA (*Titubeante.*) — Sí...

DANIEL (*Frío e impasible.*) — ¿Piensa reparar el daño?...

LUISA — (*Titubea.*)

DANIEL — Responde...

HEBE (*Arrojándose sobre su hermano.*) — Daniel mío... querido... me das miedo... ¿Qué idea traes?

DANIEL (*Conmovido, pero dominándose.*) — La del honor...

HEBE. — A él nada le hagas... te lo suplico por la memoria de nuestra madre... A mí tortúrame, mátame... A él no... ¿Me oyes, mi Daniel?... (*Tomándole los brazos.*) Me lo prometes... ¿verdad?

LUISA (*A Daniel.*) — No has debido venir, Daniel... Yo soy una mujer, es distinto...

DANIEL. — Era mi deber...

LUISA. — Déjame hacer a mí... Yo te prometo darte cuenta de todo, sin ocultarte nada... Tu estancia aquí puede complicar más la situación...

HEBE. — Sí, Daniel... no te quedes aquí... por amor de Dios... ¿Qué pretendes?

DANIEL. — O se casa contigo o de aquí no sale vivo él o yo...

HEBE. — Oh... (*Se abraza a sus piernas.*)

(*Luisa se toma la cabeza.*)

XXI ESCENA

(*Se oyen voces en el corredor. Hebe, retiene a Daniel que se adelanta. Luisa, va detrás de ellos. En un sillón, Jorge, vendada la cabeza y una pierna estirada, con dos o tres personas que lo sostienen y Josefa.*)

HEBE. — ¿Qué?... Jorge herido... (*Va hacia él.*)

(*Jorge divisa a Luisa y Daniel, y se desvanece. Daniel, observa. Las personas dejan a Jorge en el suelo. Hebe, junto a Jorge lo sostiene.*)

UNO (*dice.*) — Ah, los automóviles, señora... Por esquivar un ciego... frenó, felizmente... sino se deshace contra la columna...

DANIEL. — Me lo arrebata el destino...

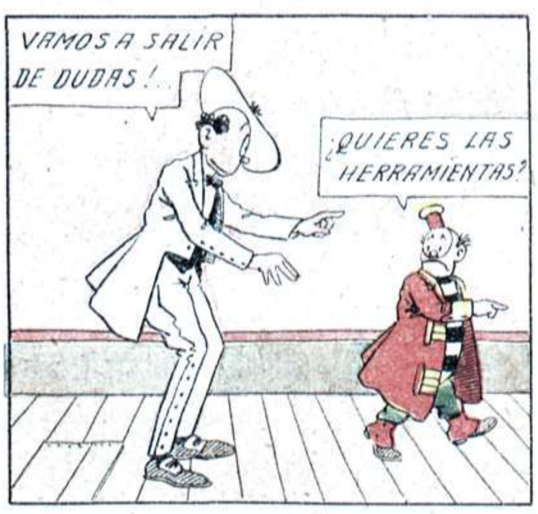
CÉSAR VIALE.

Dib. de Bolins.


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE
VIRUTA Y CHICHARRÓN

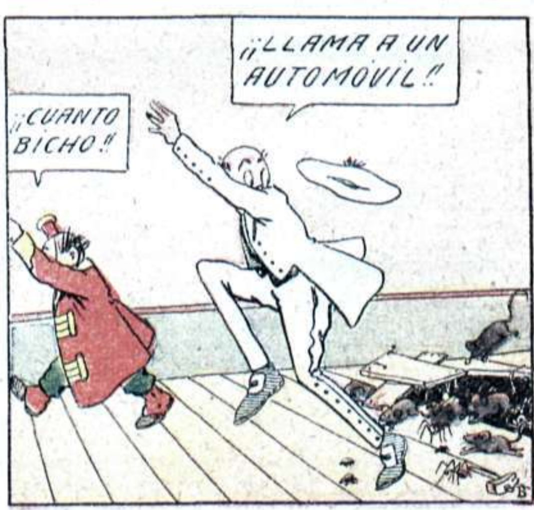

¿QUE ESTAS MIRANDO?..
ESAS DOS TABLAS!.


Y QUE TIENEN?
¡PUEDEN MUY BIEN, TAPAR ALGÚN TESORO!


VAMOS A SALIR DE DUDAS!..
¿QUIERES LAS HERRAMIENTAS?


¡ELLAS SERAN LAS LLAVES DE NUESTRA FORTUNA!!.
AQUÍ ESTAN!


¡LO VEO DIFICIL!!.
¡PRONTO SEREMOS RICOS!!!.


¡¡LLAMA A UN AUTOMOVIL!!
¡¡CUANTO BICHO!!


CALIDAD INCOMPARABLE
SIEMPRE AUTÉNTICO
El Aceite calidad Bau
Patentes de privilegios exclusivos, además del Sistema José Bau:- Pat. Nº 20.730-30/V/908, Nº 20.731-30/V/908, Nº 23.430-30/VI/909, Nº 25.902-14/V/910. Nº 25.903-31/V/910. Nº 29.106-15/VII/911. Nº 38.943-31/VII/914. Nº 40.538-10/II/915.
EXIJASE MI FIRMA
en este lugar de cada envase
José Bau
REFINERIA DE ACEITES PUROS DE OLIVA
BAU
FREIXAS
PURO DE OLIVA

Inventos y procedimientos útiles

HIDROGENO HECHO EN CASA



Cuando un objeto de aluminio se rompe o se estropea de cualquier modo, no por eso debe tirarse, pues los pedazos sirven para algunos curiosos experimentos de química, entre otros para producir hidrógeno. Con este fin, se compra un tubo de goma de medio metro de largo, un tapón atravesado por un tubo de vidrio y una pequeña cantidad de sosa o potasa cáustica. Se busca una botella a la que venga bien el tapón, y en ella se echan los pedazos de aluminio, vertiendo encima un poco de agua templada, más bien caliente que fría, y unas cucharaditas de sosa cáustica. En seguida comenzará a notarse una efervescencia que durará varias horas, aunque se enfríe el líquido.

De esta efervescencia se engendra hidrógeno, que escapando por el tubo de goma, puede emplearse para cualquiera de los usos o experimentos a que se aplica este gas. Un peso dado de aluminio produce cuatro veces tanto hidrógeno como el mismo peso de cinc, y sin duda llegará día, cuando se abarate el aluminio, en que éste se empleará para la producción del hidrógeno en vez de cinc.

Al hacer en casa este experimento, hay que tener en cuenta dos precauciones: primera, no poner la sosa cáustica en contacto con la piel, porque podría traer malas consecuencias, y segunda, no prender fuego al hidrógeno junto a la salida misma del tubo, a no ser que haya pasado más de un cuarto de hora desde que se inició la efervescencia. Si no se tiene este cuidado, podría ocurrir una explosión por el oxígeno que queda en la botella.

PRINCIPIOS QUE DEBEN OBSERVARSE CUANDO SE ESCRIBE MUCHO. — No es necesario comprobar que el mucho escribir en malas condiciones de alumbrado, arruina la salud y afecta el sistema nervioso y la vista por consiguiente. Es necesario observar una buena posición al escribir, lo más derecho posible y escribir con caracteres regularmente grandes; el ojo se acostumbrará a escribir pequeñas letras, pero fijando la vista con exceso en objetos muy pequeños, se gasta, volviéndose miope. De vez en cuando se hará descansar los ojos, levantando por un momento la vista y dejándola pasearse en objetos lejanos. Si se escribe a ambos lados del papel, se empleará de buena clase, para que no se interrumpa con las letras que traslucen. Nunca se usará tinta que tenga olor fuerte, pues puede ser mala para la salud; el color de la tinta también será con preferencia verde obscura y violeta, también se preferirá papel de colores mates, al blanco deslumbrante, pues no irrita tanto la vista.

PARA QUE SE PONGA TIERNA LA CARNE del cocido, se le echan unas gotitas de acua vita, una vez que se haya espumado. La carne más dura se pone tierna de este modo sin tomar gusto a la acua vita.

MÉRITOS DE CALIDAD EN JUEGOS DE CUBIERTOS

CUANDO la originalidad y el gusto artístico deben ser las características de un Comedor bien puesto, los méritos de un Juego de Cubiertos, constituyen una distinción valiosa que aumenta la suntuosidad y el confort del hogar.

ESTOS son los motivos porque los que se ofrecen en los Salones de Mappin & Webb, ejecutados en Plata Inglesa Sellada o su equivalente en eficiencia "Plata Princesa", han sido escogidos cuidadosamente entre innumerables estilos artísticos, reuniendo una armoniosa combinación de mano de obra y una elevada inspiración de diseño.

Todos estos hermosos Juegos de Cubiertos se ofrecen modernamente distribuídos en estuches de una sencillez tan elegante, que hace resaltar aún más el valor intrínseco de su contenido.

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

28 - FLORIDA - 36 Buenos Aires

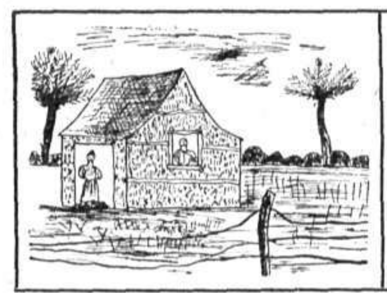




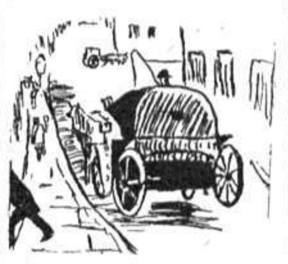
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.
Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



121 — En el campo.
CHIQUITA E. SOLARI.



122 — La llegada del dotor.
A. M. JUSTO.



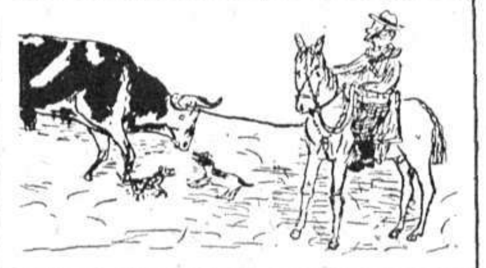
123 — Lavando la ropa.
ASUNCIÓN BAVOLEO.



124 — Una niña caritativa.
J. J. MUNARI.



125 — El pescador.
J. J. FÚNES.



126 — Enlazando un toro.
M. POCOVI.



NOTA COMICA DEL GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—No veo el inconveniente que hay en dictar ya el decreto de apertura del período de sesiones.

—Es que todavía no están constituídas las autoridades de ambas cámaras.

—¿Cómo no? ¿No estás vos de facción frente a la cámara de diputados y yo a la de senadores? ¿Qué más autoridades que nosotros?

—¡Eres un sabio, Sempronio!...

El jardinero, la mariposa y la abeja

Todos los días una linda y blanca mariposa iba y venía, sin descanso, libando el néctar de las flores que adornaban el jardín de una mansión de señorial aspecto.

El jardinero que, aunque hombre modesto y de cortos alcances, era un gran admirador de la naturaleza, observaba atentamente a todos los insectos que revoloteaban sobre las plantas y flores que él cultivaba con el mayor esmero. El viejo jardinero se manifestaba pensativo y afligido cuando esos insectos podían ser nocivos para la vida de sus queridas plantas, y entonces usaba todos los medios que conocía para ahuyentarlos o destruirlos.

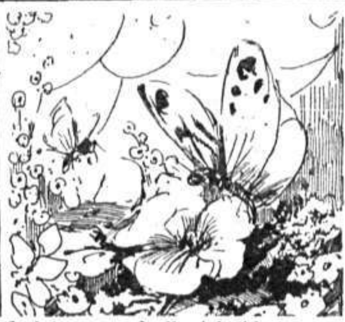
Las abejas y las mariposas eran sus predilectas. Las veía llegar como a buenas y antiguas amigas, y en algunas ocasiones llegaba a interrumpir su trabajo con el propósito de contemplarlas. En las primeras, admiraba su diligencia, y en las segundas su hermosura y la diversidad de sus colores. Entre todas ellas se destacaba la blanca y linda mariposa de nuestro cuento.

El jardinero había observado más de una vez que dicha mariposa se detenía complacida sobre unas flores y en cambio evitaba cuidadosamente acercarse a otras.

— ¿Por qué será que hace esto? — se preguntaba el anciano. — ¿Será porque unas tienen el jugo más dulce y las otras más amargo? Pero, ¿cómo llega ella a conocerlas, cuando ni siquiera se aproxima? Cualquiera diría al verla que más bien las teme.

Así estuvo el jardinero observando y cavilando durante varios días. Pero por más que lo intentaba no podía explicarse aquel misterioso proceder de la mariposa.

Una mañana muy temprano, el jardinero se hallaba ya en su puesto



de labor cuando llegó la blanca mariposa. Sin poderse contener, se acercó a ella y le habló de esta manera:

— Hace tiempo que te observo, amiga mía, y me sorprendes todos los días porque te detienes sobre unas flores determinadas, haciendo caso omiso de las otras que son igualmente lindas y fragantes.

— Extráñame sobremanera tu pregunta — respondióle el hermoso insecto.

— ¿Por qué?

— ¿Acaso ignoras, con tu larga experiencia, que gran número de ellas son venenosas?

— No, lo conozco muy bien, a tal punto que cuando uno de los niñitos de los patrones que tiene la mala costumbre de llevarse a la boca cuanto tocan sus manos, evito siempre que corte esas flores, cuando se acerca a ellas con ese propósito.

— Haces bien — contestó el insecto. — Ya ves tú como yo prescindo de ellas en absoluto.

El jardinero iba a replicar cuando en aquel instante llegó la abeja muy atareada y se detuvo sobre todas las flores, sin excepción.

Al ver esto, el jardinero la dijo:

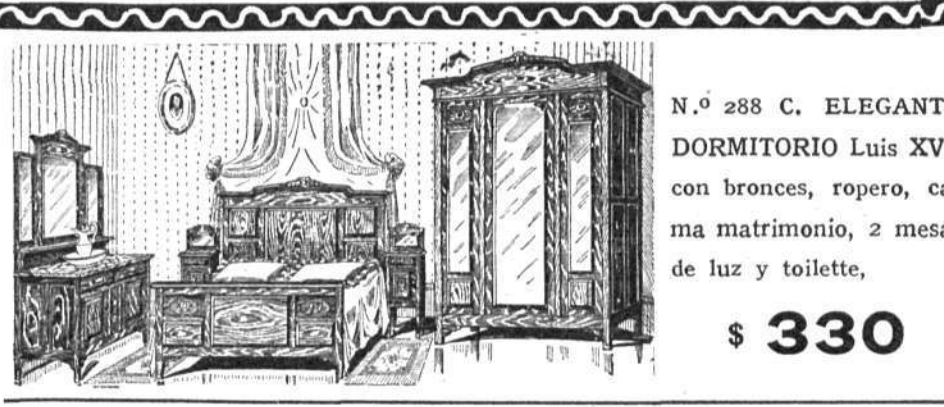
— Amiga mía, me asombra que tú no seas tan previsora como la mariposa. ¿No sabes que muchas de esas flores tienen veneno?

— Es verdad, — contestó la abeja; — mas yo tomo la miel y dejo el veneno.

El jardinero guardó silencio, y cuando la mariposa y la abeja se hubieron alejado de aquel sitio, comenzó a meditar sobre la actitud de la una y de la otra, y sus respuestas tan diferentes. Al fin, el buen hombre que también era filósofo a su manera, reanudando la tarea interrumpida, se expresó así:

Tratemos de imitar a la abeja; retengamos las buenas palabras que escuchemos reveladoras de buenos propósitos, y cerremos nuestros oídos a las malas y torpes, a las que difaman o enumeran los defectos del prójimo, torturando más de una existencia.

Adelia Di Carlo.



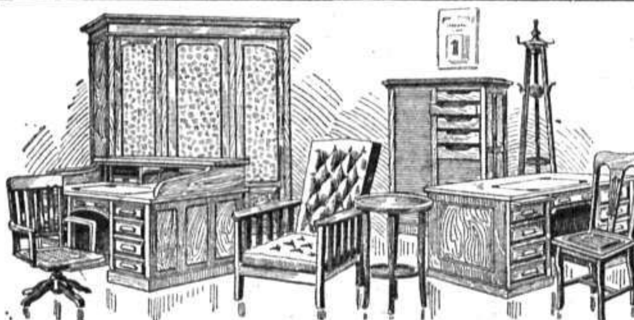
N.º 288 C. ELEGANTE DORMITORIO Luis XVI, con bronces, ropero, cama matrimonio, 2 mesas de luz y toilette,

$ 330

N.º 1351. El mejor juego de COMEDOR que se puede obtener a este precio. Compuesto de aparador, trinchante, mesa y 6 sillas con asiento de esterilla, todo en roble color claro u obscuro (mármoles y lunas de la mejor calidad), a

$ 300





Sección Escritorios Norteamericanos

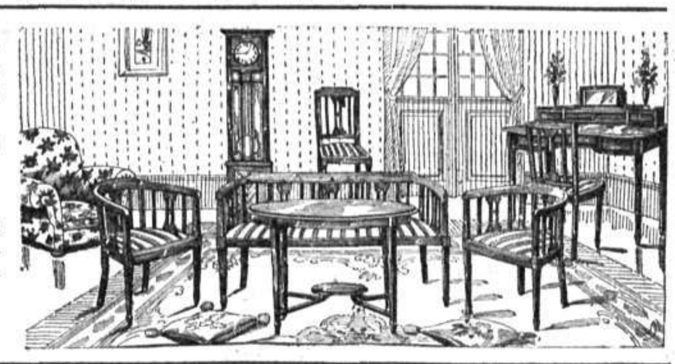
Escritorios ministro. $	80
Escritorios cortina... »	110
Sillones Morris........ »	35
Biblioteca 3 cuerpos »	200
Biblioteca réclame.. »	90
Silla escritorio........ »	10
Casilleros, desde..... »	65

JUEGO PARA HALL, "Adams", imitación caoba o citronier, filetes marfil y palo rosa o en roble fileteado, sofá, 2 sillones, 2 sillas y 1 mesa,

$ 265

Imponente surtido en juegos de vestíbulo, de roble, completos, sofá, 2 sillones, 2 sillas, mesa y percha,

$ 120



CORRIENTES, 1145

PEDIDOS AL INTERIOR

Gratis Catálogo N. 17



Facilidades de pago en la Capital.

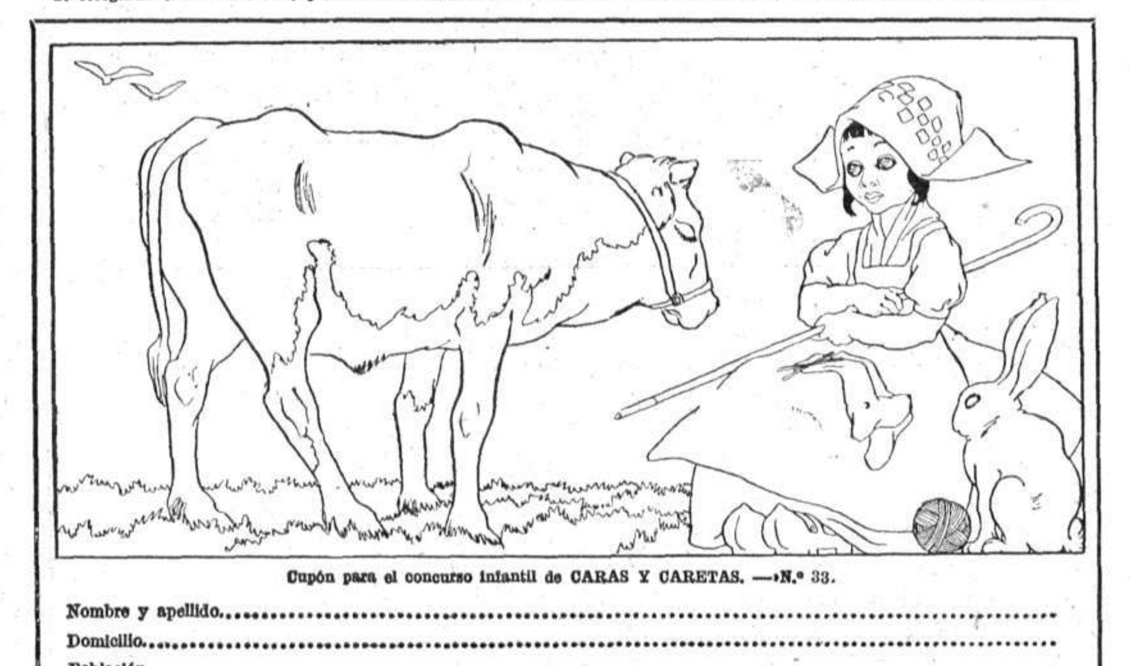
FUNDADA EN 1853

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 33.

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

La fuerza de París

Siete grandes fuertes alrededor de la capital a unos 15 kilómetros de sus muros.

Diez y ocho fuertes de segundo orden a siete kilómetros de distancia, cada uno de los cuales ocupa un terreno considerable y montan, entre otros, dos cañones de a 95 toneladas.

Grandes depósitos de granadas de melinita de a cien libras, dispuestas a ser disparadas.

Treinta y nueve kilómetros de líneas de fortificación, entre ellas trincheras de 46 metros de grueso en la base, con fosos de 14 metros.

A lo largo de esta gigantesca trinchera, trescientos emplazamientos para otros tantos cañones de a 95 toneladas. Estas piezas se guardan en el Arsenal del Campo de Marte para preservarlas del moho, pero están siempre dispuestas para ser emplazadas en muy pocas horas.

Trece cuarteles y ocho grandes depósitos para el caso de movilización, algunos de éstos constituirán casi lo único que hayan podido ver nuestros lectores.

Tan discretamente están disimulados los fuertes y los terraplenes, por medio de árboles, arbustos y yerba, que es fácil entrar y salir de París quince o veinte veces sin haber observado el rastro de estas famosas fortificaciones.

El alcance de las piezas de 95 toneladas es de 5 kilómetros y algunas personas dicen que de catorce.

Debajo de los emplazamientos destinados a ellas hay casamatas de piedra destinadas a almacenes de municiones y de carros de transportes. Estas casamatas tienen entrada por la parte baja interior del terraplén, y de cada una de ellas parte una línea de carriles a lo alto de la fortificación. Estos carriles están modestamente tapados por la yerba.

Las líneas de los tranvías de París están sentadas sobre sólidas traviesas de roble y éstas sujetas en cuadros de hierro apoyados sobre una gruesa y sólida capa de cemento, capaces de soportar el paso de grandes cañones.

Para servir estos cañones, en caso de que se hubiese dispuesto para provincias de toda la guarnición de París, hay en la capital cincuenta mil artilleros bien instruídos en las clases de reserva de la capital. Esta cifra da un contingente del doble de lo que se necesita para servir cada pieza. En iguales circunstancias, París podría también guarnecer todos sus fuertes con fuerzas de la reserva de infantería y poner sobre el campo doce regimientos de caballería para el servicio de reconocimiento y escuchas.

No hay ciudad en el mundo que militarmente pueda igualarse con París bajo este punto de vista.

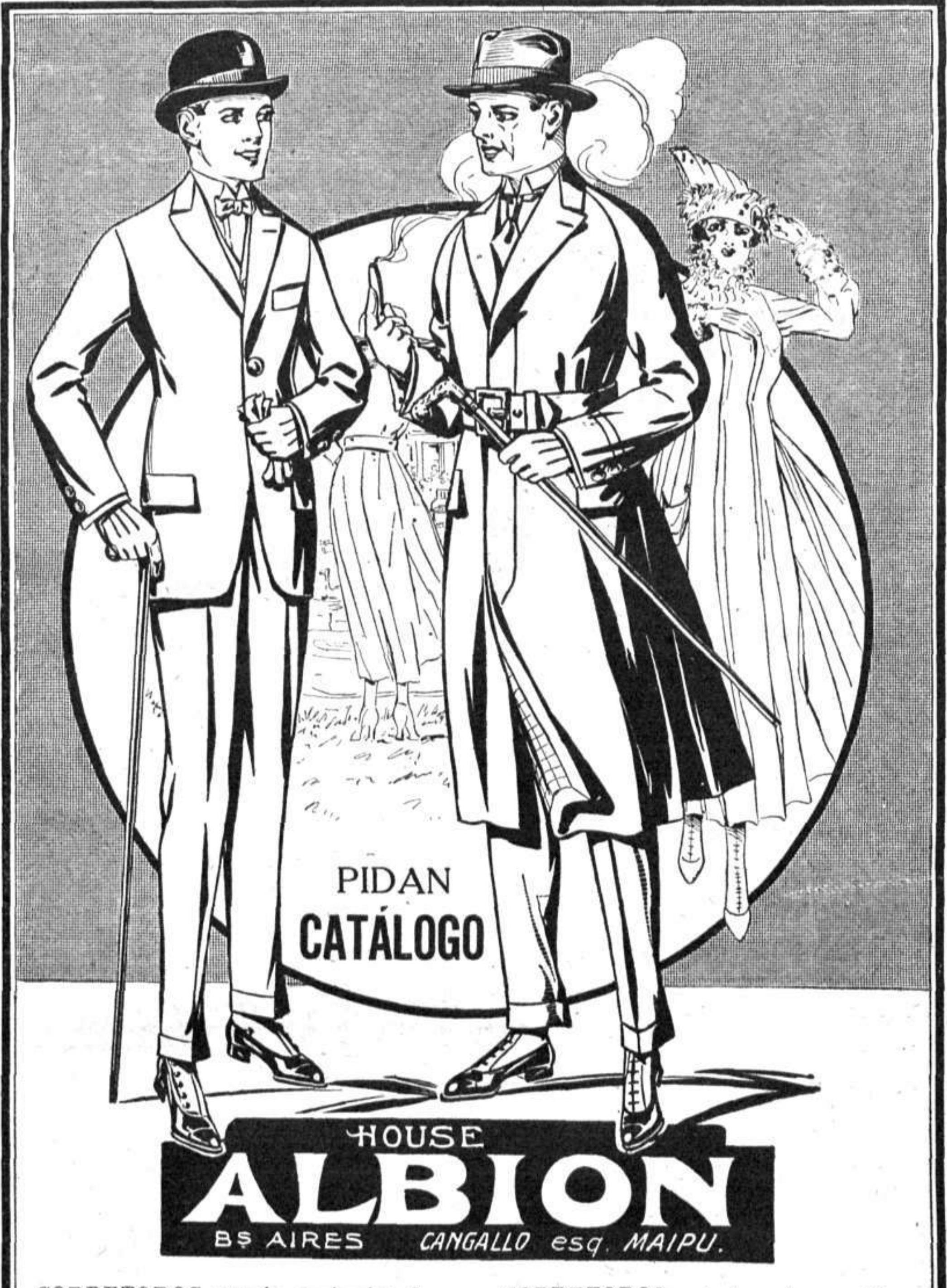
Las estaciones de ferrocarriles de París tienen inmensas plataformas destinadas exclusivamente para la llegada y salida de trenes; cada una de ellas es lo suficiente larga para que puedan permanecer junto a ella tres trenes completos al mismo tiempo.

París tiene tres ferrocarriles semi-circulares, el interior, el exterior y el llamado Grand-Ceinture, que forman una red que une a la ciudad con sus arrabales. A cada mil metros a lo largo del círculo interior de las fortificaciones hay un cuartelillo de tres pisos: unos 20.000 hombres podrían albergarse de este modo en disposición de acudir de seguida a cualquier punto atacado. Estos cuartelillos están unidos por un boulevard exterior, el cual a su vez tiene tranvías.

Cada reservista, ya sea natural o residente en París, tiene un libro en el cual consta su número, los pormenores del servicio que debe prestar y una nota del cuartel o del cuartelillo en el cual debe presentarse en el momento en que se haga la llamada de las reservas.

Además de las líneas de ferrocarriles, el gobierno militar de París dispone de todos los caballos y de todas las mulas de la capital. Es obligatorio matricular todos los caballos y mulas que tengan más de cuatro años, y en el registro consta el tipo del animal, su dueño y el servicio a que puede aplicarse aquél.

El Estado Mayor podría disponer así en un momento dado, de unos 120.000 caballos. Por último, los automóviles, están igualmente empadronados y al servicio de las autoridades militares. Lo mismo sucede con los coches y los carros, tanto de las empresas de transportes y de los carruajes de alquiler, como de los particulares.


PIDAN
CATÁLOGO



Fiesta íntima ofrecida por los esposos Gaztambide a sus relaciones, en ocasión de festejar un acontecimiento familiar.

Empleados de la sucursal del Banco de la Nación, que obsequiaron a su jefe, señor Carlos Jackson Muñoz, con una placa de oro y plata, por su ascenso en la casa central, a donde se traslada.

Nuevo edificio del «Banco de la Provincia» inaugurado recientemente.


Caja Nacional de Ahorro Postal
Boletín para Estampillas de Ahorro Postal
OBSEQUIO
BAGLEY
SERIE B
Enseñe a sus hijos el ahorro y hará hombres útiles para la Patria.
Todos los días sírvales el té a sus niños con Galletitas "AHORRO POSTAL", que aparte de su sabor exquisito, tienen el atractivo de inducir a todos al ahorro, pues todas las cajas de 1/4, 1/2 y 1 kilo contienen un boletín de la Caja Nacional de Ahorro Postal, con estampillas por valor de $ 0.05 centavos adheridas.
COMPRE,
COMA
y AHORRE
AHORRO HACE AL HOMBRE
AHORRO POSTAL
BAGLEY
GALLETITAS
Ahorro Postal
BAGLEY
MONTES DE OCA 169 · BUENOS AIRES
M. S. BAGLEY Y Cª Ltª
MARCA REGISTRADA
BAGLEY



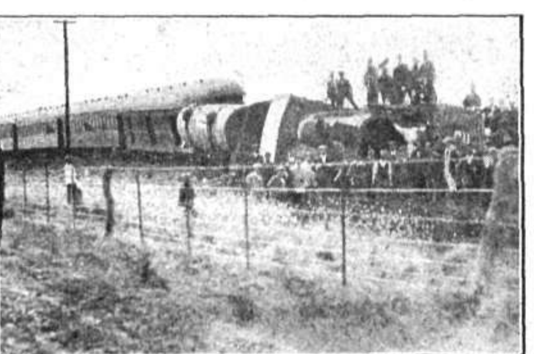
AVELLANEDA. — El presidente del comité nacional, señor Zaldúa, con los dirigentes de la sección 3.ª, festejando el triunfo electoral obtenido en esa circunscripción.



El suculento asado que se sirvió en el almuerzo criollo, dorándose en un buen fuego.



LA PLATA. — Parte de la concurrencia que asistió al acto de homenaje a monseñor Alberti.



Tren del Pacífico, descarrilado por haber sido levantado, parte de los rieles, entre las estaciones Darragueira y Bordenave.



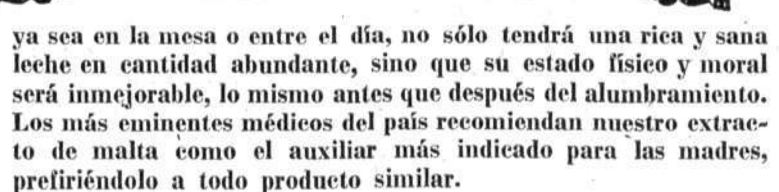
La madre que quiere

a su hijo, y que desea verlo desarrollarse en un hombre moral y físicamente sano, lo alimenta a su propio pecho.

El tener una leche pobre o en cantidad insuficiente, o encontrarse demasiado débil para soportar las fatigas de la lactancia, son razones que, a pesar de ser invocadas con bastante frecuencia todavía por parte de madres poco escrupulosas, ya no tienen más ningún valor, salvo raras excepciones. Tomando la madre, antes de dar a luz y durante la lactancia, diariamente, 2 a 3 copas de la

Malta PALERMO




ya sea en la mesa o entre el día, no sólo tendrá una rica y sana leche en cantidad abundante, sino que su estado físico y moral será inmejorable, lo mismo antes que después del alumbramiento. Los más eminentes médicos del país recomiendan nuestro extracto de malta como el auxiliar más indicado para las madres, prefiriéndolo a todo producto similar.

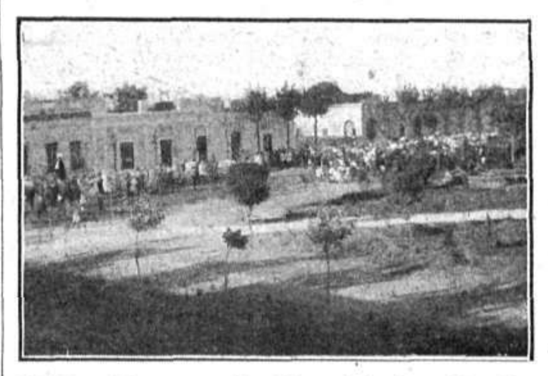
Pídanos hoy mismo nuestro interesante librito "El Niño en su primer año de vida", se lo mandaremos con gusto.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO, S. A. - BUENOS AIRES

En Montevideo: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701

Provincia de Buenos Aires



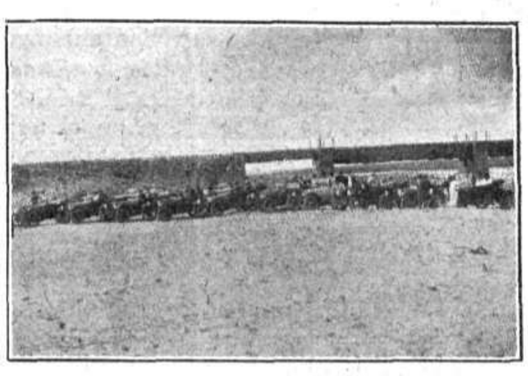
PILAR. — Solemne procesión en honor de la virgen del pueblo; a la ceremonia concurrió gran cantidad de público.



PILAR. — Manifestación organizada por los radicales, afiliados al comité de «Adelante los que quedan».



9 DE JULIO. — Bodas de plata matrimoniales, celebradas por los esposos Rumi, antiguos vecinos de esta localidad.



ORIENTE. — Pic-nic y excursión automovilística al arroyo Quequén Salado, ofrecida por el señor Vicondoa a sus relaciones.


Estaba Lola impaciente,
pues de su edad en la flor
ni aun el vecino de en frente
le había hablado de amor.

¿Seré fea? — se decía —
¿O creerán que no soy buena? —
¡Y la pobre se afligía
de un modo que daba pena!

Hasta que un día Cupido
se coló por una puerta
que Lola, por un olvido,
había dejado abierta.

Quiso ella, al verle venir,
simular enojo, en vano;
y al fin se dejó oprimir
los deditos de la mano.

Cupido el olfato aplica
y ella siente una emoción
al oir decir: ¡Qué jabón
tan bueno el que usa esta chica!

— Es REUTER! — con gran presteza
exclamó Lola; y Cupido
le respondió: — ¡Qué torpeza!
¡Debí haberlo comprendido!

Pues no hay señora ni niña
que despierte una pasión,
si no usa, cuando se aliña,
de REUTER el gran jabón.

Como todas las mujeres
que lo usan — ¡cosa probada! —
eres limpia y bella, y eres
muy digna de ser amada.

En el país del oro

Los terrenos auríferos, ó como se dice allí administrativamente, el territorio del NO. del Canadá, está dividido en cuatro distritos. El distrito del Yukon, el del Klondike, el del río Indio y del río Stewart. Cada distrito comprende un curso de agua y sus afluentes, es decir todos los vallecitos desde el fondo de los cuales se precipitan cursos de agua ya célebres en el mundo.

Por ejemplo: de los afluentes del Yukon son muy conocidos: el Hunker, el Bear, el Little Jim, el Hester, etc.

Todo minero que llega al territorio del NO. tiene derecho, mediante la entrega de 75 francos, a un *claim* o concesión en cada distrito. Así pues, al entregar al agente del gobierno la declaración, acompañada de los 75 francos, los mineros entran en posesión de cuatro *claims*. Este derecho no puede obtenerse más que una sola vez en la vida del minero, el cual tiene licencia para comprar tantos *claims* como quiera a los poseedores legales.

Una vez hecha la declaración, el cazador de oro busca en tal o cual afluente del curso del río principal un sitio que le convenga y que no esté ocupado por nadie, ayudándose para elegirlo de su experiencia, de su talento y de lavados preparatorios del terreno.

Como la elección es definitiva, como una vez hecha la concesión no se puede retirar alegando error, ni tampoco pedir que sea reemplazada por otra mejor, hay que obrar con pies de plomo y después de maduras reflexiones.

Hecha la elección, interviene el agrimensor del gobierno, el cual señala los límites, bastante exiguos por cierto, de la futura explotación. Los terrenos orientados perpendicularmente al río, miden 76 metros si están en lo alto de la montaña, 76 en el centro del valle, 300 en las pendientes, y 76 metros de largo si ocupan las orillas del curso del agua, con una anchura proporcional a la del valle.

El minero recibe un título de posesión que establece sus derechos y especifica sus deberes. Tiene el derecho exclusivo de entrar en su *claim* para ejecutar trabajos de mina, construir una vivienda y gozar de los productos que pueda retirar del terreno. Puede también usar gratuitamente de toda el agua corriente que necesite para trabajar en sus minas; pero la concesión no da derecho alguno sobre la propiedad del suelo, sino que dicha propiedad se anula en el caso de que el *claim* no se trabaje continuamente y de buena fe por el concesionario o sus asociados.

Por lo que precede se ve que los franco-mineros no son, como podría creerse, pobres de solemnidad que van a la aventura en la lotería de los campos del oro para sacar de ellos el premio grande del millón.

Son personas que tienen ciertos elementos, a veces los últimos, que les han permitido pagar su viaje, aprovisionarse de víveres y de instrumentos y por último pagar sus concesiones.

Solamente después de haber agotado el último dólar, después de la desoladora comprobación de la esterilidad del campo de sus ilusiones, el minero se dedica a cocinero, a ayudante, a cavador o a otro oficio cualquiera, y así gana sobradamente para vivir trabajando para otra persona. Esta clase de mineros desgraciados forma una población muy importante en el territorio; pero por lo general es inofensiva; no se cuentan en ella ladrones, a causa de las penas terribles que allí rigen para los atentados contra las personas y la propiedad.

En aquel país no hay tiempo más que para pensar en los millones que se hallan ocultos bajo la tierra.

En la región minera hay leyes, costumbres y decretos que rigen la conquista del oro y garantizan la propiedad por medio de agentes que hay para hacer observar las primeras. Allí cada individuo se aisla voluntariamente, no ocupándose para nada del vecino. Ni siquiera se miran, como si el pensamiento tiránico de la conquista del oro hubiese matado todo sentimiento de sociabilidad.

En el país del oro no se juega; allí no hay más ley que la de Lynch, que a veces pronuncia fallos formidables, cuyo recuerdo se incrusta en todos los cerebros.

Enlaces









Señorita Rosalía Feidblit, con el señor Salomón Gartunkel — 9 de Julio.

Señorita Catalina Brachetto, con el señor Antonio Sánchez — Capital.

Señorita Elvira Espinosa Ardiles, con el señor Lidoro F. Quiroga — Mercedes (San Luis).

Utinger-Escalada — Tucumán.










Couffignat-Auguet — Carlos Tejedor.

Basterrechea-Jargüi — Navarro.

Señorita Victorina Cousi, con el señor Juan Leske — Comodoro Rivadavia.

Amanda Soldati-Guillermo Magnuoli Rode — Rosario.







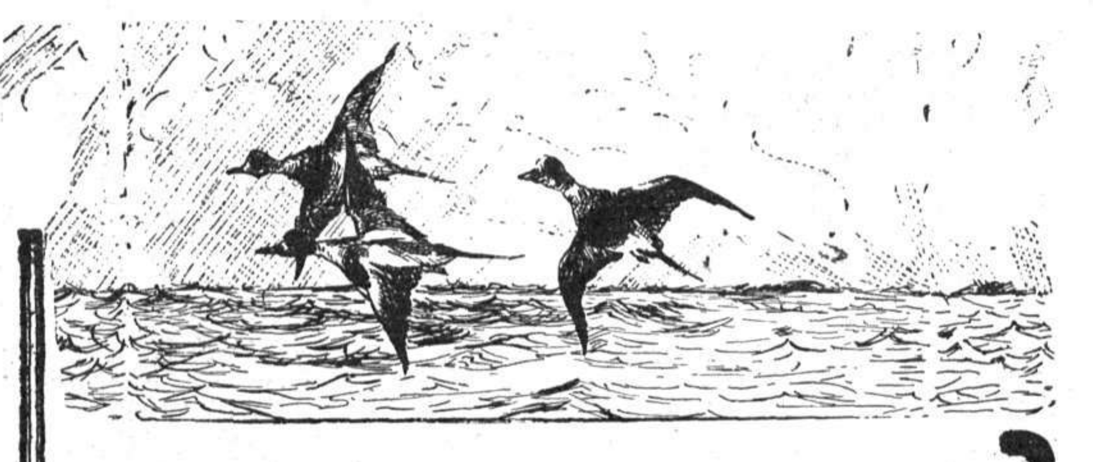



Retegui-Di Salvo — Olavarría.

Señorita Ida Beltrame, con el señor Luis Federici.

Señorita Felisa C. Stobbia, con el señor Juan Aiassa — Rafaela.

Señorita Matilde Culacciati, con el señor Tito P. González.



Por qué los cazadores de patos eligen con preferencia este modelo de escopeta.

Donde más se necesita y se aprecia una escopeta de absoluta confianza es, indudablemente, en los bañados y lagunas, cuando ella se utiliza en la difícil caza de patos.

Sea cual fuere la marca de escopeta con que usted se inicia en este sport, continuando en él terminará, tarde o temprano, por adquirir una WINCHESTER de Repetición Modelo 12, que es la predilecta de todos los cazadores experimentados.

El aire salino de las costas del mar, como la humedad de las lagunas, no perjudican en nada las excelentes cualidades de la escopeta

WINCHESTER

DE REPETICION—Modelo 12

pues su fabricación la hace insensible a todos los cambios atmosféricos por violentos que éstos sean.

Nunca se engancha ni falla al extraer los cartuchos vacíos; funciona suavemente en cualquier posición que usted la maneje. «Sienta bien» en las manos; es muy cómoda para fijar la puntería; en una palabra: «es la ideal», reconocida por todo experto cazador.

A la distancia en que se tiene mayores probabilidades para la caza de patos, la Winchester dispara las municiones dentro del perímetro del «cuadro de concentración» en que el cazador ha determinado su puntería, y nunca puede fallar porque las municiones salen compactas, en forma de abanico.

El notable cuadro de concentración de las municiones de una Winchester, modelo 12 (o modelo 97, para aquellos que prefieran una escopeta a martillo), asegura a usted la caza si hace el disparo con los nunca igualados cartuchos Winchester, puesto que la ventaja señalada es el resultado de infinitos cuidados en la perfección del caño.

La cantidad exactamente apropiada de «choke», para las diferentes cargas, ha sido conseguida después de experimentos minuciosos.

Resultado: un «cuadro de concentración» distribuido con exactitud, ni demasiado abierto, *ni demasiado desparramado*, que llega al blanco con gran presión.

WINCHESTER REPEATING ARMS Co.

NEW HAVEN - Conn., E. U. de A.

Representante en Sud América: ALFREDO C. MELLOR

Avenida de Mayo, 1354 - Buenos Aires

CATALOGOS: se remiten gratis a quien envíe al representante en esta capital el siguiente cupón:

Nombre..

Calle.. N.º.........

Ciudad.. F. C..........

DIAMANTE. — Parte de la concurrencia que asistió a la inauguración del comité de la «Concentración Popular», que prestigia la candidatura Anadón-Medina para gobernador y vice de la provincia.

VILLAGUAY. — Paseo campestre realizado por la sociedad recientemente fundada, titulada «Verde y Rosa», en el pintoresco lugar «La Isleta».

CUAJO EN POLVO Y LIQUIDO

De la renombrada fábrica "BARNEKOW", de Suecia

COLORANTE PARA QUESOS

Pídanse precios a: **GOLDKUHL & BROSTROM Ltda. - Chacabuco, 199 - Buenos Aires**

Unicos introductores de las afamadas desnatadoras **"ALFA-LAVAL"**

NUESTRO OBSEQUIO
para nuestros clientes.
ALBUM CON LAS 100 RAZAS DISTINTAS DE AVES
que cultiva el
CRIADERO "EXCELSIOR"
el más importante de la América del Sud, a más Catálogo ilustrado de Incubadoras, Criaderos e Implementos de Avicultura moderna y libro explicativo de Enfermedades de Aves de Corral.
Remitimos, enviando 50 centavos en sellos.



EXPOSICION DE AVICULTURA
BELGRANO, 499 esq. BOLIVAR - Buenos Aires



Primera Oferta Excepcional de la "CASA JORDAN"
PARA HACER CONOCER SUS ARTICULOS. Sección Correspondencia ESMERALDA, 22 Bs. Aires

Ofrecemos las últimas novedades en RELOJES y ALHAJAS, siendo nuestro único sistema de propaganda la excelente calidad de las mercaderías.
RELOJ-PULSERA PLATINADO, marcha perfecta, correa de gamuza, la más elegante y práctica, $ 10.—
RELOJ-PULSERA ench. en oro 18 kts., marcha perfecta, eslabones extensibles, con estuche, $ 10.—
Flete gratis. Devolvemos el importe de la compra si al recibirla no es de su agrado.
Pedidos a "CASA JORDAN" - ESMERALDA, 22

Pulsera Esclava Enchapada en oro 18 kts., garantida $ 2

Clisés usados

Se venden todos los clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires.

EXCEPCIONAL OFERTA A LOS LECTORES DE "CARAS Y CARETAS"



La CASA MATUCCI, Santiago del Estero, 653, Buenos Aires, a título de propaganda entregará o remitirá, franco de porte en toda la República, a quien la pida, una caja conteniendo:
Un reloj para caballero, enchapado inalterable, marcha garantida.
Una cadena chatelaine con medallón enchapado, macizo.
Un par de gemelos enchapados.
Una cigarrera de metal plateado y la mascota Billiken.
Todo por sólo $ 10 m/n. o bien 500 cartoncitos de los cigarrillos 43.







Dirijan los pedidos sin demora a:
CASA MATUCCI, Santiago del Estero, 653, Bs. Aires



REVOLVERES
Velo-Smith, de 10 tiros......... $ 25.—
PISTOLAS AUTOMATICAS
Americana, calibre 7.65 (8 tiros), $ 30.—
Americana, calibre 6.35 (7 tiros), » 26.—
Los pedidos, con importe, a **G. A. MATUCCI,** Sgo. del Estero, 653. Bs. As.



Muebles al Laqué
Sillas, a $ 8 — Taburete, a $ 3
Pedidos, a F. RUSCIO STAGLIANO
Rivadavia, 3945. Bs. Aires



La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50. —— Gran voz.
CATALOGO GRATIS

MALUGANI Hnos. ESPECIALISTAS EN COCINAS



Instalaciones de agua caliente.
Pidan Catálogos.
MEJICO, 1359. Buenos Aires.



GAS LIQUIDO, Marca registrada
ES EL MEJOR COMBUSTIBLE para Lámparas, Cocinas, Calentadores para Baño.
CATÁLOGOS Y PROSPECTOS, GRATIS.
R. HAUPT y M. PIZZA
Fabricantes Importadores.
3266 - VICTORIA - 3266. Bs. Aires
U. T., 643 (Mitre)

APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO

De Entre Ríos

PARANÁ. — Aspecto que presentaba el teatro 3 de Febrero, durante el acto de la proclamación de la fórmula Marcó-Mihura, para gobernador y vice, respectivamente, que presentará el partido radical en las próximas elecciones.

BASAVILBASO. — Grupo de delegados al primer congreso provincial del partido socialista, a celebrarse en esta provincia.

Doctor Celestino J. Marcó. Doctor Emilio Mihura.

Candidatos a gobernador y vice, del partido radical.



VAN

POR TODOS LOS CAMINOS

LLEVANDO EN SI LA

COMODIDAD

MISMA

SON FAMOSOS

POR SU

CALIDAD Y DURACION

EXTRAORDINARIAS

FIRESTONE TIRE & RUBBER Co.

VICTORIA, 1566 — BUENOS AIRES

AGENTES EN EL URUGUAY:

LOHIGORRY Hnos., Rincón, 511 - MONTEVIDEO

Utilidad de las ortigas

Abunda en la República una planta descuidada en extremo, no sólo aquí, sino también en el extranjero, y que, sin embargo, podría ser utilísima y subvenir a muchas necesidades, y es la ortiga (Ortica Dioca L), planta que echa desde la raíz diferentes tallos de 30 a 40 centímetros de alto, cuadrados y revestidos de hojas acorazonadas y aserradas por sus bordes, sus flores son muy pequeñas y nacen en los encuentros de las hojas superiores, separadas las masculinas de las femeninas en distinta planta. Erizadas de pelos punzantes causan al tocarlas escozor extraordinario. Hasta hace poco tiempo se creyó que esto provenía de los pelos agudos de que se hallan provistos su tallo y hojas, más hoy se sabe depende de que dichas escabrosidades pilosas son tubuladas y corre por ellas el ácido fénico produciendo ese insoportable picor.

Florece en noviembre y se recoge en el estío. Para esta operación basta cubrirse las manos con cualquier clase de guantes que no sean de punto; por lo general se corta con hoz o dalla. Si ha de servir en medicina debe arrancarse con raíz, pues se usa toda la planta.

Para su cultivo se necesitan terrenos fértiles; todo al contrario, la espontánea parece que busca los sitios áridos y estériles. El único cuidado que hay que tener es favorecer la propagación por los medios ordinarios.

Una vez hecha la recolección puede emplearse verde y seca.

En el primer caso puede servir para la alimentación de los animales domésticos y hasta del hombre. Cébanse con ella los pavos jóvenes cuidando de haberla escaldado con agua hirviendo, y tirada ésta, se machacan las ortigas con pan y leche para los muy pequeños y con salvado cuando son mayores. Para las caballerías y el ganado rumiante no se necesita más que quitar a las ortigas el ácido fénico por medio del agua hirviendo.

En nuestras mesas pueden reemplazar con mucha ventaja a las espinacas, siempre que preceda la escrupulosidad necesaria. Se emplean exclusivamente los brotes más tiernos y después de tratados por el agua hirviendo, se separan las hojas y raspan los tallos; se cuecen y aderezan como se hace con la planta a que reemplazan. Comiendo gran cantidad son purgantes ligeros.

Los animales que se alimentan con ortigas están sanos y gordos, y se añade, por los que han hecho observaciones al efecto, que jamás padecen de enfermedades contagiosas. Las vacas alimentadas con las ortigas en gran cantidad producen la leche en más abundancia y ésta da mayor rendimiento de crema; la manteca elaborada con ella tiene asimismo más agradable gusto y adquiere ese color amarillento tan apreciado.

Aplicada la ortiga como medicamento interiormente, es antiséptica y detensiva; exteriormente, es muy estimulante y antiséptica.

En Suiza se usan de muy antiguo para todos estos objetos, favoreciendo y aumentando los productos de los animales, y la experiencia no puede ser más decisiva: las aves ponen más comiendo sus semillas; los caballos adquieren mejor aspecto con su uso: por último, dícese que detiene los estragos de la epizootia.

Para usarla seca como forraje no hay necesidad de tratarla por el agua hirviendo, ni más operación preliminar que una buena y pronta desecación al sol.

Pueden hacerse tres y aún más cortes al año.

En el Norte de Europa se usa para la fabricación de telas y cuerdas. En efecto, las fibras de su tallo son casi tan resistentes como las del cáñamo, y se obtienen por los mismos procedimientos que las de éste: para ello es necesario dejar que la planta tome toda su lozanía.

Su semilla suministra un aceite comestible.

Por último, la raíz mezclada con alumbre da un hermoso color amarillo.

Para concluir, excitamos a probar todas estas propiedades a cuantos estén en condiciones para ello, en la firme convicción de que, al describirlas, las hemos visto utilizar en algunas provincias de España, Inglaterra, Francia e Italia.

¿Por qué, pues, no se han de obtener en todas partes estas ventajas?

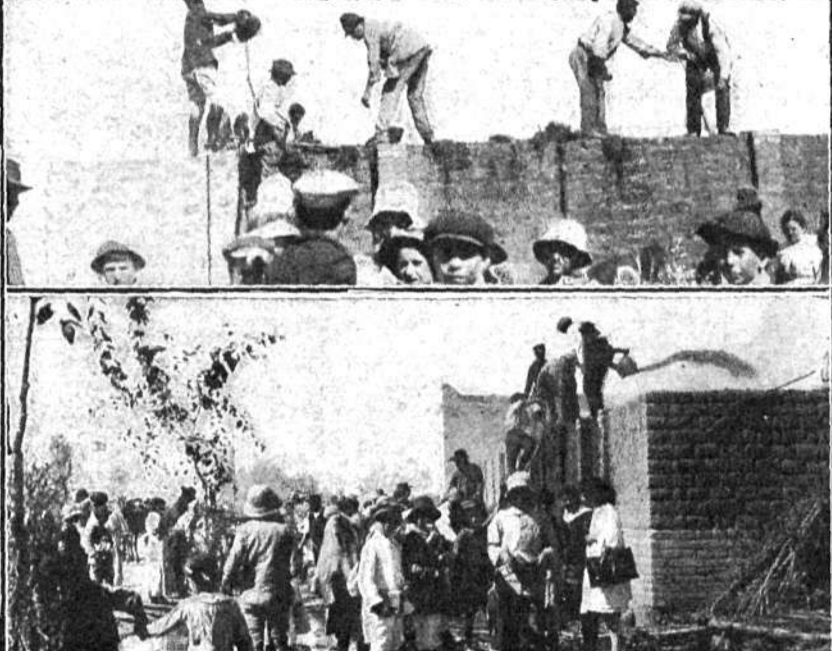


Pedro de Matteo (a) El Payador, victimario.

Entre los sujetos de Matteo y Flores o Santander, según averiguaciones de la policía, parece existía una sociedad para el reparto de los robos que ambos ejecutaban. A raíz de diferencias surgidas por ese motivo, de Matteo, después de sostener un altercado violento con la víctima, le descerrajó dos tiros que le causaron la muerte.



Enrique Flores o Santander, víctima.



SAN RAFAEL. — Las fotografías demuestran el medio primitivo usado por los bomberos de ese importante departamento, que no cuenta para combatir el voraz elemento, con otro medio más adelantado.

SE OS OFRECERA

seguramente, tal o cual remedio para disipar la jaqueca y las neuralgias. Rechazadlo en redondo y exigir las Perlas de Esencia de Trementina Clertan, las cuales son preparadas con esencia de trementina extrapura, que el propio inventor, el doctor Clertan, refina por sí mismo por un procedimiento especial, lo que explica el que sean infinitamente más eficaces que todos los productos de imitación. Es, por lo tanto, necesario para curar la jaqueca o las neuralgias, exigir bien en las farmacias las Perlas de Esencia de Trementina Clertan, y para evitar toda confusión, exigir sobre la envoltura las señas del Laboratorio: Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.

3 ó 4 Perlas de Esencia de Trementina Clertan, bastan, en efecto, para disipar en unos cuantos minutos las jaquecas más alarmantes y las neuralgias más dolorosas, cualquiera que sea su asiento: la cabeza, los miembros, el costado, etc. De ahí el que la Academia de Medicina de París, no haya vacilado en aprobar el procedimiento seguido en la preparación de este medicamento, lo cual es ya una recomendación a la confianza de los enfermos. De venta en todas las farmacias.



BULBOS
Y
Cabezas de Flores

Acaban de llegar de Holanda, **Anémonas, Marimoñas, Gladiolus, Narcisus, Junquillos, Dalias,** etc.

TAMBIEN OFRECEMOS:

Semillas de **Flores**, Hortalizas, Arboles, Pastos, **Lawn Grass** para céspedes, etc., recibidas de las más afamadas casas de Europa, y siendo á propósito para sembrarse en este mes.

Se mandan listas detalladas, GRATIS, por correo á todo interesado.

SEMILLERÍA INGLESA
DE
WILLIAM H. LOGAN

826 - CALLE CANGALLO - 826

BUENOS AIRES

Desaparecerán

esos granos, espinillas, etc., que la tienen constantemente preocupada y de mal humor, si se decide a usar las píldoras de composición de cal STUART. La mayoría de las enfermedades de la piel provienen de malas digestiones; usted debe tener en cuenta que las píldoras STUART son hoy reconocidas como el mejor purificador de la sangre, por los resultados maravillosos que ha efectuado en todo el mundo.

Usted que es difícil de hacer su digestión, debe usarlas inmediatamente y podrá comprobar sus resultados benéficos.

Precio de venta: $ 2.50, más 30 centavos por franqueo al interior.

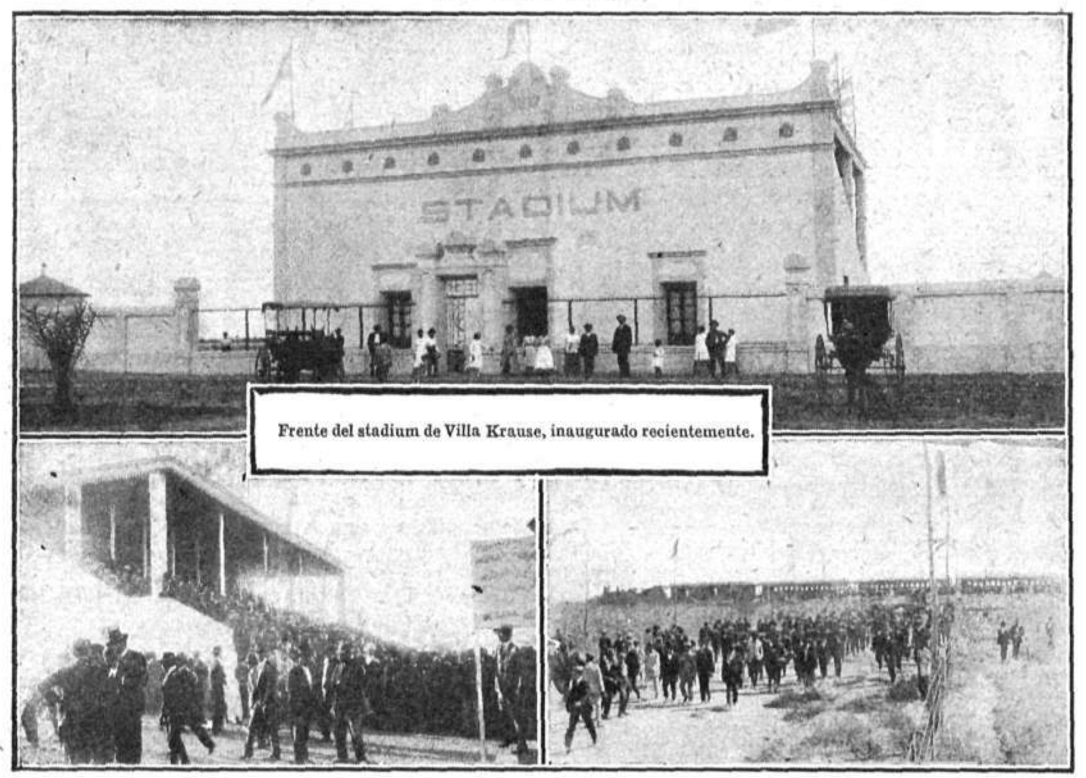
Depositarios Generales:

MENDEL & Cía. - Importadores

Belgrano, 561 - Departamento L. - Buenos Aires

E. SERRA

REPRESENTANTES: En Montevideo: MACEDONIO FERRARI - Juan C. Gómez, 1513
En Asunción (Paraguay): GUILLERMO PERONI, Benjamin Constant esq. Ayolas



Frente del stadium de Villa Krause, inaugurado recientemente.

Enorme concurrencia que asistió al stadium, a presenciar los festejos organizados con dicho motivo.

Parte de los concurrentes, al desembarcar del tren que los condujo al lugar de la inauguración.



Atención: En Las Excavaciones del Canal de Panamá se Emplearon Grandes Cantidades de Explosivós Du Pont.

GELIGNITA



El Explosivo Modelo Para Trabajos de Minas y Ferrocarriles y Construcciones En General

Habiendo fabricado pólvora durante 114 años, la fábrica Du Pont puede producir Explosivos de Gelignita de la calidad más superior y en una variedad de fuerzas — 34%, 42%, 51% y 62% de nitroglicerina — sumamente propia para volar y dar barrenos en general.

Prontitud en Los Embarques Protección de Los Explosivos en Tránsito

Teniendo treinta fábricas con un equipo moderno, operadas por empleados bajo la dirección de expertos y situadas en las costas del Atlántico y Pacífico, aseguramos prontos embarques, con gastos de transporte muy ventajosos. Los Explosivos de Gelignita para Centro y Sud-América se empacan en envases especiales, protegiéndolos contra la humedad y acción climatológica, y de conformidad con los requisitos de ley. Los Explosivos Du Pont de Gelignita son los mejores para trabajos de construcción porque ofrecen el máximum de eficiencia.

Solicito Ud. precios e informes sobre selección y aplicación, de nuestro representante:

Agentes: VENGE & Cía. - Buenos Aires

E. I. du Pont de Nemours & Co.

Los más Grandes Fabricantes de Explosivos en el Mundo

Oficina Principal de Exportación:
New York, N. Y., E. U. A.
Casa Matriz: Wilmington, Del., E. U. A.

50LBS. 1¼x8 DU PONT DYNAMITE GELIGNITE 62% N.G. EXPORT

50LBS. 1¼x8 DU PONT DYNAMITE 40% N.G. EXPORT

DU PONT (1)





— Ya supe que estuviste bailando anoche con María.
— ¿Y cómo lo sabés?
— Porque esta mañana tuvo que ir a casa del pedicuro.

El Cotopaxi y el Chimborazo. —El Chimborazo es el punto culminante (6.524 m.) de la república; su cumbre redonda, dice Humboldt, se eleva por encima de los Andes, como la cúpula de Miguel Angel sobre los antiguos monumentos que rodean el Capitolio.

El Cotopaxi (5.891 m.) se considera como el primer volcán del mundo: ninguna montaña de América, dice el señor Villavicencio, presenta una belleza tan caracterizada; su forma es enteramente la de un cono truncado de exacta regularidad, su nieve es purísima y su distribución en las faldas se hace con tanta simetría que es casi imposible contemplar de lejos un espectáculo más agradable, más brillante, ni más apacible. El color de la montaña varía como el del camaleón, según la dirección en que la hieren los rayos solares, y en las tardes de verano, cuando la atmósfera se encuentra libre de nubes, sus faldas argentadas arrebatan el alma, aun de las personas poco propensas a entusiasmarse con las obras magníficas de la creación.

La erupción de 1768 se reputa por la más horrenda de todas, pues en ella arrojó el terrible volcán gran cantidad de piedras incandescentes, arena, agua y cenizas que llegaron hasta Guayaquil y Popayan, produciendo la noche en los pueblos de Latacunda y Ambato cuyos habitantes anduvieron con faroles hasta las tres de la tarde; en 1803 la erupción fué precedida de un fenómeno sorprendente, el de la fusión súbita de las nieves que cubrían la montaña.

Los famosos sombreros de Panamá son fabricados por los indios civilizados de las provincias litorales, con la famosa paja toquilla, tan flexible como fuerte, que les sirve también para hacer cigarreras y hamacas de un gran valor artístico. Las selvas orientales contienen caucho y numerosas especies de quina.

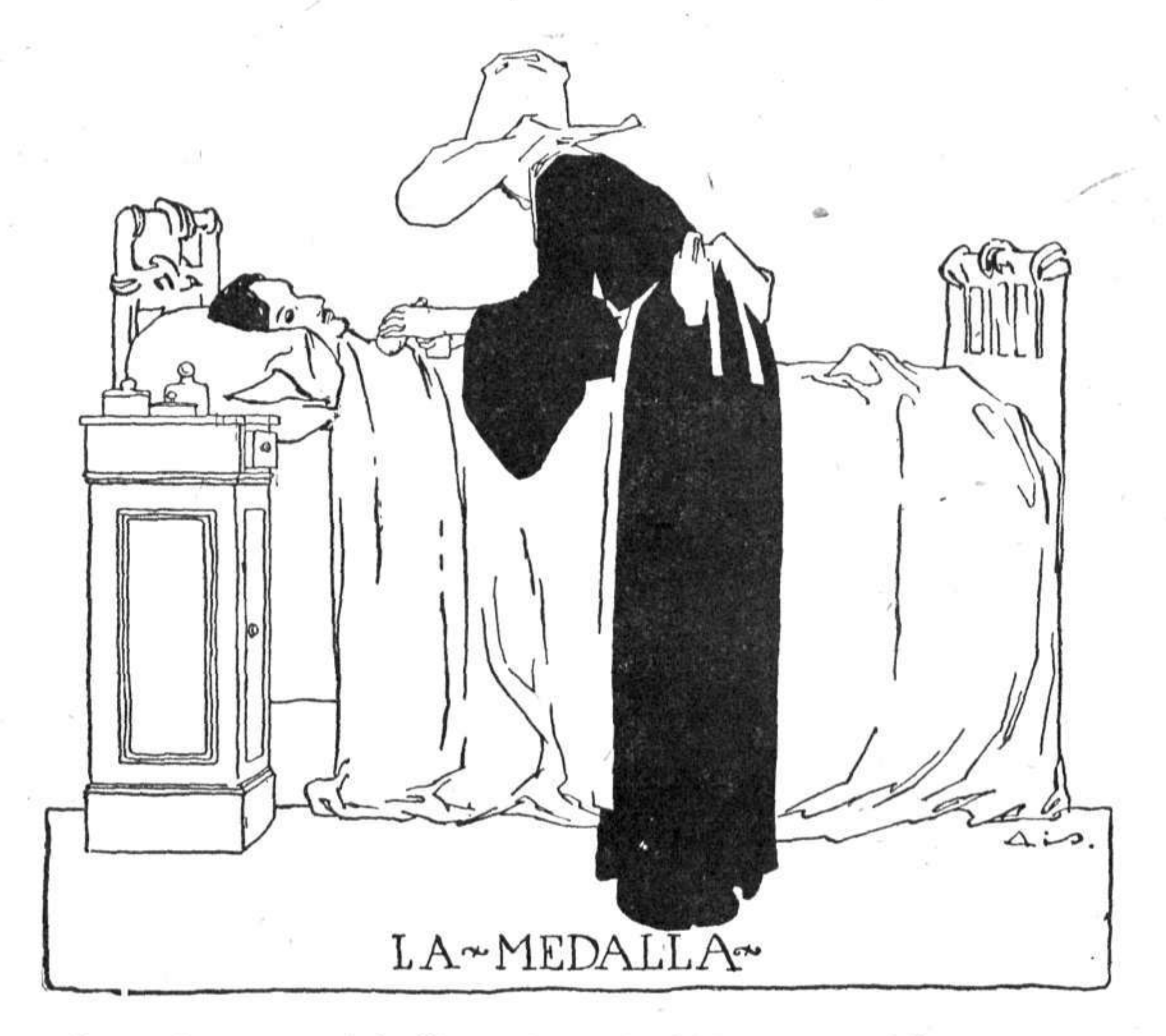
Entre las plantas alimenticias figuran el banano o plátano, cuyo fruto adquiere un tamaño considerable (50 centímetros de largo)

Otro artículo importante de comercio es el de las aves disecadas, en especial colibríes, que los indios del Napo van pregonando por las grandes ciudades. Los cazadores de estas preciosas avecillas las matan con cerbatanas y las arreglan después con jabón arsenical o pimienta; los napos llevan también a las ciudades las conocidas nueces de marfil (marfil vegetal) en las cuales esculpen los artistas indígenas figuras bastante toscas y después de pintadas las venden a los campesinos.



— Por fin logré mi deseo; debuto el martes con «El asno de Buridán».
— ¡Feliz tú que vas a ser actor, aunque sea de asno!


PAGINAS LITERARIAS
La medalla
POR ANDRÉ THEURIET



LA MEDALLA

En enero de 1871, en uno de los últimos combates, que tuvo lugar en los alrededores de Mans, me relataba el comandante Saint Genis, me hirieron gravemente en la espalda. Fuí trasladado a Tours, y me instalaron en la ambulancia de las Hermanas de la Buena Esperanza, en la calle de las Ursulinas.

Era esta una morada austera, situada entre un patio y el jardín, y separada de la calle por una muralla ennegrecida. La catedral, que está cerca, extiende su sombra sobre ese convento, en donde, durante todo el día, se escucha el sonar de las campanas que se mezcla a los roncos gritos de las cornejas que vuelan alrededor de las torres.

Durante los primeros días me devoraba una violenta fiebre; no tenía conciencia de lo que pasaba a mi lado; en medio de mis delirios, apercibía vagas siluetas negras, que se confundían ante mis ojos nublados; sentía manos muy suaves arreglar mi cabeza en las almohadas y el roce de vestidos que semejaban ruidos de alas.

Cuando la fiebre disminuyó y mi espíritu recobró su lucidez, lo primero que distinguí una mañana al despertar, fué un rostro encantador, encuadrado en una blanca cofia, que se inclinaba hacia mí con tierna solicitud.

Era la religiosa encargada de mi cuidado. Se llamaba Hermana Alejandrina, representaría 24 años y me pareció deliciosamente bonita. Un rostro delicado de un color blanco mate con dos grandes ojos verdes, nariz fina y una boca espiritual en la que, sobre el labio superior, se dibujaba una ligera sonrisa.

Debajo de sus amplias mangas negras, sus manos delgadas y suaves arreglaban la ropa con minuciosa precaución, y sus palabras eran aun más suaves que sus manos.

Me dirigía preguntas verdaderamente maternales, a las cuales yo respondía con embarazosa timidez. Es bastante penoso para un hombre de mundo, joven y un tanto vanidoso, verse cuidado por una linda mujer, ante la cual uno se ve obligado a mostrarse en la vulgar y triste envoltura de las enfermedades humanas. Mas la Hermana Alejandrina, desempeñaba su tarea con tanta naturalidad y buen humor, que concluyó por triunfar de mi mal disimulada vergüenza y poco a poco volvió a mi ánimo la confianza y la tranquilidad.

Cuando pude comer, fué ella quien se ocupó exclusivamente de mi alimento. Me llevaba platos apetitosos, preparados con aquella maravillosa especialidad culinaria de que sólo las monjas poseen el secreto. Para vencer mi falta de apetito, tenía inventos ingeniosísimos, que habrían asombrado al mismo Brillat-Savarin. Siempre recuerdo unas píldoras de leche, en las que había cocido violetas frescas, y cuyo sabor era delicioso. Exhalaban un suave olor a primavera, y paladeando esa leche perfumada me parecía aspirar la emanación misma de la juventud de la Hermana Alejandrina.

Un día se lo dije, riéndome, y su blanco rostro se tiñó de un ligero color de rosa, igual al que tienen las flores de almendro.

En el estrecho dormitorio, que sólo ocupaba yo, y a medida que adquiría fuerzas, conversábamos más largamente. El fuego se consumía en la chimenea; un rayo de sol atravesaba la ventana y venía a posarse en las cortinas de mi lecho; a lo lejos se oía el tin-tán de una campana de iglesia. La Hermana Alejandrina me interrogaba sobre mi país, sobre las guerras y las batallas a que había asistido; yo le preguntaba de su infancia, de los motivos que la habían inducido a encerrarse a los 18 años entre los muros de una comunidad reli-

giosa. Ella era de Tours y se había educado en el convento de las Damas Blancas; su madre había muerto hacía tiempo, su padre había contraído segundas nupcias y su madrastra le hizo insoportable la vida de la casa paterna. Entonces, tanto por gusto como por despecho, entró de novicia en la casa de las Hermanas de la Buena Esperanza.

A través de sus discretas confidencias y de sus piadosas efusiones, me parecía adivinar un vago pesar por aquella vida mundana que apenas había alcanzado a entrever. Este cambio de impresiones, esta confianza recíproca que nos arrastraba a contarnos mutuamente nuestra historia, nos condujo, poco a poco, a una dulce intimidad. No sé cuáles serían los sentimientos de ella; en cuanto a mí, me sentía enternecido, conmovido, al verla aproximarse.

Dos o tres veces nuestras miradas se encontraron y confundiéronse la una en la otra, y produjeron en mí una perturbación tal que seguramente no le pasó inadvertida.

La Hermana Alejandrina se alejó lentamente, y en la semiobscuridad de la tarde crepuscular que invadía la sala, distinguí vagamente su negra silueta, arrodillada delante de una estatua de la Virgen. Oraba a media voz, y escuché como un dulce balbuceo las sílabas latinas de las letanías: "Turris eburnea. Stella matutina, Consolatrix aflictorum..." Me sentí como arrullado y concluí por adormecerme.

A la mañana siguiente, cuando desperté, feliz con la idea de volver a ver a la Hermana Alejandrina, apercibí en la cabecera de mi lecho una Hermana a quien no conocía y que no se asemejaba en nada a mi encantadora enfermera. Le pregunté si élla no iría aquel día; sólo me contestó con un movimiento de cabeza y con unos ojos que miraron al cielo, como para decirme: "Yo no sé nada". En efecto, de esta nueva enfermera no pude obtener sino respuestas insignificantes, y, mientras duró mi convalecencia, la Hermana Alejandrina no volvió a aparecer en mi dormitorio. En cambio, desde aquel mismo día, tuve todas las tardes la visita de la Superiora, una amable religiosa de sesenta años, muy inteligente, que había vivido en el mundo y con la que pronto fuimos buenos amigos. Conversábamos con íntima confianza, y una vez, aprovechando un momento de expansión, le pregunté si la Hermana Alejandrina se había ausentado, y por qué tan bruscamente me había privado de sus cuidados.

—Señor—me respondió la Superiora, con una leve sonrisa,—las Hermanas me consideran como a su madre espiritual y como a la directora de sus almas... La Hermana Alejandrina me abrió su corazón, y por conveniencia e interés hacia ella, creí que era mi deber alejarla de aquí... Se ha ido a Hours... Buenas noches, señor, que duerma bien.

Seguramente para que yo no insistiera en mis preguntas, se retiró.

Algunos días después, encontrándome ya restablecido, resolví incorporarme a mi regimiento. Me fuí a despedir de la Superiora y a manifestarle mis agradecimientos. Cuando me disponía a salir, ella buscó en su oratorio una pequeña medallita de plata, y me la dió, diciéndome:

—Señor, esta medalla la han bendecido en la Salette; prométame que siempre la llevará consigo...

Se lo prometí, le dí las gracias y partí. Cuando estuve fuera, examiné la medalla: sobre uno de sus lados me pareció percibir caracteres que un buril inhábil había grabado a flor de metal. Sirviéndome de un lente pude, en efecto, descifrar estas dos palabras: "Hermana Alejandrina".

No he vuelto a encontrar a la encantadora Hermana, de los ojos verdes, de intenso mirar; pero, incrédulo como soy, siempre llevo fielmente su medalla.

André Theuriet.





La semana que viene,
Si hace buen tiempo,
Hacia Fontainebleau
Juntos iremos.

RAOUL PONCHON.

Pasó los diez primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo este tiempo para habituarse a su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse a las costumbres de la casa.

Pero, como aún le quedaban veinte años de huelga, una mañana, al levantarse, pensó que era un bochorno llevar aquella vida de haragán, y que necesitaba idear una ocupación, ya que no digna de un hombre libre, puesto que estaba preso, propia siquiera de un hombre.

Consagró un año a reflexionar, a pesar las diversas ideas que le cruzaron por las mientes, a inquirir cuál sería el objeto definitivo de su existencia.

¿Educar una araña? Eso era ya muy viejo y vulgarísimo. ¡Irse ahora a imitar a Pellisson! ¡Quita, quita allá! ¡Puro plagio!

¿Contar por los dedos las rugosidades de las paredes? Eso era una ridiculez, un entretenimiento tonto, sin provecho ninguno.

— Sería menester (se dijo), dar con una cosa que fuese interesante y útil, a la vez que un acto de venganza. Habría que inventar una tarea que ayudase a matar el tiempo, que proporcionase algún bienestar y que tuviese el valor de una protesta.

Pasóse otro año en averiguaciones; pero al cabo vino el éxito a coronar tanta perseverancia.

Habitaba el preso en un verdadero calabozo, donde apenas entraba el sol más que media hora en todo el día, y reducido, por supuesto, a un tenue rayo, que era como un hilillo de luz. La cama en que reposaban los doloridos miembros del infeliz, estaba hecha literalmente de paja húmeda.

Empezó por contar las pajas que componían el montón. Había mil trescientas siete. ¡Una cama bien pobrecita!

Acto continuo hizo un ensayo para saber cuánto tiempo le costaría secar una paja. Se necesitaban tres cuartos de hora. De modo que las mil trescientas pajas exigirían en total, novecientas ocho horas y quince minutos, o sea, contando media hora de sol por cada veinticuatro, mil novecientos sesenta y un días.

Suponiendo que el sol no brillase, por término medio, más que un día de cada tres, se llegaba a una suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con diferencia de unos seis meses, todo el tiempo de prisión que tenía por delante.

Puso manos a la obra.

Cada vez que entraba el tenue rayo luminoso, exponía una pajita al paso de él, y aprovechaba de esa suerte el sol entero que recibía. Todas las que iba secando las conservaba después al calor de su cuerpo, debajo de la ropa.

Transcurrieron 10 años. El preso no se acostaba ya más que sobre una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba relleno el pecho de los otros dos tercios, secados poco a poco.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más de ciento treinta y seis pajitas húmedas. Cuatrocientos ocho días más, y el preso podía levantar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad, y gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¿Me habéis condenado a la paja húmeda de los calabozos? ¡Pues bien! ¡Llorad de rabia! Me acuesto en paja seca.

¡Ay! ¡La suerte cruel acechaba a su víctima!

Una noche que el preso soñaba en su futura felicidad, agitándose como un loco en medio de la embriaguez, tiró el cántaro, y se le derramó el agua por el pecho.

Toda la paja estaba mojada.

¿Qué hacer ahora? ¿Volver a empezar el trabajo de Sísifo? ¿Pasar otros quince años absorbiendo briznas de sol en briznas de paja?

¡Y el desaliento! Vosotros, los afortunados del mundo, que renunciáis a un placer, cuando hay que dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais a lanzar la primera piedra?

¡Pero ya no tenía que esperar más que año y medio! — diréis.

¿Y os olvidáis del orgullo herido y de las esperanzas defraudadas? ¡Qué! ¡Aquel hombre había trabajado quince años para dormir sobre un montón de paja seca, e iba a resignarse a abandonar el calabozo, llevándose enredadas en el pelo las pajas húmedas! ¡Jamás! ¡O somos o no somos dignos!

Ocho días y ocho noches se revolvió desasosegado, luchando con la desesperación y tratando de hallar asiento en el vacío que lo anonadaba.

Acabó por rendirse y declararse vencido. Había perdido la batalla.

Una tarde cayó de hinojos, desesperado y agobiado de dolor.

—¡Dios mío! (exclamó llorando), perdóname si me siento sin ánimo hoy día. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, gastarse mi vista, palidecer mi sangre y caérseme los dientes y el pelo; he aguantado el hambre, el frío y la soledad; y para sostener mis fuerzas tenía una esperanza, cuya realización era el objeto de mi vida. Ahora me es imposible satisfacer ese deseo; ahora el objeto se ha desvanecido para siempre; ahora estoy deshonrado. Perdóname si deserto de mi puesto, si abandono la batalla, si huyo como un cobarde. No puedo más.

Luego se apoderó de él un nuevo acceso de indignación:

—¡No! (gritó). ¡No, y mil veces no! No ha de decirse que yo he perdido la vida de cualquier modo! ¡No estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No he de acostarme un minuto más sobre la húmeda paja de los calabozos! ¡No, no ha de dar cuenta de mí la sociedad!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande como Catón.

Murió de una indigestión heroica: ¡se había comido toda la paja!

JUAN RICHEPIN.



LA VELACION DE SAN JERONIMO

Próximamente a una media legua de *Tarascón,* ha pernoctado el revedendo San Jerónimo, quien, desde hace ya varios días, recorre los rancheríos y fincas del valle *Las tres Ceibas.*

Ayer mañana le hemos visto llegar en brazos de su demandador. Venía el buen San Jerónimo bien guardado dentro de su pequeño camarín de hojalata. Y tras los cristales, quebrados y polvorosos, adivinábasele, vestido de parda estameña, el capucho caído sobre los hombros, llevando en brazos una gruesa Vulgata de madera redorada. Venía bajo el crudo sol, entre el polvo del camino, a implorar, humilde, una limosna. Delante de él marchaba un muchachuelo astroso, peludo como un osezno. Marchaba, redoblando desganadamente un tambor de caja pintarrajeada de añil, y cargando a la espalda un respetable *matate* en que iban guardándose las dádivas de los creyentes campesinos. Ahí, apretujados, iban en extraño batiborrillo, tortas de pan dulce, yucas mondadas, aguacates puntiagudos, plátanos de dorada cáscara salpicada de pringas negras, *motates* espinosos, *majonchos* remaduros, atados de panela, tomates verdosos, apetitosos *batidos*... Toda la lira del arte coquinario, agreste como los *chonchos* y los *pijuyos,* iba ahí, entre las entramadas pitas del *matate* del demandador.

Recibida nuestra limosna, unos cuantos realitos *chapines,* lisos a fuerza de incesante sobajeo, el buen hombre se creyó en el imprescindible deber de invitarnos.

—Aquí cerquita. Donde las Guerrero.

—¡Ajá!, muy bien. Vamos a ir. Muchas gracias, amigo.

Y el buen demandador, gordo, grasiento, lleno de salud, se ha ido bajo el crudo sol, entre el polvo del camino, con la caja de hojalata del Santo en brazos, precedido del muchachuelo astroso, peludo como un osezno, que golpeaba con desgano en su tambor de caja pintarrajeada de añil.

* * *

La velación principia después de las ocho de la noche. Es el mismo tambor, redoblando a lo lejos, el que convoca a los fieles. Y si por la distancia no fuera el golpeteo del parche el que recordara la hora del rezo, lo harían los *cargadores,* que de cuando en cuando, asordan el sosegado ambiente con el estallido de sus petardos.

Una noche obscura, escasamente estrellada. El camino era largo. Primeramente, hubo que atravesar, al sesgo, un potrero, en que el ganado se apacentaba. Luego, salvando sobre pedruzcos resbaladizos una quebrada, ascendimos por un recuesto. Después de caminar un buen trecho entre jarales, salimos al camino, blanquinoso entre la penumbra. Ese camino asciende siempre, serpenteando entre peñascos arenosos y cercas de piña y de brotón.

Al pasar por el río, el cual, a la sombra de los árboles y los chaparrales de sus riberas hacía lucir opacamente su panza de agua, alguien recordó a la *Sigüanaba.* Esto dió margen a que, pian pianino, sobre el polvo y entre los breñales del camino vecinal que ascendía, caprichoso como el rastro de una *cascabel,* se relataran anécdotas referentes a aquella *muy respetable señora nuestra.*

Se oye, claro y distinto, el redoble, aislado, perdido en la lejanía, sonando en la sombra de la noche, el cual, después de una conversación sobre trasgos, tenía algo de fantástico. Sugería mil desordenadas fantasías aquel tambor, redoblando, redoblando en la sombra. El paso de algún ejército de duendes... Las brujas asquerosas a horcajadas sobre palos de escoba... El *Zipitillo,* con su gran sombrero puntiagudo, como el de los rurales mexicanos. El *Cadejo, de ojos redondos y grandes como* pesos, y rojos como brasas, y aquel su tufo de macho cabrío que tira de espaldas.

Redobla, redobla el tambor en la sombra, mientras nosotros ascendemos.

De pronto rasga el espacio, iluminándolo, la cauda de un cohete; y sus petardos estallan, repercutiendo por todos los ámbitos del valle.

El tambor cesa de súbito. Y conforme nos vamos acercando, percibimos un acordeón que urde torpe, desmañadamente, algo como una anticuada mazurca plebeya.

* * *

Lucecitas que titilan, diminutas como orugas, entre la hojarasca El diseño, impreciso, borroso de un apiñamiento de ranchos. Sobre el fondo del cielo, la silueta desmesurada, en intenso carbón, de un árbol gigantesco. El acordeón ha callado, de pronto. Un nuevo cohete rasga el espacio y detona.

Estamos muy cerca del albergue provisional del Santo.

Las lucecillas se han ido agrandando. Los ranchos aparecen, cuan grandes son, en medio de una llanada, en cuyo linde parece terminar el camino, borrarse en la grama que la alfombra. El árbol de silueta desmesurada, era una ceiba; la tercera ceiba del valle, por lo cual toma ese nombre. La primera está en *La Junta,* la segunda en *Tarascón;* la tercera aquí. Es ésta la más grande, la más vieja de las tres.

—Aquí es donde las Guerrero.

E impertérritos, abordamos el rancherío, entre la baraunda de los perros, de los incontables perros que por ahí pululan.

En el espacioso patio bulle el mocerío. Unos sentados en el suelo, formando corro, conversaban y fumaban. Otros sentados al borde de piladeras y *canoas,* entablaban algún diálogo amoroso, al resguardo de la sombra. Suenan, no ya uno, sino varios acordeones. El acordeón y la dulzaina. Los cantores hacen *charanganear* las guitarras. Alguna carcajada resuena, contagiando los demás humores. En un corro, un viejecito relata alguna historia picante, pues los mozos sonríen y maliciosamente

dirigen miradas hacia el corredor, donde las acicaladas muchachas forman su sociedad, alegres y expansivas ellas también. A lo lejos, ladran los perros de la vecindad, contemplando atónitos, sobrecogidos, a la luna amarillenta que asoma tras el cerro de Tonacatepeque. En uno de los amates confinados al extremo del patio, un gallo lanza, de pronto, una clarinada de alarma, a la que contesta violento y agitado cacareo de gallinas, remover de plumas, jadeo de patos, algún vuelo torpe de las sumidades al suelo. — "¡El gato!" — gritó alguien. Y un grupo acude solícito, al alborotado gallinero. No es nada. Poco a poco vuelve a reinar la tranquilidad en el serrallo de los sultanes de la pluma, que enfundan sus clarines y se duermen de nuevo. El rumor de la fiesta no interrumpe su sueño reparador.

En el rancho del centro ha sido instalado el Santo.

Sobre una mesa cubierta por una cortina de cretona rameada, dentro de tosco camarín de tablas de pino embadurnadas de un verde agresivo y ribeteadas de rojas molduras, San Jerónimo — el austero fundador del Monasticismo — alza dos dedos de su mano derecha para bendecir a las pobres campesinas que rodean su altar, mientras que con la izquierda sostiene una gruesa Vulgata de madera redorada. Sobre el pecho, le cae la zalea de su gran barba gris e indisciplinada; y la calva del solitario de la gruta de Belén, espejea, atuendosa, a la luz de los candiles y de las *mechonas* de sebo, como una gran bola de marfil. El que odió con tanta fuerza a las mujeres, y cuyo recuerdo atormentaba sus soledades, se ve constantemente rodeado y agasajado por ellas; y es ley que él es uno de los santos preferidos por la gente de faldas. ¡Tal vez porque las trató tan mal, *ellas* acuden a *él!* Vimos de cerca al Santo y besamos sus pies. Observamos su fisonomía. Nos pareció que la compañía desagradaba hondamente al austero Doctor místico, que supo vivir vida de absoluta castidad entre las piedras de una gruta, en la sola unión de una Biblia (que él mismo había traducido del hebreo al latín), su conocida Vulgata, de un tosco crucifijo y de una estera en que tenderse.

Cada vez llegaban más y más invitados. Cuando en alguno de estos rancheríos hay Velación, todo el mundo se cree en la obligación de acudir.

¡Y vaya si llegan santos por estas regiones, de paso, pidiendo hospedaje! La velación de San Jerónimo no es la más famosa. Lo es la de Santa Catarina, la Vírgen de la cimitarra y de la rueda de cuchillos, patrona del lugar. También se vela a San Antonio del Monte, con su niño Jesús en brazos; a San Sebastián, con su chiquero de cruces, tatuándole el desnudo cuerpo de efebo; a San José, con su varita florecida y su faz de hombre manso y bueno; a Santa Lucía, ofreciendo al Señor sus ojos de vidrio en un plato de azófar...

Conforme iban llegando, los asistentes se dispersaban. Las mujeres penetraban en el recinto del Santo, mientras los hombres permanecían fuera, en el patio o en las solanas de los otros ranchos. Algunos, silenciosos, como escurriéndose, iban a aumentar el número de los que acurrucados, formando rueda a la vacilante luz de una vela, pegada a un tejo, jugaban al *chivo* o a la baraja.

El momento de rezo se anuncia con prolongado repiqueteo de cascada campanilla. Todo el mundo acude. Se arrodillan en el corredor, en el patio, por todos lados; y el rezo principia. Quien *enseña,* como dicen estas gentes, quien lleva la voz, es el mismo demandador, al cual pagan un peso por este servicio extra, además de los doce reales por el derecho de velar al Santo. A una oración, cuyo final acompañan en coro todos los oyentes, sigue un canto a la gloria del patrón; luego nueva oración y nuevo canto, y así durante larga media hora.

Una vez concluído el rezo, se desocupa el recinto. El tambor, desde el corredor, suena de nuevo: *¡tan!... ¡tan!... ¡tan!...* Y a cada golpe de palillo sobre el parche, un golpe seco y como imperativo, los presentes desfilan uno a uno, por delante del altar del Santo e inclinándose en una reverencia le besan las plantas.

El altar del santo es todo un ramillete de flores silvestres, de farolillos, de banderolas de papel de color. Del techo del rancho cuelgan, entrelazadas, guirnaldas de *flores de la Cruz,* blancas y rojas, alternando, simétricamente, con cadenetas de papel y guías de nevados estefanotes. Palmas de coco, amarradas a las cuatro patas de la mesa, unen en lo alto al extremo de sus pulmones para formar de esa manera una gruta de verdura al camarín. Gruesos haces de *bejucos de chilillo* despiden el olor de membrillo de sus flores lilas, juntando esas emanaciones a los efluvios de las *barbonas,* amarillas como el azufre; a las de los copudos floripondíos color de marfil viejo; a la de los heliotropos blancos de azucarado aroma; a la de las ramas de *paraíso,* salpicadas de manchas avioletadas; a las de las *flores de San Antonio,* de un color vinoso, y a las del *madrecacao* en gajos, rosadas como las de cerezo. Hay cierto primor, cierta intuición artística, en aquel arreglo desordenado. Se ha amontonado, al capricho, al desgaire, todo lo verde, todo lo alegre, todo lo que da perfume o cautiva la vista: colores o sus formas.

Después del rezo, comienza la parte profana de la velación.

Los asistentes se han diseminado por corredores y patios. Las dueñas de la casa van, de grupo en grupo, llevando grandes bateas de humeantes tamales, junto con grandes batidores de café. Se forman círculos diferentes alrededor del sencillo agape. Circulan copas de verdadero *chachacaste,* más rico que un whisky de la más prestigiosa marca. Sobre platos de lata, desbordan las torrejas de *torta seca,* de morenas *semitas,* o las tusas de dorados *salpores* de almidón, que se deshacen en la boca como polvorones.

La más franca cordialidad, la más expansiva alegría, reina por doquier.

Los campesinos mastican y beben, charlan y ríen. Los perros husmean, metiendo el hocico por entre las piernas de los circunstantes. Y cuando algo atrapan, se van, pasito a pasito, a atravesárselo en lo obscuro, sin que nadie les estorbe.

Cuando la *cena* termina, hay, casi siempre, su miajita de baile.

La gente vuelve a llenar el patio y se apiña alrededor del claro en que las parejas se anudan. Los guitarristas amenazaban despedazar las cuerdas, rasgueándolas con tanto brío y entusiasmo. Las parejas valsan. Valsan, arremolinándose sobre el suelo barrido y apelmazado, golpeando el piso con los talones de sus pies desnudos y moviendo exageradamente los brazos.

De cuando en cuando se suspende el baile. Y alguna de las parejas danzadoras, canta, a dúo, una de esas tonadas plañideras, sencillas, una de esas ingenuas tonadas, levemente perfumadas, como un fresco ramillete de *flores de María.*

* * *

Cuando nos retiramos, bien pasada la medianoche, la luna llena ha cobrado un intenso brillo de antimonio. Se ha elevado, redonda sobre el horizonte montañoso. Por encima de nuestras cabezas, el cielo profundo se ha llenado por completo de estrellas. El silencio es apenas turbado por el ruido del viento que se cuela entre las hojas de las árboles, suavemente, pero muy suavemente, tal como el roce de una cauda de seda sobre el mullido de una alfombra.

La alegría verdadera, la sencilla alegría, saludable como una bocanada de aire marino, queda atrás, bien atrás, junto a aquella gigantesca ceiba, entre aquellos frondosos amates, bajo los conos de paja dorada de aquellos ranchos que surgen de la tierra fecunda como un florecimiento de hongos de barro.

Y mientras caminamos, atrás va quedando el sendero, entre breñales, entre cercas de piña y brotón, entre peñascos arenosos. El sendero que serpentea bajo la luz de la luna, como un prolongado rastro de *cascabel.*

Y atrás queda también el río, bajo los árboles descabellados y los tupidos chaparrales de sus riberas. El río, cuya linfa rodante fulge, a la manera de alguna pieza de terciopelo de plata flamante que se fuese desenrollando, desenrollándose, con solemne parsimonia.

ARTURO AMBROGI.



LA CABEZA CALVA

Por

LUIS DOBLES SEGREDA

(Las gentes dieron en murmurar, porque en la escuela donde trabajábamos, había una alegre labor de día y de noche. Entonces se escribió este cuento que no se publicó.)

Este es un cuento corto, pero podría ser un cuento largo. Eso no importa. No sé quién lo escribió, ni vosotros lo sabéis tampoco. Eso no importa. No está dedicado a nadie, pero podría estar dedicado a muchos. Eso sí que importa bastante.

***

Era un añoso roble de la antigua selva y era una amable sociedad de abejas que en el añoso roble de la antigua selva había construído el panal.

¡Cómo vivían contentas estas discretas y aladas reinas de la antigua selva!

¿Habéis puesto atención alguna vez en lo que es un panal? ¿Habéis conocido arquitecto que construyera en tanta pequeñez tan grande maravilla? ¿Habéis visto cómo están distribuidas y ordenadas las habitaciones y qué sabios problemas de geometría, de arquitectura y de economía ha resuelto cada celda?

Es encantador.

Yo os confieso que parece cosa más que de hombres.

¿Habéis entrado alguna vez en relaciones con estos diligentes animalillos, limpios en su cuerpo, correctos en sus modales, generosos en sus aptitudes?

¿Habéis visto en su casa qué aseo, qué orden, qué compostura?

¿Habéis encontrado alguna vez mayor afán y mayor disciplina y mayor armonía que en este monasterio de industria donde se vive eternamente visitando flores y trabajando miel?

Yo no; os lo confieso.

Pues así vivía la colmena de mi cuento.

Se distribuía por la antigua selva, de flor en flor, buscando una gotita de néctar para traer a la casa y elaborar después con cuidadoso afán.

Eran felices, trabajaban mucho, pero cantaban siempre. Sus alillas inquietas hacían constante sica y como visitaban flores y hacían miel, su era una perenne fiesta.

Yo me asomé muchas veces para mirarlas. ¡Qué hermoso era todo aquello!

Tuve grandes ansias de hacer vida de abeja.

Es la primera parte de este cuento. Comienza la segunda.

***

Un gran cuervo negro y sañudo, calva la cabeza, cruel la garra, el ojo turbio, vino hasta el añoso roble de la antigua selva para pasar la noche, y acertó a ocupar la misma rama donde el panal colgaba su cesta de miel.

Se acomodó para dormir, y cuando metía la cabeza bajo el ala, oyó las risas y los aleteos de las abejas.

Puso atento el oído, oyó bien la música y se fué hinchando de rabia.

Era una impertinencia vivir haciendo música; él no entendía de esas cosas.

El ojo turbio y la cabeza calva, entraron por el agujero del panal para husmear.

Cómo, se dijo después, abriendo el pico tamaño, esta gente vive en pascuas, esta gente canta, esta gente vive alegremente... y, sobre todo, esta gente vive haciendo miel. El pobrecito nunca había ensayado a hacerla.

Esto no debe ser, se dijo, no puede ser, y lanzó formidable graznido en el secreto de la antigua selva.

El cuervo, ya lo sabéis de sobra, es maestro consumado en el arte de graznar.

Yo acabaré con éstas, dijo, mordiendo las palabras e hinchando el buche de rabia.

Siguió viniendo todas las noches a dormir en la rama del añoso roble, y todas las noches metía su gran cabeza calva por el agujero del panal y comía abejas y comía abejas hasta que no cabían más en el ahíto buche.

Todas las noches lo mismo.

Era imposible defenderse. En este panal se había convenido en abandonar los aguijones y la ponzoña; el cuervo era terrible, y sobre todo era negro; las pobres abejas sentían grande miedo por lo negro.

Aquí termina la segunda parte, porque comienza la tercera.

***

Entonces la reina, en presencia del desastre, reunió en consejo a las abejas mayores, y así les dijo:

"No es posible defendernos, el cuervo nos devora, va acabar con nosotros, he pensado que tomemos una resolución. Como él llega al atardecer, es preciso que busquemos otro sitio donde pasar la noche.

Trabajemos la miel hasta el atardecer y luego nos vamos. Cuando el cuervo asome su cabeza calva por la puerta de nuestra casa, no encontrará abejas que comer; la encontrará vacía.

A la mañana siguiente volveremos al trabajo, en la tarde nos volveremos a retirar y, sobre todo, no hagáis música con las alas, ni hagáis miel de flores".

La discusión surgió.

—Pero el panal se va a secar, dijo una linda abejilla de las más inquietas, se va a secar.

Otra respondió con honda filosofía:

—Sí; pero el cuervo no encontrará abejas que comer.

Otra agregó:

—Es preciso esperar a que se muera de hambre...

—Pudiera ser, dijo entonces una que estaba oculta en el fondo de aquel consejo, pudiera ser que al probar nuestra miel, a falta de abejas, viniera a buscarnos para que continuemos la labor en santas paces.

Yo no sé por qué, dijo convencida, pero tengo fe en que hasta los cuervos gustan de la miel, y confío en el poder que ha de tener la miel sobre los cuervos.

Y aquí termina el cuento corto, que pudo ser un cuento largo; no está dedicado a nadie, pero que podría dedicarse a muchos.



Para S. M. el Rey
Víctor Manuel III.

¡Italia! ¡Italia!... ¡qué la angustia mía
vuele a la hora de tu duelo, viaje
como una alondra acongojada, como
una inmensa armonía
de mis selvas de América salvaje!...
¡Mas no; que debo ser en la cruzada
un acento pindárico y bravío,
algo del resplandor de nuestra espada,
algo de la canción de nuestro río,
algo de lo inmortal de nuestros Andes,
algo de mi República Argentina,
y si en las cumbres, que el invierno helado
amortajara a tu legión latina,
ebria de gloria homérica y vendetta,
ya que no pude ser tu leal soldado
permíteme que sea tu poeta!

Un día en que las sombras se cernieron
sobre el Véneto augusto y milenario,
y el genio de la raza prepotente
sintió que las montañas se encendieron,
y el olímpico estuario
del Adige bullente
hirvió su rabia azul en la tormenta,
la planta de los bárbaros hollara
tu regazo bendito;
y fué tan criminal aquel intento,
y fué tan cruel aquella turba ignara,
que la loba de Rómulo dió un grito
y la efigie de César un lamento!

¡Era el bruto de Atila, que iba husmeando
sus instintos de guerra,
por el valle florido y apacible
que saturan las brisas del Adriático;
era el eco terrible
de los hijos de Moloch en la tierra,
la flamígera lengua de las Furias,
que batía sus himnos funerarios,
el resplandor de todos los Avernos,
el evoé de todas las lujurias,
el "vaterland" de todas las conquistas,
la convulsión de todos los infiernos,
y el camino de todos los calvarios!

¡Italia! ¡Italia!, ¿iba a perderse acaso
en la horda vandálica tu cetro?
¿desde el valle del Fella hasta el Adriático
traería un eco de dolor tu paso?
¿no tendría Satán su vade retro
hacia el Alpe juliano, en donde izara
su estandarte pirático?
¿la sombra de tus Mil no te ayudara
en el Carso doliente,
donde estuvieron tus airones fijos?
¿aquella tempestad de ódios acerbos
que desató la fiera
vendría acaso a doblegar tu frente,
a desairar la pluma de tus hijos,
o a poner un crespón en tu bandera?

¡Oh, nunca, Roma espiritual, la madre
de todos los que sueñan tu destino,
tronco imperdible del laurel, proscenio
del renuevo divino
que iluminó la Hélade sagrada;
madre del Dante, que es decir del genio,
ubre fecunda de la gloria, cepa
del orgullo latino!
¡Que aún las franjas de tu trapo tienen
sangre para el ardor del entrevero,
lino pascual para la herida abierta,
hostia de luz para el postrer desmayo;
y sobre todo, sobre el hosco acero,
sobre el último afán de la cureña,
sobre el bárbaro embate, sobre el rayo,
sobre la tempestad que alce tu grito,
queda el verde esperanza de tu enseña,
tendida como una ala al infinito!

Y así transfigurada, siempre invicta
has de emerger de nuevo en la canalla,
más airosa la pluma de tus hijos,
más soberbia en la luz de la batalla.
¡Salve Roma triunfal!
¡Oh, mater pulcra!, que en la nueva era
el mirto y el laurel serán tu alfombra,
serán tu plinto arcano,
puesto que has de surgir más invencible
del contraste, sin mácula y sin tacha,
como brota la estrella de la sombra,
como crece la flor en el pantano
y navega el avión sobre la racha!

¡Juventud! ¡Juventud!, ¡fuerza divina,
une tu ruego con mi canto, exalta
la blanca fe de tu prosapia y ponla
de estandarte en la cúspide más alta,
y si es preciso tu socorro acude
por tu madre latina,
y así verás en un connubio olímpico,
cuando suene la hora de victoria,
a tu cóndor de América, posado
sobre la loba de tu raza, sobre
la efigie del amor y de la gloria!

GUSTAVO CARABALLO.